

LA PRESIDENCIA DE MÉJICO

LA elección presidencial en Méjico ha sido, no obstante las profecías optimistas, cruenta. Los partidarios de Vasconcelos se han batido denodadamente en muchos lugares, y la sangre ha corrido en abundancia.

Por fortuna, la jornada terminó ya, y aunque eso no quiera decir, por desgracia, que hayan terminado en Méjico las luchas políticas, ni siquiera que haya terminado su período violento, evidentemente, ha pasado uno de los más terribles momentos de agudización.

El resultado de la elección no será conocido oficialmente hasta Diciembre, cuando el Congreso haga el recuento definitivo de votos; pero puede darse como definitivo y seguro el de Pascual Ortiz Rubio, que su mismo rival, José Vasconcelos, reconoce ya.

Los que conocían la formidable organización del partido nacional revolucionario, que sigue a López Rubio, habían descontado ese final de la contienda. La popularidad indiscutible de Vasconcelos tenía en esa organización, muy disciplinada y resuelta, un obstáculo punto menos que infranqueable.

La política que en los cuatro años para que ha sido elegido presidente desarrollará López Rubio, será una continuación de la que siguieron Calles y Portes Gil: su partido se llama, como queda dicho, nacional revolucionario, y el nuevo presidente de Méjico será fiel a esa denominación.



PASCUAL ORTIZ RUBIO

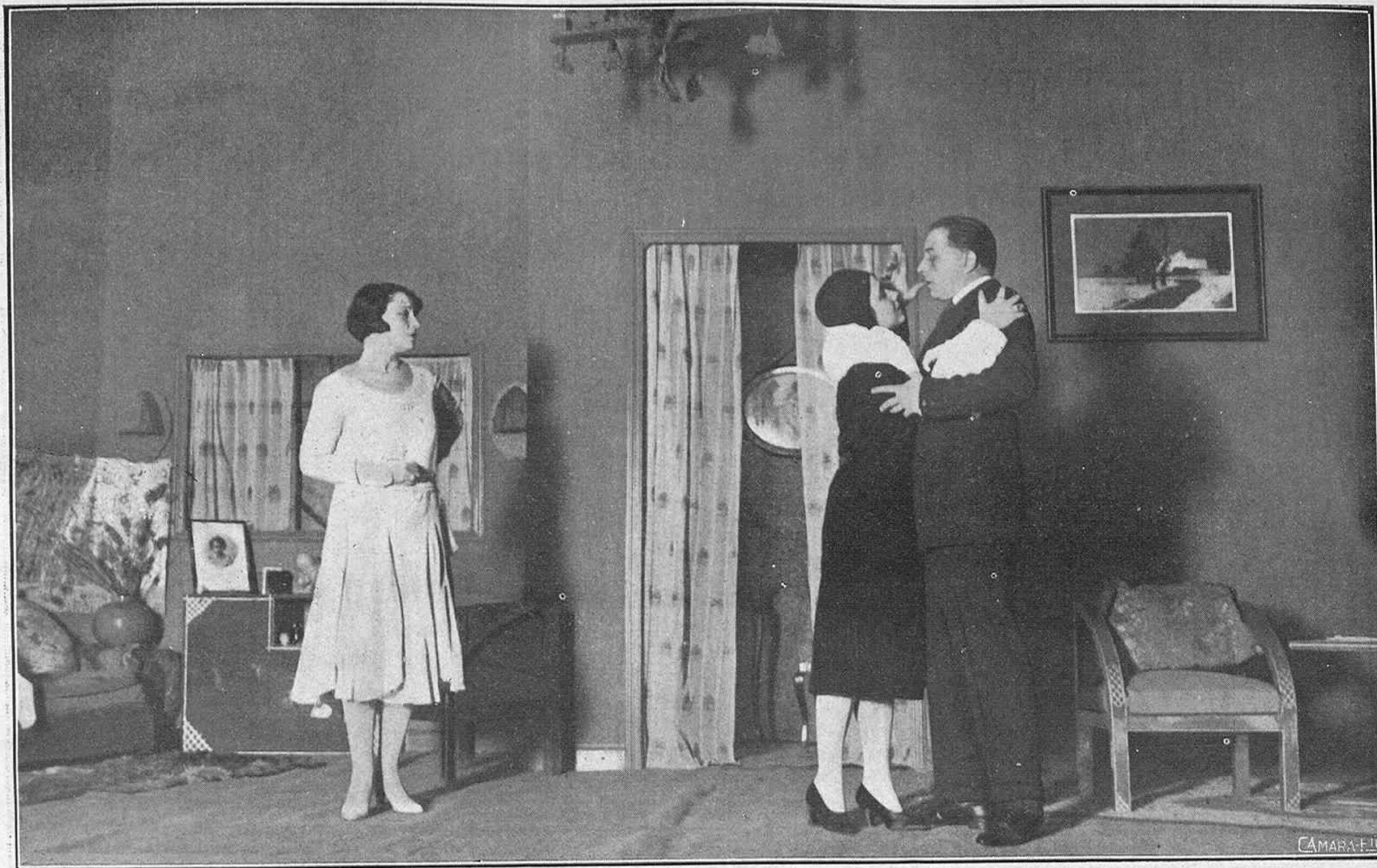
Nuevo Presidente de Méjico

CAMARATI



SEMANA TEATRAL

“Cien comedias y un drama”. - Otra vez “Mary Dugán”. - “Oriente y Occidente”



Josefina Díaz de Artigas, señorita Pallarés y Santiago Artigas en la única escena del drama «Cien comedias y un drama»

(Fot. Pío

Los hermanos Quintero están demasiado seguros de su técnica para que pensando en ellos sea útil hacer comentarios acerca de la obra recientemente estrenada en el Reina Victoria, y que lleva por título *Cien comedias y un drama*; pero, afortunadamente, en el mundo hay algo más que los hermanos Quintero, que harían mal si pensaran que ellos y su teatro son el ombligo del Universo; y por si algún aspirante a dramaturgo toma esa comedia por modelo, es conveniente y aun muy conveniente comentarla.

Desde luego, cabe afirmar, con seguridad absoluta, que no es, ni mucho menos, una obra maestra, y después puede decirse, con verdad absoluta también, que ni al público le agradó ni se abstuvo de mostrar su disgusto.

Todo esto es perfectamente compatible con la seguridad que á los hermanos Quintero dan su conocimiento del teatro y la técnica que de él dedujeron cuando ese conocimiento no podía ser tan grande como ahora; lo que ocurre es que al escribir *Cien comedias y un drama* han sido infieles á su técnica, y, como en otras ocasiones en que hicieron lo mismo, han pagado cara la infidelidad.

En muchas ocasiones he elogiado á los popularísimos autores por el deseo de elevar su arte; pero no me ha sido posible con tanta frecuencia dar por realizado ese ideal. El hombre casi nunca logra lo que anhela, y hay que atenerse muchas veces al prudente consejo del poeta, que, filosofando, decía: «Quien pretenda alcanzar lo que desee, desee lo que pueda alcanzar.» Cuando los hermanos Quintero deseen hacer sainetes y aun comedietas de la clase media, y preferentemente de la clase media andaluza, lo consigui-

rán de seguro, si no han perdido ya las envidiables condiciones á que debemos tantas obras completamente acertadas.

Pero *Cien comedias y un drama* no es eso, y recuerda muy poco á las producciones afortunadas de sus mismos autores: los tipos, aun los fundamentales, y cuando aparecen como percibidos con mirada análoga á la que sirvió para apoderarse de otros muy aplaudidos, no tienen la fuerza de dibujo ni la riqueza de color que son la característica del buen teatro quinteriano. Los episódicos, y los secundarios, y en ellos no cabe siquiera la excusa de que los han deformado las necesidades de la acción, tampoco parecen labor de las mismas manos; ni la criada, ni el Toni, ni la vecina, ni siquiera la portera tienen la novedad y tienen menos aún la fuerza de las figuras mejor creadas por los hermanos Quintero. De su debilidad es consecuencia, en parte, al menos, la debilidad de la comedia.

Con ella coadyuvan para producir el mismo resultado, otras concausas, y, á mi juicio, principalmente una: que los dramaturgos, en lugar de hacer un drama, que hubiese sido muy interesante, se limitan á hacer que nos le cuenten á medias dos personajes: ante la fuerza que podría tener ese drama único, la debilidad de la comedia hecha parecè aun mayor, y no la vigorizan ni remotamente las «cien» comedias contadas, cualquiera de las cuales, unas más y otras menos, naturalmente, en manos de los Quintero, aplicando sus técnica propia, la antigua, podría llegar á ser una comedia hecha excelente.

Si el aspirante á dramaturgo que tome por modelo á los Quintero analiza bien la obra de los maestros, verá fácilmente que en ella el diá-

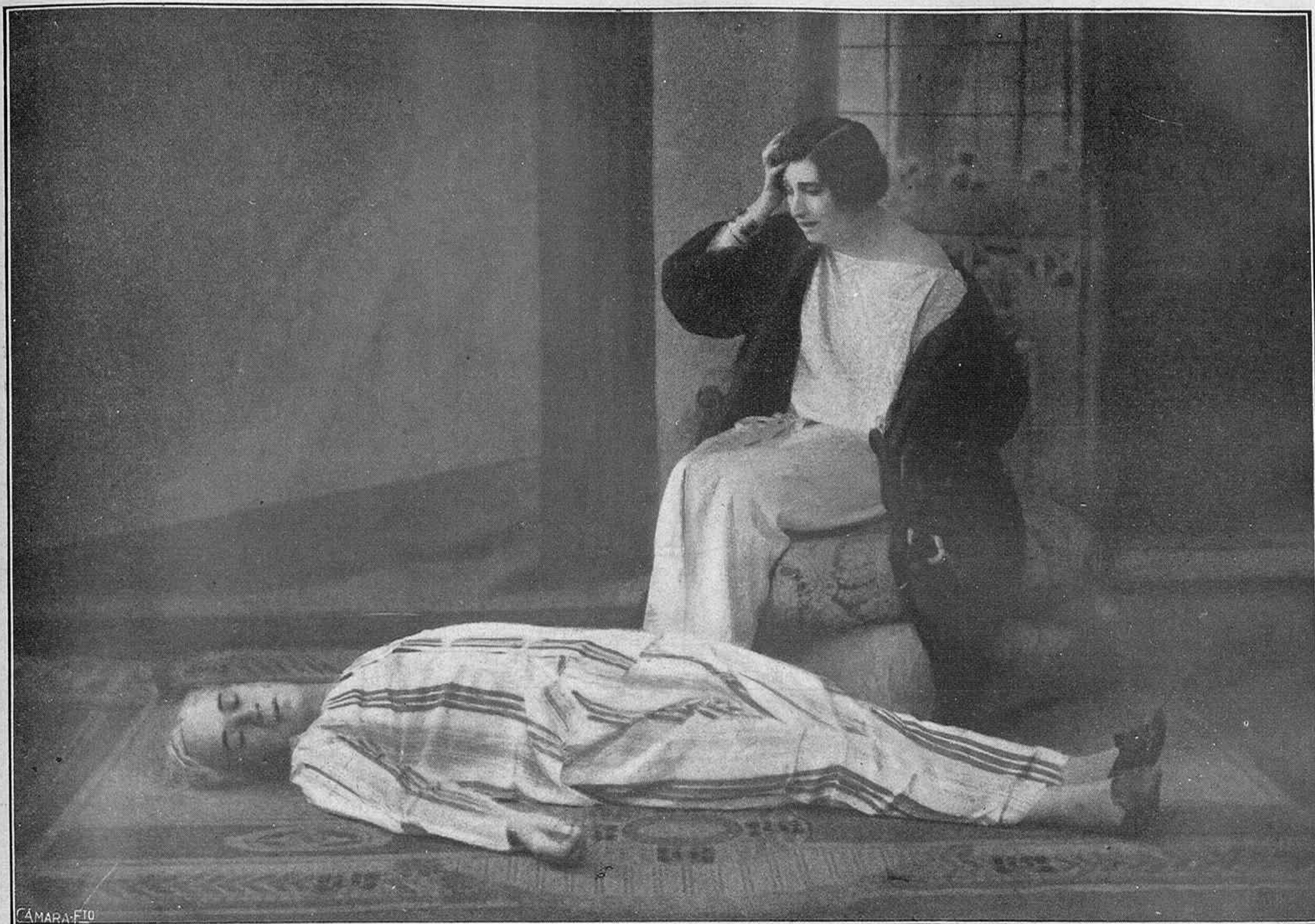
logo es mucho, muchísimo; pero lo es, sobre todo, porque responde á la acción, y la acción es siempre muchísimo, sin que esto deba sorprendernos demasiado, porque el ser ante todo acción es lo característico del género dramático.

El drama del hombre tan absolutamente dominado por su mujer que sin perdonarla ni ser un hombre indigno, dándose cuenta de lo inconcebible de su debilidad, se aviene á reanudar la vida conyugal después de traicionado, hubiese sido, viviendo en la escena, un drama intensísimo, de gran fuerza psicológica; pero contado, dice poco al público. Prueba evidente del error está en que la única escena de *Cien comedias y un drama* que logró emocionar, fué precisamente la única en que el drama vive: la escena en que la perjura aparece, de carne y hueso, dispuesta á reconquistar—¡fácil conquista!—al engañado.

Pero esa escena, que prometía un magno acto tercero, no tiene continuación apropiada, y tal vez por eso mismo, el acto final, que en ese sentido defrauda la esperanza—tal vez no muy consciente del público—produjo peor impresión, y fué el detenimiento de la ruidosa protesta que ya se cernía sobre el escenario cuando aquella escena culminante, tan demostrativa, surgió.

Antes, el público, como siempre en casos semejantes, se había mostrado, aunque fatigado é impaciente, respetuoso.

Oyó con gusto las dos primeras escenas en que aparece la única figura bien trazada de la comedia: la de la niña-mujer, que luego, por su insistencia, abrumba; vió con resignación las monótonas idas y venidas de la vecina entrometida; no se distrajo con los *pizpiretismos* de la criada ni con las gracias vetustas de la portera;



La declaración de Mary Dugán, interpretada por Anita Adamuz con extraordinaria riqueza cromática, es fuertemente sugeridora; he aquí á la excelente primera actriz en una de las escenas que sugiere

(Fot. Rioja)

pero aguardó confiando, sin duda, en que al fin llegaríamos al oasis en aquella aridez desértica. ¡Lástima que el oasis fuese tan breve y que después la catástrofe fuese ya irremediable!

La labor de los actores no podía remediarla. Santiago Artigas fué el más acertado y valeroso de ellos y tuvo momentos felices. La señorita Pallarés tuvo la suerte de que la correspondiera la única escena fuerte de la comedia y la hizo bien. Josefina Díaz de Artigas fué víctima de la monotonía de su papel, que la hizo ser más monótona aún. Cosa semejante ocurrió á la niña Molinero, y los demás no podían dar relieve á figuras sin dibujo.

•••••

The trial of Mary Dugan tiene aún fuerza para llenar teatros. La nueva versión del famoso melodrama, hecha por Fernando de la Milla y representada en el Teatro Fuencarral, lo ha demostrado completamente. Ya la noche del estreno dió una magnífica entrada, y después, cuando fué conocida la labor de Fernando de la Milla, simplificadora y, por la modificación de una figura, regocijante, el buen éxito ha perdurado.

En ello ha influido, evidentemente, además de esa labor, la de los artistas, y singularmente la de Anita Adamuz, que ha dado nueva é intensa vida á la figura protagonista, y, sobre todo, en la patética escena de la declaración supo ser la actriz llena de pasión y rica en matices, que dieron á ese pasaje el más alto cromatismo y la más profunda emoción.

Los otros artistas de la Compañía de Anita Adamuz contribuyeron con acierto al nuevo triunfo de la obra; pero, en justicia, debe decir-

se que ninguno de ellos logró alcanzar el nivel puesto muy alto por su directora.

•••••

Oriente y Occidente fué estrenado por fin, después de varias suspensiones. Es también un melodrama, aunque, naturalmente, más fino y con más altas aspiraciones que las obras características del género.

No llega, como otras obras de igual fondo oriental, que huelga nombrar ahora y todos recordamos, á dar la sensación intensa del choque de dos civilizaciones realmente opuestas. Quizá es así, porque el autor, muy perito dramaturgo, sin embargo, Somerset Maughan, se ha preocupado, más que de la pintura, de los caracteres, de la anécdota, que había de constituir la trama dramática.

Al hablar de la pintura de caracteres, podría incluirse en este caso la del medio ambiente en que la obra se produce, muy lleno de carácter también, y que por deficiencia, por una parte, y por otra, por mengua del texto, y por deficiencia de su interpretación escenográfica además, no llega á producir la sensación, que sería fundamental, de un ambiente completamente distinto del actual en Occidente.

Si la intriga, la eterna intriga, de la infidelidad femenina no lo es todo, en *Oriente y Occidente* lo parece, por las razones apuntadas; y la obra, siendo así, no tiene el interés que evidentemente lograría si las mismas acciones de los personajes tuviesen móvil claramente visible, gracias al estudio de sus caracteres en las psicologías creadas por los ambientes de Oriente y Occidente, tan distintos en todo y por todo.

Somerset, que es un gran autor dramático, muy aficionado, además, á esos temas exóticos, no ha

demostrado en la obra que hemos visto ahora ninguna de esas dos condiciones. Dramaturgo como él pudo encontrar drama más nuevo é intenso, y la afición á los ambientes orientales hubiese quedado demostrada con un estudio minucioso que hiciera surgir del fondo las líneas generales características.

La interpretación no fué tampoco, y tal vez fuese fácil explicar el hecho, la que de los artistas reunidos en el Infanta Beatriz cabía esperar. Algo, además, influyó mucho en que no fuera convincente: los actores pensaron que se movían en un ambiente de misterio, y eso les obligaba á ser misteriosos. Muchas escenas las dijeron tan en secreto, que seguramente no logró enterarse ni el apuntador. Ni era para tanto, ni así es fácil convencer á nadie.

•••••

Era de temer que *La copla andaluza*, con su lucrativo éxito, nos trajese una racha de obras en que oyésemos en el teatro á los *cantaores* que ya no es fácil oír en los *tablaos* de café, y no está al alcance de todos oír en los camarotes de colmados. El temor ha tenido confirmación, y ya están haciendo en Maravillas *En el valle de la pena*, drama en que *El Niño de Marchena* se presenta con la triple personalidad de autor, actor y *cantaor*, y acompañado por una corte de *cantaores*, *tocaores* y *bailaores de tronío*. ¿Logrará ese drama el mismo éxito pecuniario que su antecesora?

Todo depende de las *estrellas* flamencas que vayan apareciendo en el horizonte de Maravillas. La literatura dramática tiene poco que ver en estos asuntos y no sirve para hacer profecías.

ALEJANDRO MIQUIS



VIDA ARTISTICA

JOSÉ CLARÁ, MEDALLA DE HONOR

La Medalla de Honor representa en España la máxima consagración de un artista. Le sitúa, en lo que á obtención de nuevas recompensas se refiere, más allá de toda lucha. Significa, pues, como una apelación del juicio coetáneo á la clasificación histórica del futuro, cuando ya las pasiones, los gustos, las caprichosas alternativas de tendencias opuestas y, sobre todo, los hombres que las defienden ó atacan hayan desaparecido y sólo permanezca la obra perdurable ó transitoria.

Para unos artistas, la Medalla de Honor es un soplo nuevo que aviva los mortecinos rescoldos gloriales. Viene á sonreír sobre la senectud desencantada y olvidada. Pone suaves pausamentos en las heridas que el tiempo no cicatrizó. Repara el inadecuado desdén de las generaciones subsiguientes hacia lo que consideran ajeno á su sensibilidad y á sus preferencias estéticas.

Para otros artistas, la Medalla de Honor encuentra todavía el ímpetu combativo alerta, el afán y la capacidad de creación inagotados, ágiles mano y espíritu; pero, además, ponderado, cuanto atañe al sentimiento y la acción, por el noble equilibrio fecundo de la madurez. La Medalla de Honor todavía no está contaminada de esta vesánica idolatría á lo juvenil, sólo por juvenil, y á lo incipiente, sólo por su encanto agraz de adolescencia. Adviene cuando el artista saboreó sucesivas victorias y paladeó no escasas amarguras. Es, debe ser, la meta de la plenitud, aunque muchas veces sea consuelo de vejez; pero nunca vanagloria prematura que incapacite para estímulos y rebeldías necesarias si la recibiera antes de tiempo.

A José Clará se le ha otorgado en la Exposición Internacional de Barcelona, y por un Jurado internacional, la Medalla de Honor. Ahora, como en el caso de Eduardo Chicharro en la Nacional de 1922, la alta recompensa llega oportuna. Halla al artista en la plenaria capacidad de trabajo. Ni envanece demasiado pronto moceriles inconsciencias, ni derrama piedad tardía sobre seniles amarguras.

Tiene, además, una gracia sencilla y cordial de justicia que se cumple sin esfuerzo ni presión ajenos, por la razón simple que las otras ofrecen con su primigenia é intrínseca virtualidad.

A los pies de *Reposo*, la estatua sedente de una mujer desnuda, se ha colocado la cartela del premio. Pero no es á ella, concretamente, á la que se premia—aun dada la excelencia espiritual y técnica que la anima y culminar allí las dotes de emoción, maestría y pureza peculiares del gran escultor español—, sino al conjunto de obras nuevas y coincidentes ahora del artista dentro y fuera de la Exposición Internacional, y á la historia de limpia y progresiva labor realizada durante veinticinco ó treinta años por José Clará, desde los comienzos infantiles en Olot, el pueblo natal, hasta ahora, académico de Bellas Artes, colmado de honores y medallas en España, en Francia, en América; pero conservando el inapreciable



JOSÉ CLARÁ
(Fot. Aseña)

don de una juventud eternamente ilusionada, incapaz de claudicaciones convencionales.

•••••

Al tiempo mismo que se exhibían en el palacio de Arte Moderno de la Exposición Internacional las dos esculturas *Reposo* y *Torso de mujer*, otras cuatro esculturas de José Clará se ofrecían á las miradas públicas en la plaza de Cataluña y en la terraza de Miramar, en lo alto de Montjuich, retadores y triunfales del aire libre y los contactos multitudinarios.

Las seis esculturas testifican ese fervor latente, fértilmente insatisfecho, del artista por la interpretación de la belleza femenina.

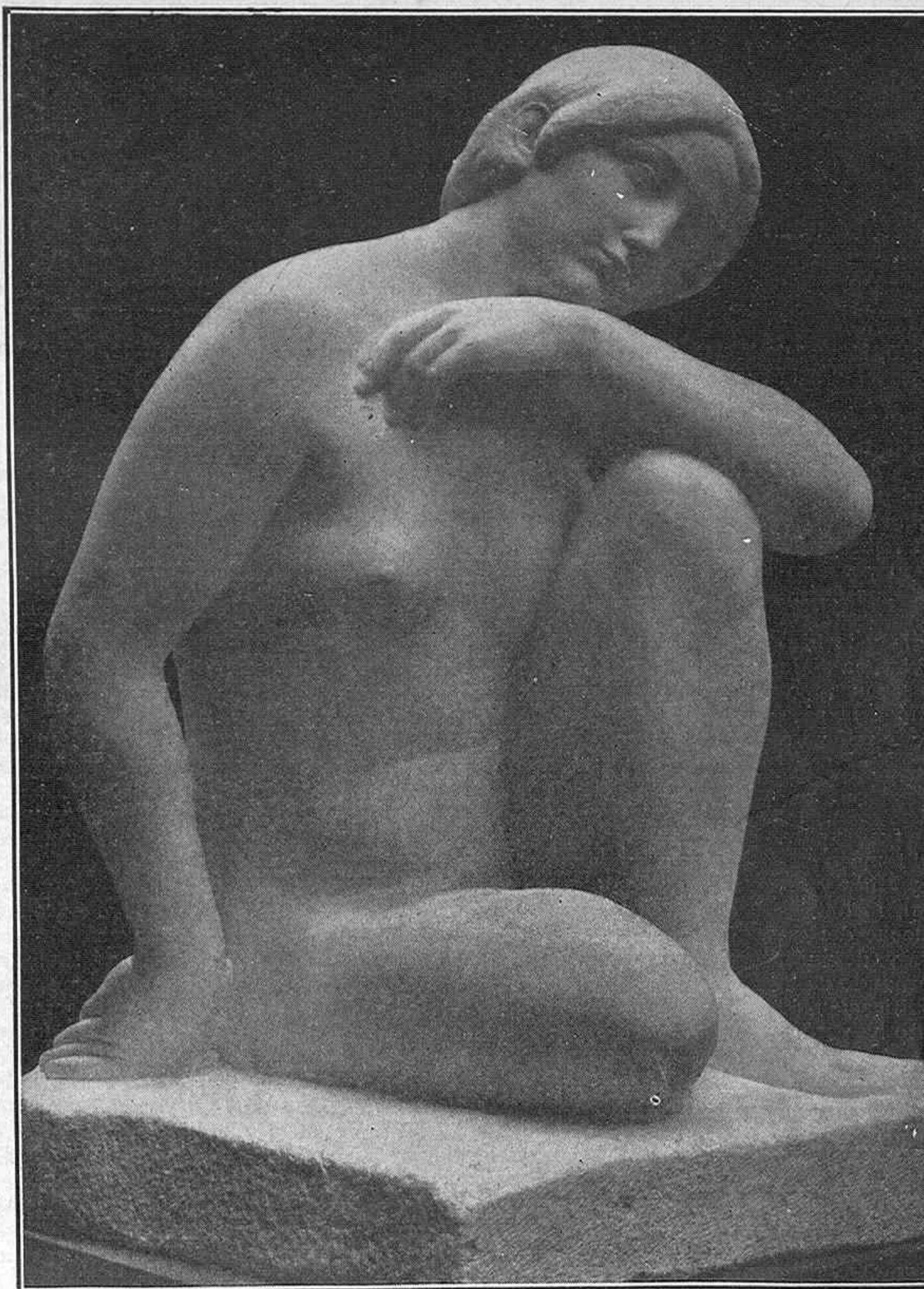
Es la suya una vida consagrada á desentrañar los rítmicos secretos de la forma humana en actitudes de infinita armonía. Sin repetirse ni amenerarse el motivo perenne, á lo largo de la obra apasionada de Clará hay una reiteración siempre superada con respecto al acierto anterior.

La mujer es el gran poema plástico al que no se cansa nunca de añadir estrofas de la más sutil fragancia erótica. El modo, el acento personales con que están acentuados por una mano, suave y enérgica á la vez, los temas fraternos, sugieren la rica profundidad sensitiva del artista. Las cabezas, los torsos, la blanda molicie ó la divina arrogancia de los cuerpos inmóviles—y, sin embargo, animados de extraordinaria vivacidad interior—, alejan toda idea de artificio metodizado y toda supuesta bajez sexual. Hay, por el contrario, la sensación fresca, cantarina, de lo que brota espontáneamente y la serenidad dilatada en que se bañan las grandes obras clásicas. Todo en las mujeres de Clará responde á un concepto estructuralmente clásico. Todo en las mujeres de Clará respira el goce tibio, feliz, de sentirse vivir por y para la belleza de los ademanes y del sentimiento.

No es la calma fría, ni la violencia urente de otros estatuarios, lo que Clará transmite á las mujeres de piedra, de bronce ó de barro como leal trasunto de las musas de carne, hueso y nervios. Es la sonrisa física en sus más amplios y diversos matices, desde la tímida, auroral de la pubescente, á la sabia y un poco nostálgica de la edad matronil.

Sonríe, en verdad, el arte de Clará cual pocos de nuestra época torturada y pedantesca. Es una gracia antigua resucitada en las normas actuales para evitarlas rigidez ó énfasis. La línea curva adquiere cadencias de suprema ternura. Los rostros absorben la luz como á través de un sutilísimo paso de aire perfumado. Las piernas, los brazos, se doblan con grata y natural delicadeza, donde, sin embargo, no está ausente el vigor. Los regazos núbiles se curvan como una mano adolescente que se hiciera concha de carne para recoger el agua de una fontana rústica, ó adelantan, sin falso pudor ni insolente impudicia, en la convexa y honesta pureza del fruto recién arrancado del árbol...

Los regazos núbiles se curvan como una mano adolescente que se hiciera concha de carne para recoger el agua de una fontana rústica, ó adelantan, sin falso pudor ni insolente impudicia, en la convexa y honesta pureza del fruto recién arrancado del árbol...



«Reposo». Estatua en mármol que ha obtenido la Medalla de Honor en la Exposición Internacional de Barcelona

crónica

Como estaba anunciado, el domingo 17 se publicó el primer número de *Crónica*.

Revista semanal editada por Prensa Gráfica, nuestra fraternal condición respecto á ella no debe pretextarse para eludir el deber, doblemente gustoso, que cumplimos al registrar su aparición y comentar el gran éxito logrado por el nuevo y brillante colega.

Nuevo y no sólo por su cualidad de recién creado, sino también por su novedad, que no radica exclusivamente en la perfección y modernidad de los elementos materiales, sino que se extiende á la técnica y á la orientación periodística de *Crónica*.

En nuestro tiempo, dadas la precisión, la rapidez y la depuración con que la Ciencia ha logrado perfeccionar las artes tipográficas, no es raro que una revista como *Crónica* aparezca desde su primer número dotada de los más completos elementos materiales.

A este respecto, *Crónica* realiza excelentemente su propósito de gran revista popular, en la que la parte gráfica, resuelta por el moderno procedimiento del huecograbado, alcanza importancia capital; el tamaño y la impresión del nuevo semanario responden también al concepto habitual del público español, que, como todos los lectores meridionales, quiere el periódico tipográficamente claro, espacioso, con titulares grandes y márgenes anchas, sin los amazotamientos y la densidad de impresión peculiares en la prensa de otros países. *Crónica* es, en este sentido de la concepción, un modelo de revista moderna.

En cuanto á su orientación, ha logrado encauzar sus informaciones justamente en el tono que corresponde á su carácter de semanario eminentemente popular. Atendidos con profusión todos los aspectos de la actualidad gráfica, ha acertado *Crónica* á orientarse hacia el estudio periodístico de los problemas del trabajo y de la cultura de las grandes colectividades sociales.

Un espíritu de democracia y de utilidad, un tono divulgador que acrecienta y hace grata la amenidad literaria de la redacción, informan estos temas periodísticos que son la norma de *Crónica*, en cuyas páginas, las mujeres, los trabajadores de toda índole, los estudiantes y los niños, es decir, las más numerosas clases sociales, encuentran atención preferente.

La aparición de *Crónica* ha sido, pues, justamente, un feliz suceso periodístico. El público ha correspondido tan activamente al nuevo semanario, que en pocas horas agotó todos los ejemplares de una edición que no es temerario calificar sin precedentes en España.

LA ESFERA se enorgullece en reflejar este primer triunfo de su nuevo y fraterno colega, y en testimoniar á nuestro ilustre compañero Antonio G. de Linares, director de *Crónica*, su felicitación más entusiasta por este éxito, que ratifica, una vez más, su gran talento periodístico y sus excepcionales dotes literarias.

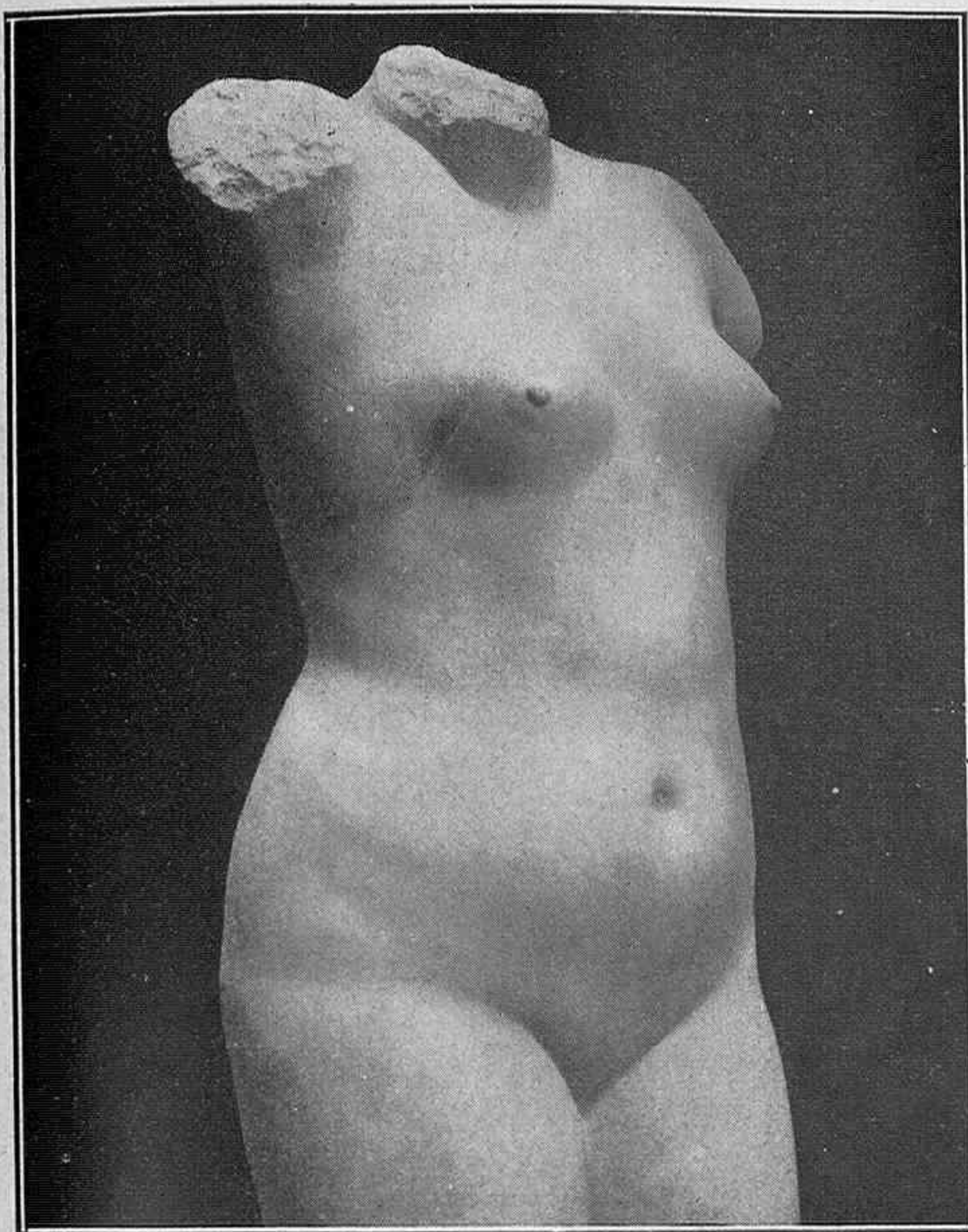
mujer fuerte, de seno fecundo, de pecho repleto, de testa que la serenidad maternal austeriza. Sus manos vigorosas de campesina, de huertana, sostienen la ropa que iba á resbalar por las piernas después de haber desnudado el torso. En los atardeceres, el sol mediterráneo acaricia este torso,

y diríase penetra en sus entrañas como en la tierra nutriz... *Reposo* y el *Torso de mujer* de la Exposición son las creaciones más recientes. En ellas, la inspiración y las manos del artista atesoraron mayor experiencia, más detenido afán de superación. (Ya se ha dicho hasta qué punto Clará es el disconforme perseguidor de perfecciones sucesivas sobre los temas fundamentales.)

De nuevo el éxtasis activo frente al prodigio del torso femenino; de nuevo la canción de limpio erotismo que entonan estas mujeres de Clará, sentadas sobre una pierna mientras el brazo recostado sobre la rodilla de la otra sostiene á su vez la cabeza, delicadamente inclinada. Pero, ¡cuánta sabiduría, qué fascinador atractivo de la ternura sensible, característica, de José Clará, emanan de estas dos figuras!

Y al evocar frente á ellas el largo, paciente y ardoroso sacrificio de su creador, comprendemos hasta qué punto bastan unos cuantos temas concretos y un fervor honesto para realizar la obra imperecedera que tantos otros hombres persiguen por las encrucijadas de los caminos diferentes y la codicia de las superproducciones abstractas.

José FRANCES



«Torso de mujer». Escultura expuesta en el Palacio de Arte Moderno de Barcelona

Las seis esculturas que ahora han ganado para el maestro catalán la Medalla de Honor resumen bien todas estas características de su arte.

He aquí primero las dos de la plaza de Cataluña. *Juventud* se yergue con los brazos en alto y cruzados sobre la cabeza. La pierna izquierda avanza un poco para sostener la vestidura que resbaló hasta los muslos y dejó desnudo el torso.

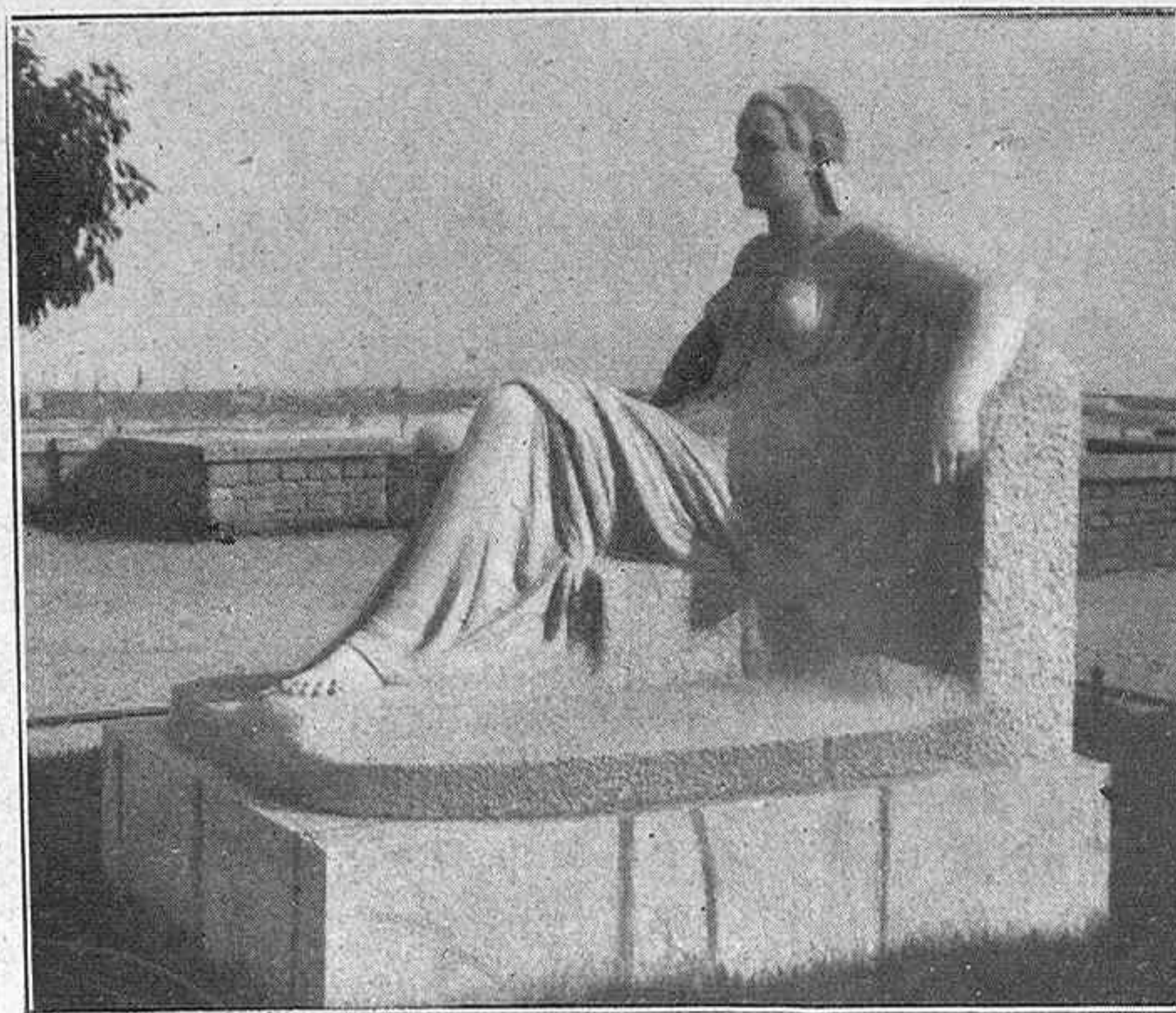
No está sola ni bien asequible su castidad tranquila á la contemplación solicitada por las otras esculturas de cuyo conjunto forma casual parte.

En cambio, *Afrodita*, á flor del césped, en el largo y estrecho parterre plantado para ella, pone un resplandor blanco, silencioso, en el tráfigo urbano, policromo y vocinglero, de la ciudad. Reitera la actitud de *La diosa*—motivo grato al artista—, y en el ademán, recogido y ondulado, de sus miembros, en la gracia venúsica del torso y la moliciosa inclinación de la testa en el hombro, levemente sostenido el mento sobre el dorso de una mano, se respira el aliento de paganía prometido por su título.

En la cumbre de Montjuich, sobre la terraza que otea, al tiempo mismo, mar, ciudad y montaña, está *Serenidad*, el coloso femenino, del que conservan promesas anteriores un panteón en Madrid y un jardín público de Washington.

Es otra humana encarnación de divinidad. Una figura sedente que aguarda la pleitesía á su madurez pomposa. (¿No podría acaso representar esta colosal estatua, recia y ampliamente construída en un gallardo y legítimo reposo, á la Cataluña matronil, justamente orgullosa de su plenitud?) La piedra, cálida de tono, está tratada á grandes planos; el busto, altivo, sin alardes de soberbia, recibe la luz seguro de que no deshará la perfección sencilla y sobria del modelado. Los brazos añaden prestancia augusta al ritmo total; los ropajes tienen una expresión didáctica.

No lejos de esta obra, magna por las dimensiones y por la ejecución afortunada, otra estatua hermana de *Juventud* se alza sobre el pedestal de piedra, con más independiente suerte que la situada en la plaza de Cataluña. También en ésta la factura, simple y á grandes rasgos, responde á la impresión de arrogancia vigorosa que exigía el motivo: *Fertilidad*. Es la



«Serenidad». Estatua colocada en la terraza Miramar de Montjuich



ENCUESTA DE «LA ESFERA»

¿Deben suprimirse las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes?

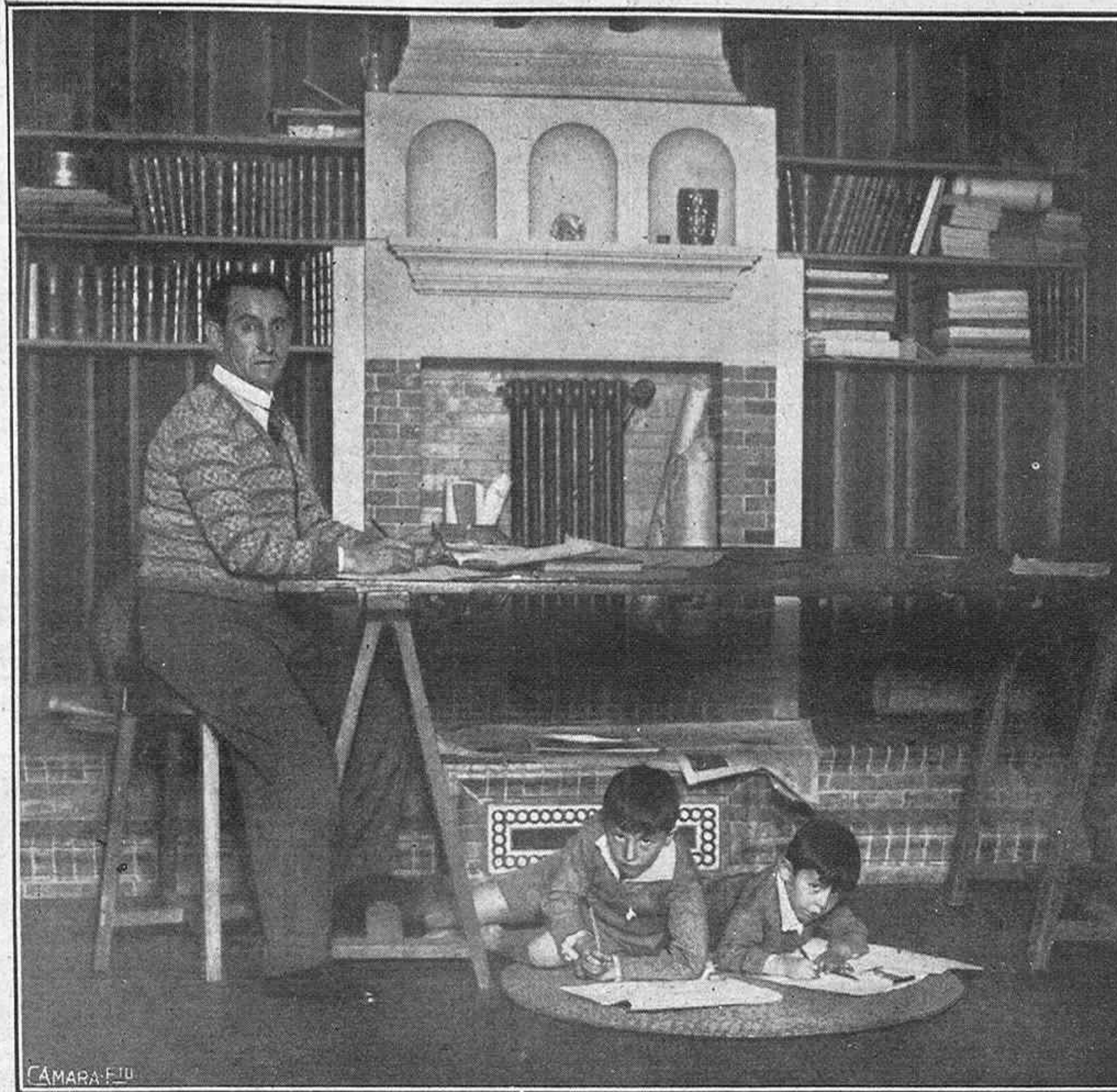
La opinión de
D. Teodoro
Anasagasti :-:

ESPAÑA es un país de jarkas. Sin unión ni cohesión unas con otras; á la buena manera rifeña. En cuanto se reúnen unos cuantos españoles nombran un santón; el santón se aprovecha de la fuerza aparente del grupo, y el individuo—molécula del cotarro—explota y se aprovecha del brillo del jefe. Como no están unidos por un ideal ni por el amor á una tendencia literaria ó estética, en la escurraja de estas solitas agrupaciones predomina la mala fe. Y existen jarkas ó grupos literarios, artísticos, etcétera. Y se ven santones cuyas vestiduras literariofilosóficas están hechas de remiendos exóticos, como algunas mantas portuguesas, donde el artista no ha puesto más que el zurcido, que se pavonean en medio de la manada abriendo el brillante abanico de su vanidad. El afiliado á la agrupación debe respetar la ortodoxia de la colectividad y, sobre todo, ser hábil en la adulación al jefe. La base de la disciplina en el grupo literario es la servidumbre. Y la iglesia—periódico, cátedra, revista ó libro—se le cierra herméticamente al que rompe el pacto oprobioso. Y se le estigmatiza con el epíteto de «inquieto».

NO SE ELIGE NUNCA AL MÁS APTO

Quietud, conformidad; he aquí los elementos constitutivos del éxito. Claro es que la Naturaleza, rebelde al levantar las manos al enemigo, al grito de «camarada!» y entregarse, sepulta su verdadera personalidad, y el hombre gana en confort doméstico lo que pierda en veracidad é interés. Pero en toda derrota queda un fondo de rencor, y el derrotado se venga en la vida social, convirtiéndose en un maldiciente del que lo humilla y en un rencoroso á perpetuidad. Obligado á cambiar las malas cualidades que le han dado el éxito, por las buenas que le han perjudicado, emplea las primeras en todo momento.

Cuando Anasagasti, este ilustre arquitecto, se tacha asimismo de inquieto y de rebelde, yo lo miro con cierta tristeza como á un hombre que se cierra todas las posibilidades. Y me permito, sin autoridad, claro es, darle algunos consejos que prodigamos siempre, aunque sabemos que



TEODORO ANASAGASTI
Ilustre arquitecto

no nos han de hacer caso, lo que demuestra nuestro desinterés.

Y salta la pregunta inevitable, y tras ella la respuesta:

—Yo—arguye Anasagasti—soy partidario acérrimo de las Exposiciones y de los premios en metálico. Y pienso así no sólo por convencimiento personal, sino porque mi convivencia con los artistas me ha hecho ver sus necesidades y sus escaseces económicas.

¿Que los fallos, por lo general, no son justos? En España, por desgracia, no se elige casi nunca al más apto para la función que tiene que desempeñar. Este defecto está arraigado en nuestra psicología y en nuestras costumbres. Y además, el Jurado en las Exposiciones está cohibido por la recomendación y por las tendencias estéticas extrañas á su temperamento.

Siendo yo Jurado en un concurso he visto á un arquitecto eminente, hombre setentón, ponerse lívido, indignado y frenético, ante la obra de un joven, porque ésta rompía su tradicional ideología artística.

EN VEZ DE CINCO JURADOS, UNO

Cuando yo fuí pensionado á Roma á la Academia de Bellas Artes, revolviendo los pocos libros que tiene aquella biblioteca (Blay, que es actualmente director, tiene grandes planes y quiere variar la organización de tan importante centro), encontré un folleto del año 1860, que se titulaba *El nuevo reglamento de las Exposiciones*; desde entonces acá, ¿cuántos no se han hecho y cuántos no se harán? Y es que hay que variar los hombres y no las leyes.

Yo creo que para arreglar en lo humanamente

posible esto habría que hacer una cosa: en vez de cinco Jurados que generalmente forman el tribunal de recompensas, debía ser sólo uno. Yo elegiría á Blay, Chicharro ó Gonzalo Bilbao, uno de ellos, y en él delegaría la máxima autoridad y responsabilidad. Porque cuando son muchos, ¿á quién pedir cuentas del abuso y de la trapacería cometidos?

Se habla de la necesidad de evitar la recomendación. Eso es imposible. No hay ley que rompa esta cadena de tan fuerte raigambre en nuestra vida y costumbres. Y ya que no se pueden

evitar, se me ocurre que quizá desaparecieran aumentándolas de tal manera que perdieran su eficacia sobornadora. ¿No ha habido ministro que ha enviado á dos individuos recomendados con igual eficacia para cubrir una plaza?

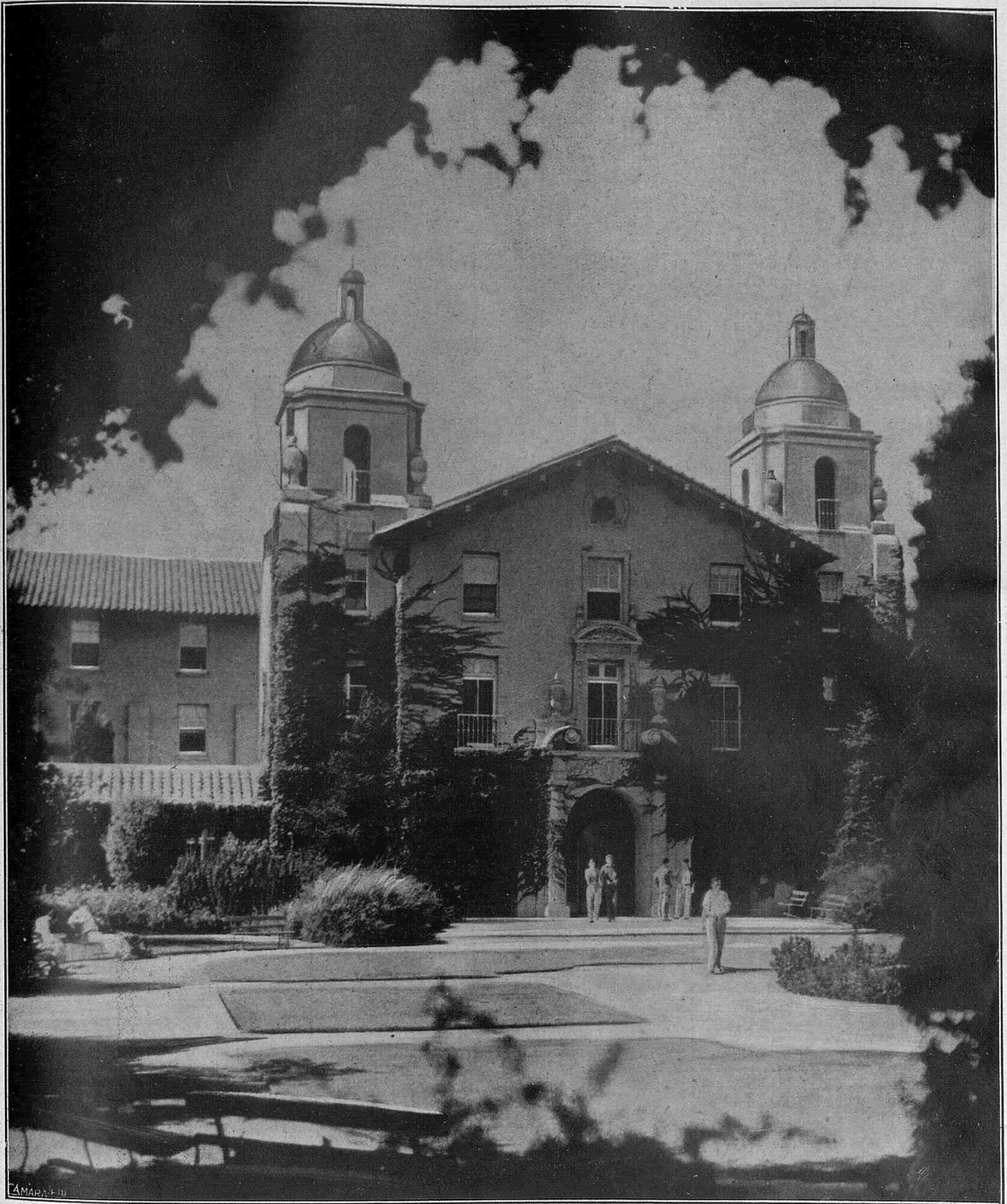
En lo que respecta á mi carrera, he de decirle que, por desgracia, los arquitectos no son partidarios en su mayoría de ir á las Exposiciones. Además, los que concurren era preferible que se inhibieran, porque, por lo general, mandan unas cosas tan técnicamente aburridas, que no hay quien resista una Exposición de arquitectura. Y es lástima porque existen temas muy simpáticos y comprensibles para el público.

Actualmente bulle una juventud brillantísima de arquitectos; están perfectamente preparados, y yo creo que harán mucho más que nosotros, y es una pena que no tengan «encargos» á los que dedicar sus actividades, y que se pasen la vida en las terrazas de los cafés. Son un poco abúlicos; les falta inquietud... Debían presentarse en las Exposiciones y excitar la admiración ó la hostilidad de las gentes. Yo lo hice así. Cuando acabé la carrera me fuí á mi pueblo (Bermeo), y buscando un horizonte más amplio á mi actividad, hice oposiciones para Roma. Y casi todos los caminos los he andado solo...

Respecto á las medallas que hay para arquitectura, está bien; pero en pintura debía haber el doble, porque existe actualmente una pléyade de pintores de tal categoría y empuje, que aun mereciéndolas por sus obras no les alcanza por lo exiguo de los premios.

JULIO ROMANO

EL RECUERDO DE ESPAÑA EN AMERICA



El ambiente español en California está conservado en la Ciudad Universitaria de Stanford por la casa recientemente inaugurada de la Unión de Estudiantes

(Fot. Orrios)



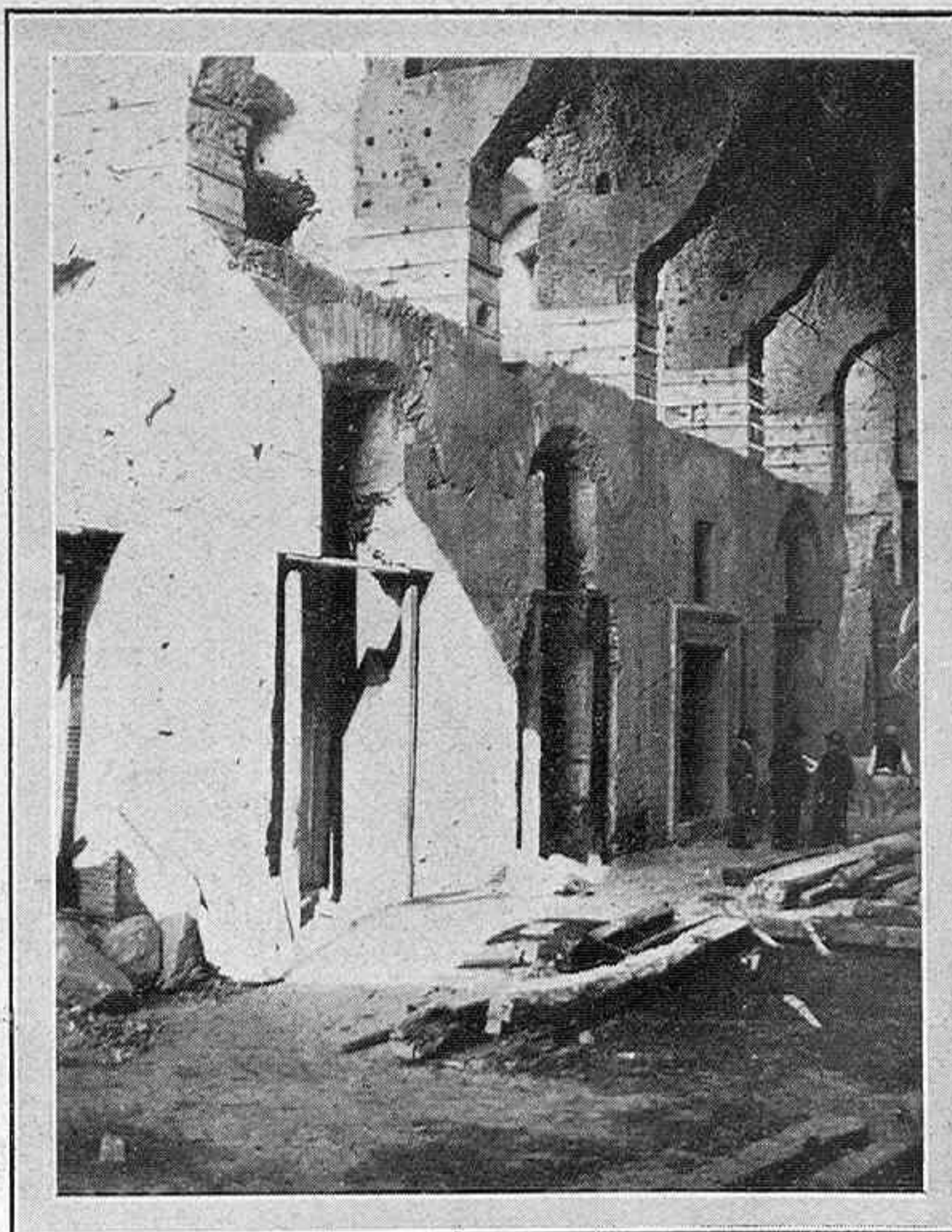


Vista del «Teatro Marcellus», después de las recientes demoliciones circuncapitolinas, desde la terraza del Capitolio

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN ITALIA

TIENE una relación muy íntima la existencia del *fascio* italiano con la extraordinaria actividad de las investigaciones arqueológicas que actualmente se realizan en toda Italia, y singularmente en Roma.

El *Duce* buscó el nombre y aun la significación del partido que dominó rápidamente á su país en la historia de Italia, y en esa historia, ó, mejor dicho, en la magna historia de Roma, busca siempre inspiración y orientación para su política, especialmente, y para su conducta toda. El ideal sintético del *Duce* y del fascismo es la restauración del antiguo poderío romano. Hacer surgir, mediante excavaciones



En el foro de Trajano
Aspecto de las tiendas de la antigua Roma

Hacia la restauración de la grandeza de Roma

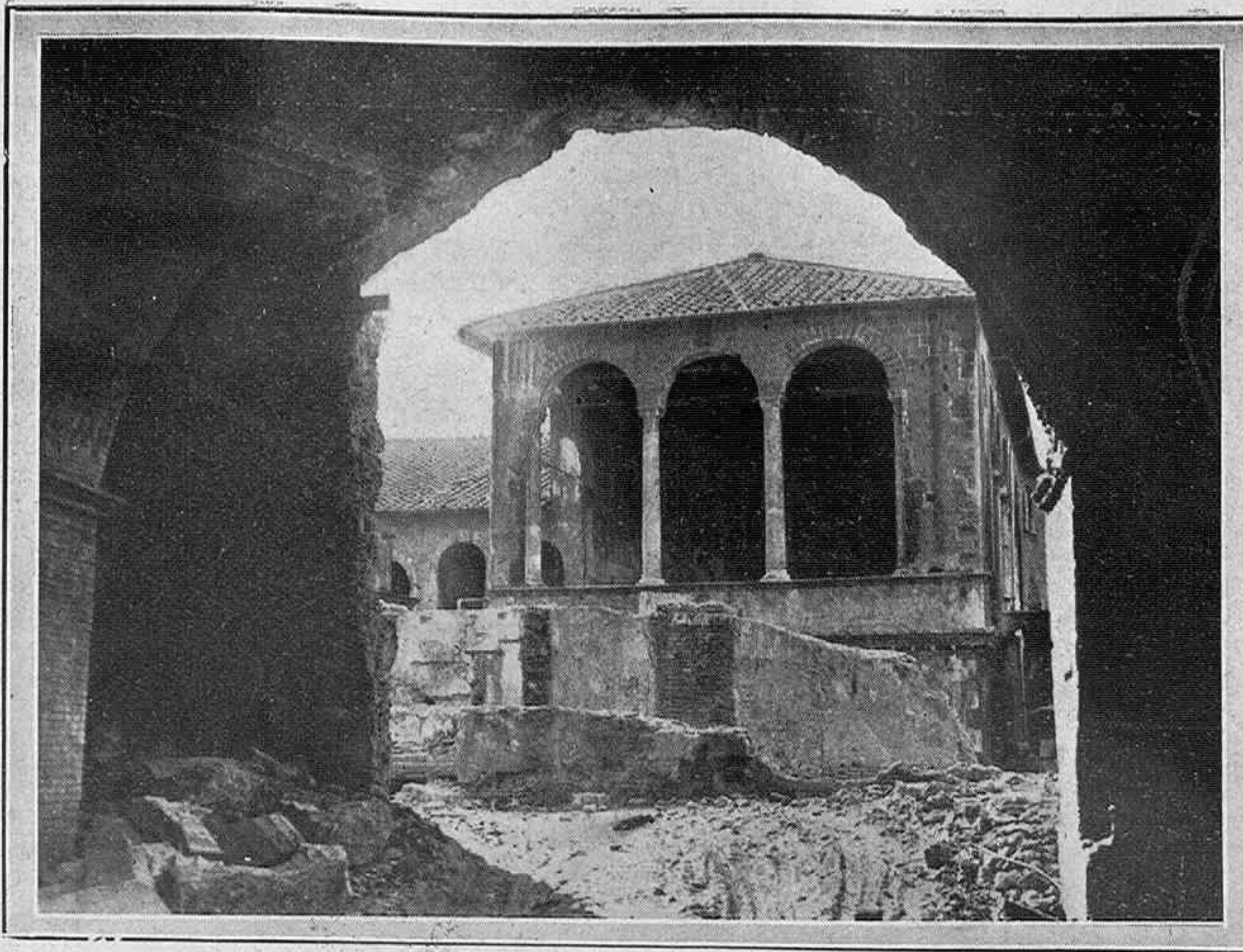
sabiamente dirigidas, la Roma que fué, es, desde luego, uno de los medios de lograr la mayor intensidad posible para ese sentimiento restaurador: cuanto más ampliamente y mejor conocida sea la grandeza de Roma, mayor intensidad tendrá el espíritu fascista, y más grande fuerza, por tanto, el nacionalismo italiano.

Las excavaciones, que actualmente están en su apogeo en la capital de Italia, están dando ya muy interesantes «documentos», que darán noticias importantísimas acerca de la arquitectura romana. Ya en los primeros documentos analizados se ha visto, por ejemplo y sin referirnos más que á un detalle, que en Roma

existieron, muy remotamente, puertas giratorias idénticas á las que ahora nos envanece como de recientísima invención.

No es sólo, pues, en lo puramente artístico en lo que los descubrimientos que ahora se hacen en Roma podrán tener trascendencia: para el arte de construir aportarán también datos que, al ayudar á resolver algunos problemas arqueológicos capitales, harán lo mismo por lo que respecta á algunos problemas técnicos actuales hoy.

Tienen, pues, esas investigaciones arqueológicas un triple valor: social, artístico y técnico; y se explica bien el magno cuidado que pone en ellas el *Duce*, dando todo su apoyo y todos los recursos necesarios, cuantiosísimos muchas veces, á los investigadores que las realizan.



Una perspectiva interesante en las actuales investigaciones arqueológicas

Las famosísimas investigaciones en el lago Noemi, de que oportunamente habló LA ESFERA, detallando los enormes esfuerzos y los cuantiosos gastos que suponían, son buen modelo de cómo el dictador italiano atiende á esa que considera necesidad espiritual de su pueblo y de su política; y la eficacia de esa conducta es muy visible en el actual estado de enardecimiento del patriotismo italiano

Uno de los parajes en que las investigaciones son más activas son las cercanías del Capitolio, y en ellas es ya perfectamente visible el *Teatro Marcellus*.

También son activas las excavaciones en el foro de Trajano, y en él pueden ser estudiadas actualmente las tiendas que orlaban la antigua *Vía Biberiana*.



Otro aspecto de las tiendas situadas en la antigua *Vía Biberiana* de Roma
(Fots. Vidal)



CÁMARA-FILM



Orosia, la hija mayor de la guardesa del cortijo del *Mimbral*, la finca de los Cobos, era la chiquilla más linda de veinte leguas á la redonda. Tenía diez y siete años, y su cuerpo esbelto, de nardo, parecía un milagro descendido á la tierra. Imposible imaginar un rostro más suave, más dulce, más femenino. Tenía el óvalo perfecto y un tanto aniñado de las vírgenes italianas del Renacimiento; la sonrisa, suave y dulce; la mirada, honda, fascinante, turbadora. Sus ojos, grandes, muy rasgados, eran del mismo color rubio de los trigales en verano; la frente era un cuarto de luna perfecto; la nariz, recta, noble, recordaba la de las estatuas clásicas, y la boca, breve, de labios muy finos, eternamente húmeda, parecía una herida siempre fresca. De todos modos, lo que más y primeramente llamaba en ella la atención eran sus mejillas, de un color sanísimo

de rosa silvestre ó de naranja recién partida. La llamaban por esto *la Naranja*, en estos campos de Jumilla donde la gente del pueblo se ha de conocer invariablemente por un mote... Y era tan guapa y arrogante, que irresistiblemente los ojos se posaban en ella y á los labios más rudos acudían frases como oraciones...

•••••

Ya no quiso bailar con nadie más Orosia aquella noche, desde que llegó *el señorito* á la era. ¿Qué sintió al verlo?... ¿Fue amor?... ¿Fueron celos?... ¡No sabía! Se sentía irritada, molesta, ofendida, desde que sus ojos se posaron en aquel hombre por primera vez. ¡Ah, qué triunfo! Se trataba *del amo*, y su juventud, su belleza varonil, su don de gentes le hicieron en seguida el árbitro del baile. Orosia, comprobando que... «sí, que sí, que era muy guapo, diablo, vaya...», se vió relegada, abandonada, olvidada por todo el mundo en un instante.. Casi echó de

menos á su novio, un pastorcillo zafio que no estaba esta noche aquí... ¡Ah, lo que la dolían la admiración, el prestigio, el respeto que inspiraba *el señorito*!... Se tuvo que confesar que ya lo odiaba, mejor dicho, que había comenzado á odiarlo antes de conocerlo, cuando oyó á Rosa alabarle tanto... Y al terminar el baile...

•••••

Sólo un instante estuvo Rogelio junto á *la Naranja*. Orosia miró ahora *al señorito* con todo el fuego de sus ojos de oro, mientras la mujer de Bartolo la presentaba, ofreciéndole á Rogelio agua fresca del cántaro.

—¡Ah, ya, sí, la hija de la guardesa del *Mimbral*, de la viuda!—murmuró *el señorito* en tono distraído—. ¡Muy guapa, como todas las chicas de estos campos!

LA fiesta de esta noche, en la era, se celebraba en obsequio del estudiante.

—¿Qué, bailamos?

—¡Venga!

Había cuatro ó cinco tocadores de guitarra, y las cuerdas comenzaron á lanzar su quejido metálico.

El mocerío pronto inició el baile regional, la alegre y dulce *parranda*, ese baile honesto y sano, casi infantil, en que las parejas, separadas, sólo pueden cambiarse el beso espiritual de las manos y los ojos... que no mancha, porque las manos, como los ojos, no son del cuerpo, son del alma...

Era la vendimia, y en *el Charche*, el hermoso y solitario cortijo de don Juan, se había reunido una multitud. Ya cerca de las diez apareció el señorito Rogelio.

—¿Tú no lo conoces?

—No.

—¡Oh, es más guapo! ¿Ves la señorita Isabel, su hermana?

—Sí.

—Pues así. No, aun más guapo. ¡Y bueno, y simpático, y con un ángel y un *aquel* que te tira de espaldas!

Orosia rió, empezando á sentir celos.

—¡Chica, chica, Rosa, cualquiera diría que estás loca por él! ¿Es que le quieres?

—¡No! Pero, ¿no puede una decir que es guapo un hombre, vaya?

—¡Pero tú tienes novio!

—¿Y qué importa eso?... ¡Tú también lo tienes! Además, el hijo de mis señoritos no es de nuestra clase. Ni siquiera se fija en nosotras... Ya lo verás tú. ¡Ah, calla, que aquí viene!

Después bebió agua, dió media vuelta, cambió otras palabras con la guardesa y se fué.

Orosia se quedó allí mismo, humillada, trepidando de ira, sintiendo lo que nunca había sentido ante ningún hombre. Una furia loca se había apoderado de su alma. Luego, intentando calmarse, como si se riera de sí misma, se preguntó en voz alta:

—¿Por qué?... Pero... ¿por qué?...

Sin embargo, la muchacha se engañaba. Rogelio pensó mucho en ella aquella noche. Al día siguiente la buscó entre la turba de vendimiadores, y entablaron este diálogo, solos los dos, entre los pámpanos y los racimos:

—¿Es usted jumillana?

—Sí; ¡vamos, del campo! Usted, ¿á mí no me conocía?

—No. ¡Ni usted á mí tampoco!

—Tampoco. Pero me habían hablado tanto de usted...

—¡El hombre célebre!—rió Rogelio. Y viéndola tan linda, no pudo evitarse el preguntar á un: —¿Tiene usted novio?

—Sí; ¿por qué?

—¡Oh, para matarlo! Lo siento, porque me tendré que manchar las manos de sangre.

Contra lo que temió Rogelio, el estudiante agudo y listo que venía de Madrid, la chiquilla comprendió el chiste, y rió de buena gana.

—¡Qué gracioso! ¡Mancharse las manos de sangre!.. ¡Ya me habían dicho también que era usted muy bromista y muy conquistador!

No, no pudieron olvidarse ni separarse ya los dos muchachos. Un sentimiento muy fuerte, muy hondo, muy poderoso les unía y les ataba. Rogelio, oyendo á la chiquilla, se sorprendía de vislumbrar un alma clara, alta, fuerte, con la pureza del agua que brota de las peñas, con la fragancia de las flores blancas de las acacias... «¡Yo no he nacido para... esto!», la oyó decir un día en que estaba vendimiando. Y luego, cuando él quiso que le explicara aquella frase, ella, clavando en las pupilas del muchacho las suyas, color de caramelo, le dijo, en un tono de inmensísima ironía, de delicadeza también, de que Rogelio no la creyó nunca capaz: «¿Qué sé yo!... ¡Yo sueño otra vida..., de libertad, de amor, de comodidades!... ¡No sé!... ¡No me haga usted caso, pero á veces pienso que yo debía haber nacido princesa, ó poco menos..., y me he quedado en... esto, en vendimiadora!» Rió con una leve risa de cristal, que mostró á Rogelio el milagro de sus dientes, como dos arroyuelos de leche en la boca breve y roja, de coral.

Y el estudiante no pudo contenerse más: alargó la mano, cogió una de la chiquilla y la besó con frenesí, al tiempo que decía, en tono mimoso y apasionado:

—¿Y quién te dice á ti, guapa mía, que no has de terminar siendo princesa?...

Y sin que ella le resistiera, la besó en la boca muchas veces, muchas veces..., allí mismo, entre los pámpanos y los racimos...

•••••

En menos de dos semanas estuvo Rogelio loco de amor por *la Naranja*. No pensaba más que en ella. Cada tarde, jinete en el caballo que le comprara su abuelo dos años atrás, emprendía desde su cortijo el camino del *Mimbral*. Orosia había regresado al lado de su madre, á la que llamaban en la comarca *la Mosca*. Nada más dulce que



aquellas cabalgadas, entre viñas y olivares, salvando montes, riachuelos y barrancos, hasta dar vista al cortijo donde vivía la muchacha. Y nada más dulce que aquella figurilla delgada y graciosa de *la novia*, que le esperaba junto á la era cada tarde, y le sonreía con su gracia divina de los cielos, murmurando: «¡Buenas tardes, chiquillo mío!...» El palique se organizaba allí mismo, junto á la era. Rogelio se sorprendía oyendo hablar á Orosia: «¡No quería quererte al principio! ¡Tenía miedo! Pensaba, mejor dicho, *adivinaba* que me iba á volver loca por ti. Por eso creo que te odié desde el primer instante. ¡No te rías! El amor y el odio son hermanos. Si tú me dejaras, si tú me olvidaras ahora, yo te mataría y me mataría después. Esos que matan por amor y se matan luego, es que aman á una persona y

á la vida con locura. Matar y besar es muchas veces la misma cosa...» Rogelio la miraba absorto. ¿Y era esta chiquilla una pobre aldeana que apenas sabía leer y escribir?... El amor les iluminaba á los dos, á él también, sacándoles del mundo. Se querían con una pureza que casi les hacía daño... Al fin, cuando ya apenas quedaba un reflejo de crepúscalo en el cielo de nácar, se separaban los novios... Ahora era un repique de besos apasionados su último suspiro... Luego, el caballo tordo de Rogelio se perdía entre las sombras, y Orosia volvía á su casa lentamente, saboreando su amor, como un manjar del cielo... Iba encendida. Su rostro de nieve y de fresas se parecía entonces un capullo de rosa que se abriera bajo la lluvia de Mayo...

•••••

El palique se continuaba esta noche más tarde que de costumbre. Rogelio había contado á la chiquilla que en su casa sus padres se oponían á

estas relaciones, y Orosia, muy impuesta de su papel de *novia*, había roto en un llanto manso. Y ¡ah, el poder de la novia que llora!... Rogelio besaba aquella boca, bebía aquellas lágrimas, repitiendo sin cansarse unas palabras más dulces que la miel:

—¡No temas, Orosia mía!... ¡Nada ni nadie me separará de ti!...

La novia, inmóvil, recibía en la boca inerte los besos del amado, hundiendo de tarde en tarde sus pupilas de oro en las del muchacho. Y el muchacho, loco, ciego, enternecido, como la novia, por una especie de hondísima congoja, que no se sabía expresar últimamente más que con besos y abrazos, lo olvidó todo en un instante, y suspiró, como un moribundo...

•••••

Allí mismo los mataron á los dos: á la chiquilla de nardo y de canela, y al estudiante romántico y dulce, que había enloquecido de pasión como sólo se enloquece una vez en la vida... Los mató el antiguo novio de Orosia, un labriego, un gañán, que era también pastor en un cortijo cercano, y no había querido resignarse á la traición y al abandono de la hermosa.. Día tras día había ido sabiendo el despechado la historia del otro amorío..., y juró vengarse, y acechó en las sombras muchas veces... hasta descubrir en esta noche, callada y serena, la caída irremediable de *la Naranja*...

Entonces, oculto junto á los frutales de la era, como un lobo que acecha á otros lobos, mató á tiros á los culpables...

Orosia y Rogelio, tuvieron, como última sensación de la vida, el sabor acre de la sangre en sus bocas..., el veneno del amor.

ANTONIO GUARDIOLA

(Dibujos de Aristo Téllez)



ACABA DE PUBLICARSE

«GUIA DEL BUEN COMER ESPAÑOL»

Dionisio Pérez
y la cocina es-
pañola :-:

DIONISIO Pérez,
compañero
nuestro de hace
tantos años que es
preciso remontarse
más allá de *Nuevo
Mundo* en su primera

época y llegar á la revolucionaria *Vida Nueva*, goza hoy el éxito de su libro: *Guía del buen comer español*. Seguramente la fruición ha sido mayor al escribirlo. ¿De qué materia, especialidad ó disciplina no podría escribir un libro Dionisio Pérez? Pero, ¿en cuál hubiera puesto tanto arte, es decir, tanto entusiasmo? Ningún escritor de los que se comunican á diario con el público sabe de antemano por dónde le llegará su momento de popularidad. Ningún autor de capacidad enciclopédica sabe cuál será la llave del triunfo. Y á Dionisio estoy seguro de que en este caso el éxito para él era lo de menos. Lo importante fué trabajar sobre un tema agradable, al que pudieran unirse infinitas referencias, observaciones, lecturas, datos de investigación propia recogidos en circunstancias que podrían tener algún interés autobiográfico. Esta es la única manera de que un libro de semejante género alcance verdadero valor literario.

He escrito en otra parte unas líneas que envuelven cierta reserva sobre un aspecto de este libro. España sabe comer bien, por tradición; pero suele comer mal, por necesidad. El soberbio catálogo que nos ofrece no siempre es accesible: está en las bibliotecas, pero no llega al pueblo. Es decir, que á base de platos populares y dentro de la cocina tradicional llega á formarse el repertorio de lujo, destinado solamente á las mesas suntuosas ó á los excepcionales ágapes. Podría desenvolverse con mucha amplitud esta observación que apenas apunto; pero no quiero extremarle demasiado, porque no es al libro de Dionisio Pérez, directamente, á quien va brindada, sino á mis notas de viaje por España. Desde el momento en que Dionisio Pérez va buscando guisos populares con el aliño que cada región da á los productos de la tierra—ó del mar—, queda hecha la lista de las mesas pobres, la de la mayoría del país. La impresión de abundancia viene de unir en una sola lectura tantas peculiaridades regionales. Y no deja de ser profundamente democrática esa elevación de los platos humildes.

A veces—por fortuna—, lo mejor, lo más exquisito, no es lo que cuesta más dinero.

Un aspecto—esencial—tiene para mí este resumen, y es el «viaje por España». Cárteramente lo adaptó su autor á una de las preocupaciones actuales de mayor realce: el turismo; y, en efecto, pocas propagandas tan hábiles pueden hacerse de un país como la descripción apologética de su cocina. Sería preciso, para darle mayor eficacia, que en las fondas y hoteles aprendieran cocina española, depurándola, aligerándola todo lo posible, para que el turista extranjero no creyese que España es un país que come á la francesa; error explicable al que contribuyen innumerables cocineros, *maitres* y regentes de estos establecimientos. España tiene tal variedad de pueblos del Pirneo á Cádiz, y han sido tantas las gentes que vinieron á guisar en sus cocinas, que acaso ninguna otra nación de Europa sea tan rica de salsas. Luego, el fondo autóctono del primitivo ibero, ó de quien fuese, ha reaparecido,

acabando por darlas á todas un sabor fuerte. Pero éste es generalización. Probablemente, puro prejuicio. La *Guía del buen comer español* nos lo demuestra, registrando infinidad de platos finos, delicados, desde las sopas hasta el dulcerio.

Interesa el viaje por España; pero además el tema trae envueltas las más sutiles y más honradas raíces de la vida regional española: esta subhistoria de que hablaba Unamuno, á la que no

una mayor libertad expansiva, una fluencia y plenitud verdaderamente singulares.

Terminado el libro, hojeado y manejado como se maneja una guía, queda esta impresión: que con dar tanto el autor, se reserva mucho más. El gran libro de la cocina española está por hacer. ¿No querrá algún día decidirse á escribirlo quien con tanto lucimiento demuestra que lo puede hacer; y á escribirlo, no ya para los turistas, sino para nosotros, para los españoles?

LUIS BELLO

«En un lugar de la Mancha»...

La cocina española en el «Quijote».—La abundancia en la despensa de la Mancha.—En la patria de Dulcinea. El «morteruelo» recitado por Tomás Luceño.—Las «gachas manchegas» y la «alcaravea».—Los dulces monjiles en El Toboso.—Los vinos de Valdepeñas.—El queso manchego.—El «bacalao á la manchega».—El «pisto manchego».—El «guisado de trigo».—La abundancia de frutas en Albacete. Las «morcillas» de Baltasar de Alcázar.—Las «rosquillas de Almagro».—Las «tortas de Alcázar».—Los «pestiños manchegos».—El «arropé manchego» y los mantecados.

Ya Fernández Duro y otros cervantistas estudiaron la cocina de Don Quijote y Sancho Panza, que, al cabo, con sus grandezas en las bodas de Camacho y sus austeridades en el puñado de bellotas que Don Quijote muestra en la mano, es el más sabio compendio de culinaria española que poseemos; pero, en verdad, es más precisamente el pensamiento y la realidad de la cocina manchega, madre y escuela de las cocinas de Castilla. Bien se ve en las divinas páginas de Cervantes la abundancia que había en la Mancha... «Los pastores, arrieros, peregrinos, tenían á su disposición tascos de cabra, queso ovejuno, sazónadas frutas, aceitunas secas, huesos menudos de jamón, que si no se dejaban mascar, no defendían el ser chupados, y la general é indispensable bota bien provista, elemento de contemplación del firmamento. El labrador jornalero, por mucho que trabajara por el día, á la noche cenaba olla, y no andaba tan mal su casa que no pudiera su mujer, mientras rastrillaba una libra de lino, tener á su lado un jarro desbocado, de cabida de un buen porqué de vino, con que entretenerse en su trabajo, y en ocasiones empedrar un torrezno con huevos para agasajar á un conocido. No hablemos de gazpachos y de migas, que aun hoy, con cierto acompañamiento, son comidas de pastores; ni de leche, natas y requesones, que por estar la fuente á mano no escasean tampoco. La afición á los ajos forma capítulo en las instrucciones que se dieron al gobernador de Barataria. Bellaco y villano harto de ajos era frase insultante muy común, y el tufo de ajos crudos indicio de baja ralea.

Los hidalgos pobres como Don Quijote tenían sota, caballo y rey los días de fiesta; los clérigos no se dejaban pasar mal; pasábanlo bien los de la clase media y mostraban su esplendor los de la aristocracia, añadiendo á la abundancia de los manjares, tan sabrosamente guisados que no sabía el apetito á cuál alargar la mano, la deli-



DIONISIO PEREZ

afectan los cambios de reyes y la diversidad de invasores. Con los guisos, con las recetas, vienen las palabras, que también tienen su sabor, y cada página es una lección de lengua española. El léxico de la *Guía* es más abundante que el de ninguna obra de corte puramente literario; y si hiciéramos la prueba de contar las palabras que emplea, encontraríamos un caudal enorme, y en ese tesoro, algunas joyas viejas, que para el *Diccionario* son nuevas. Pero las palabras no bastan. Es la disposición de espíritu, verdaderamente clásica, no sólo por las reminiscencias y transcripciones, sino por imperativo del asunto. Al acercarse á los hogares—á los fuegos—de cada pueblo, se encuentra el habla familiar, llena de arcaísmos y de formas sencillas, que en un libro moderno parecen tomadas de antiguos textos. El estilo de Dionisio Pérez, sólidamente castellano, discursivo, con mucha substancia, bien aparejado de noticias y documentos, tiene aquí

cadeza de bebidas de nieve y el sibaritismo de aguamaniles, perfumes, flores, canto y música. En el *Quijote* se encuentran las condiciones de los peces de los ríos de España tan bien como en la égloga *Marcelo y Fenijardo*, de Pedro Soto de Rojas (1).

En los festines populares que el *Quijote* cuenta lucen la empanada de conejo albar, la ternera en adobo, las albondiguillas, el manjar blanco, salpicón de vaca con cebolla, manos cocidas y la nacional olla podrida que embaúla y encierra todo lo que se quiere, que mientras más podrida mejor huele y que honra á la mesa del canónigo y del rector.

Las bodas de Camacho, que se anunciaban al hambriento escudero traspasando la enramada con un tufo y olor harto más de torreznos asados que de juncos y tomillos, dan por sí solas materia compendiosa para un tomo de gastronomía.

Rara es la aventura pequeña ó grande que no viene á parar en remojo de lo tinto. Las cosas incitativas que llaman la sed á dos leguas, son acomodadas en las alforjas como pretexto para sacar de ellas «el despegador del paladar». «Bebó cuando tengo gana, cuando no la tengo y cuando me lo dan, por no parecer melindroso ó mal criado»—dice Sancho—. Todo el refranero gastronómico de España puede recogerse de las páginas del *Quijote*. Así era la cocina de la Mancha en el siglo XVII, y así hoy también espreciado monumento de España.

Si nos acercamos al Toboso, santuario del amor para el Caballero Andante, que rindió allí su corazón en el ara de la belleza sin par de Dulcinea, un buen informador, el apasionado resucitador de la más clara gloria toboñesa, creador de biblioteca y de museo cervantinos, D. Jaime M. Pantoja, nos informa de aquella cocina manchega actual, que Sancho Panza diputaría por suya. Se come allí el *morteruelo*. De este preparado, que recuerda una receta de frailes extremeños, que vale por *foie gras* el más exquisito, nos había dado hace años una receta el singular ingenio del sainetero Tomás Luceño. Queriendo incorporar este nombre ilustre á este libro, he aquí su receta:

Coges hígado de cerdo, lomo y aves, lo rehogas con aceite y ajo frito; pero, por Dios, no lo comas, que todavía hace falta una multitud de cosas. Todo esto lo cueces mucho, porque de ese modo logras deshuesar las aves y (procediendo en buena lógica), que se desmenuce el lomo y el hígado, al cual colocas dentro de un mortero limpio, le machacas, *en buen hora*, por un colador lo pasas, y en el caldo donde todas estas carnes han cocido, con mucha calma lo embocas; si te gustan las especias, con especias lo sazanas. Después rallas pan; lo echas en el caldo, se incorpora á las referidas carnes, y todo una pasta forma que sacas *in continentí*, en grandes tarros colocas, lo conservas algún tiempo, librándolo de las moscas; y si quieres te lo comes, y si no, no te lo comas, que cada cual es muy dueño de su estómago y su boca.

Se olvidó de decir Tomás Luceño en su romance que entre las especias que se adicionan al *morteruelo*, como un blasón de su rancia estirpe castellana, figura la alcaravea, así como en las *gachas manchegas*, que también es plato tí-

(1) Es curiosa esta enumeración. El lector puede encontrarla en la *Biblioteca de Autores Españoles*, de Rivadeneira, recogida por Adolfo de Castro.

pico en El Toboso y demás pueblos del insigne circuito cervantino. De estas gachas hay también una receta preeminente, que debe ser recogida en esta antología. Está escrita por Agustín Lhardy, el paisajista y cocinero, cuyo nombre aun perdura incorporado á la industria gastronómica madrileña (1). ¿Quién pudiera revelar de igual modo la receta del *potaje riquísimo* que guisan las monjitas franciscanas de El Toboso! Y las trinitarias preparan unas almendras que dan envidia á las de Alcalá. Y en hornos particulares se hacen unos *bizcochos de limón*, *pelusas* y *soletillas* que se exportan ya á distantes provincias. La fama de esta dulcería atrae á turistas que llegan muchas tardes de Mayo y Junio, en sus automóviles, para descansar unas horas en el hermoso parque glorieta de la villa tobocense,

—No tan pobre—dijo Teresa—; yo me acuerdo haber pasado por San Clemente y Albacete, y, en verdad que podré decir que jamás he comido mejor fruta ni más en abundancia. A fe de mujer de bien que los melocotones que me sobraban, las uvas crujideras ó colgaderas, los higos bulajazores, los membrillos ocales, las granadas agridulces y abrideras que se podían poner por acá á la mesa del propio rey, y no faltaban de cuando en cuando los perdigones tiernos y los capones que ellos llaman de cresta abierta...»

En la enumeración de esta abundancia, ¿cómo olvidar al queso más famoso de España, que es el manchego, y á los vinos tintos y blancos que hicieron glorioso en el mundo el nombre de Valdepeñas, que durante muchos años, devorados los viñedos franceses por la filoxera, circularon por el orbe llamándose con los nombres más altisonantes y peripuestos de las bodegas de Burdeos, de Borgoña, de Medoc, del Nivernato y de la Champagne?... La denominación *á la manchegava* unida en los mejores recetarios modernos á un bacalao de los tiempos clásicos, cosa de mesones y de posadas; una tanda de pimientos y tomates y otra de bacalao, y así un castillete espolvoreado con pimienta y sal y regado con abundante y fino aceite, guiso digno competidor del *bacalao á la vizcaína*. Se llama también *á la manchega* un *cordero asado* en horno de panadero y cuenco de barro, como el que es moda asar en Madrid. En la Mancha la grasa es base de una salsilla hecha con ajo y perejil, cebolla y laurel y granos de pimienta, y se le sirve rodeado de orondas patatas y alcachofas. Pues, ¿no ganó el *pisto manchego* categoría de plato nacional y anda copiado en recetarios extranjeros?

Francos Rodríguez—con qué devoción y fervoroso afecto incorporo este nombre de mi maestro de periodismo á mi antología coquinaria!—reveló el *guisado de trigo*, venerable receta que está en el primer libro de cocina española, en el Nola de fines del siglo XV ó comienzos del XVI. He aquí la receta escrita por Francos Rodríguez hace algunos años:

«Respondo de que se trata de un guiso muy popular por Albacete y su provincia. En Hellín el guisado de trigo, quizás por valer poco el trigo, se come mucho. Por si alguien quisiera probarlo en los madriles, allá va su receta. El trigo, raspado convenientemente, se echa en una olla de agua hirviendo, dentro de la cual habrá garbanzos y una pata de cerdo. Al agua en ebullición se le pone agua fría hasta que los granos del trigo revienten. Después se cuece nuevamente el contenido de la olla hasta que los garbanzos se ablanden, y esto logrado se añade á los garbanzos y al trigo una salsa hecha con aceite frito, tomate,

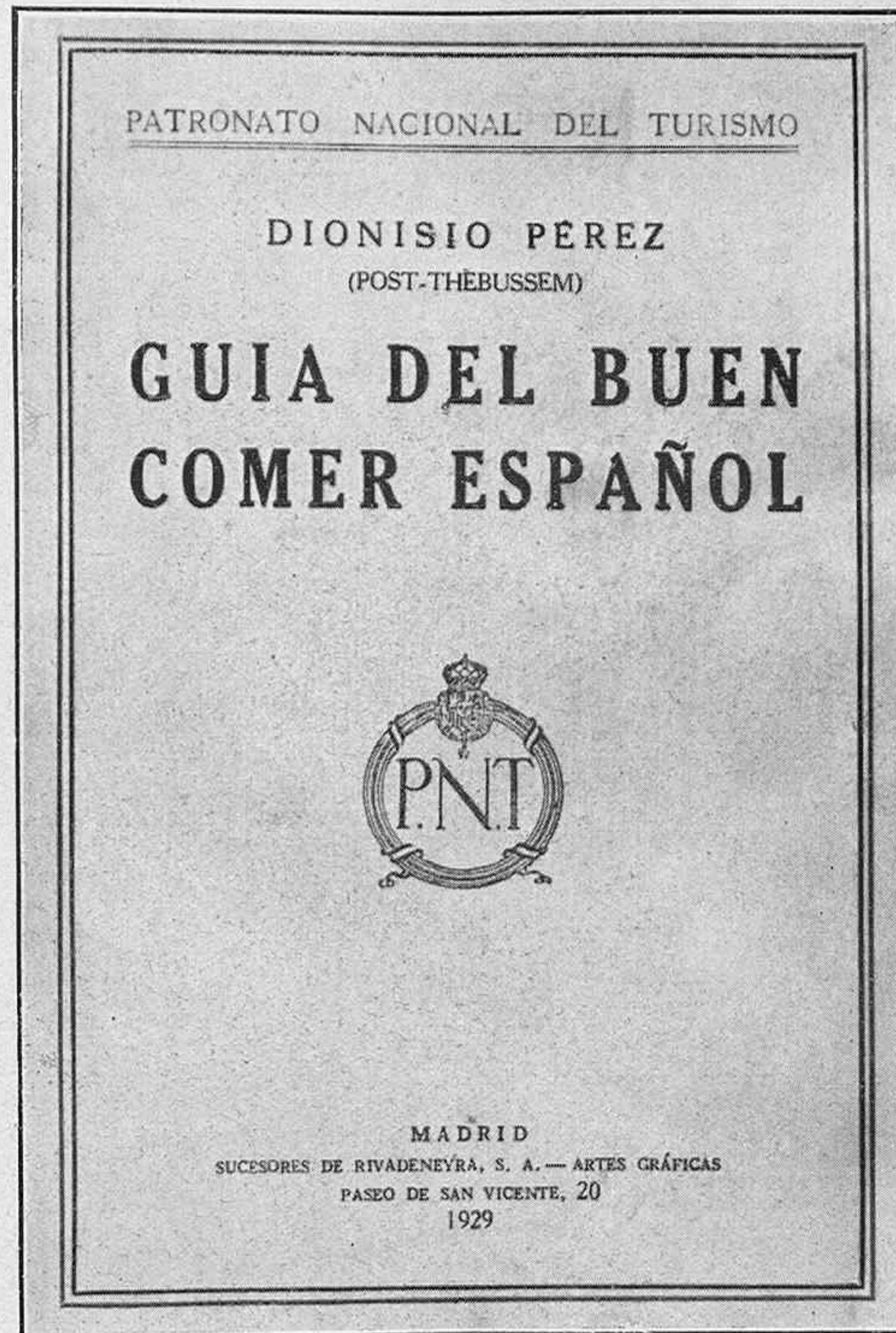
pimentón y cebolla muy picada. Al servirse este guisado se le pone hierbabuena. Así se hace este plato, de cuyo buen sabor certifico.»

La Mancha es también maestra en hacer embutidos y maestra en hacer pastas, tortas y confites. Aquellas morcillas que veneraba Baltasar de Alcázar, aunque se comieran en Jaén, eran de estirpe manchega. Y así también en chorizos y longanizas.

Fama en toda la nación tienen las *rosquillas de Almagro* y las *tortas de Alcázar*; los *peñiños manchegos* revelan su origen arábigo como sus gemelos los *andaluces*, y el *arrope* y los *mantecados* recuerdan también á sus similares de Sevilla, de Málaga, de Cádiz y de Granada.

Hemos recorrido la Península entera y es hora ya de que recordemos estos dos florones de la Corona de Castilla, que se llaman Balcares y Canarias.

DIONISIO PEREZ



Portada del libro

tomando unas golosinas de esta delicada dulcería.

Pues recorriendo el resto de la Mancha, ¿no encontraríamos abundancia y refinamientos semejantes? Es curioso y poco conocido aquel diálogo que recoge Liñán y Verdugo (2):

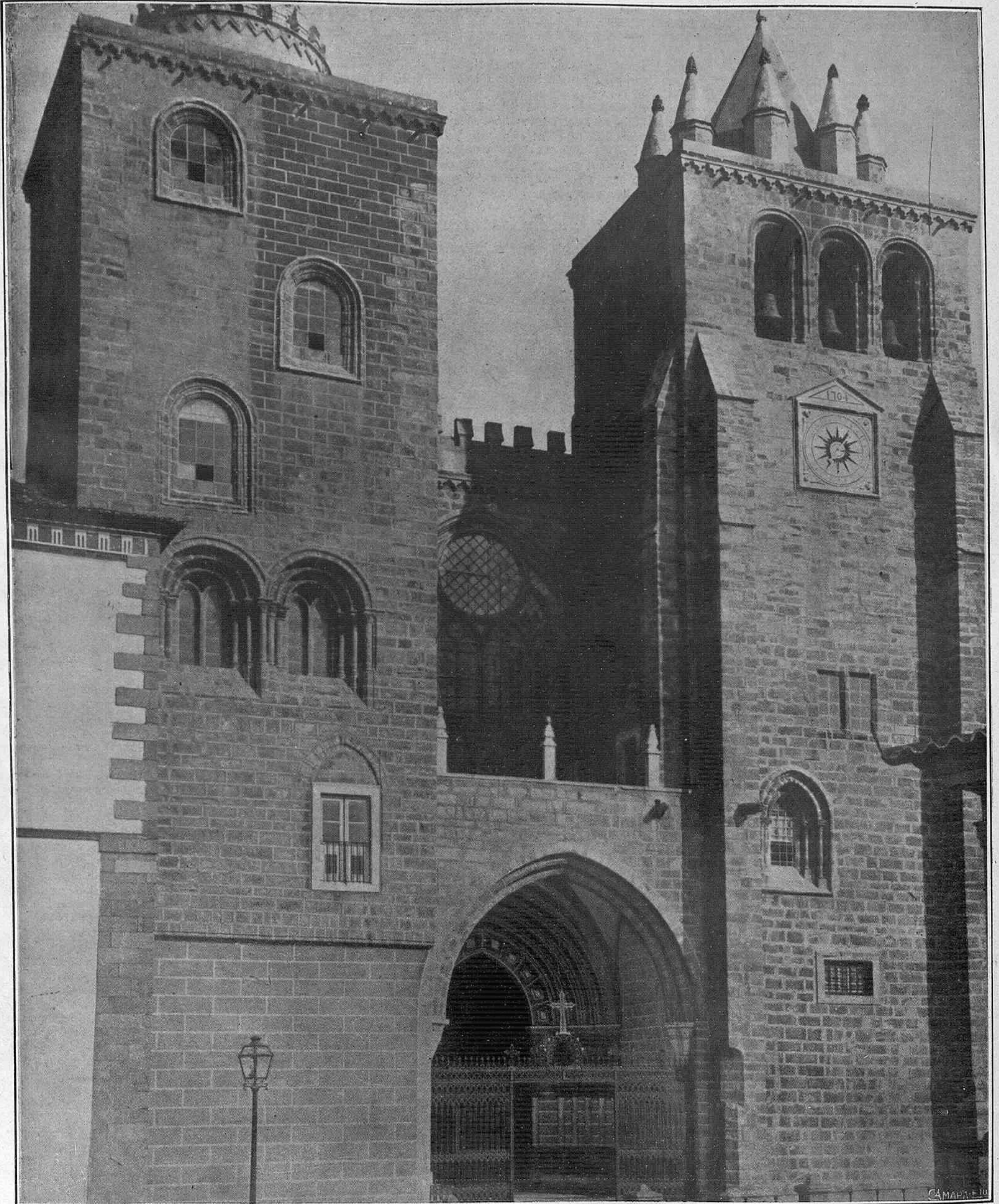
«Buena tierra es la Mancha—replicó Laynez—, buen pan, buen vino, buen carnero; pero de regalos, frutas y, sobre todo, de agua dulce, es pobre y necesitada.

(1) En un poco de aceite frito se echa papada de cerdo cortada en trozos pequeños. Se retiran estos pedazos cuando están fritos y en la grasa que resulta se echa pimentón, clavo (muy poco), alcaravea y pimienta, y después se va adicionando poco á poco cierta cantidad de harina de almortas á dorarse en la grasa. Se va echando luego agua bastante caliente hasta desleír la harina y se hace cocer moviendo constantemente con una paleta de madera hasta que no sepan á crudas. Cuando están preparadas las gachas se colocan los trozos de papada encima.—Agustín Lhardy.

(2) *Guía y aviso del forastero, á donde se les enseña á huir de los peligros que hay en la vida de la Corte*; por J. Liñán y Verdugo. Madrid, 1620.



LA ARQUITECTURA EN PORTUGAL



Fachada de la Catedral de Evora

LOS PÚLPITOS DE LA CATEDRAL

ENTRE los innumerables y ricos tesoros de la Catedral hispalense, deberemos admirar, por la originalidad de su forma y por su materia, los interesantes púlpitos, y entre ellos, los que existen á cada uno de los lados del presbiterio del altar mayor, el del altar de Nuestra Señora de los Remedios, que se admira en el trascoro, y el del Patio de los Naranjos.

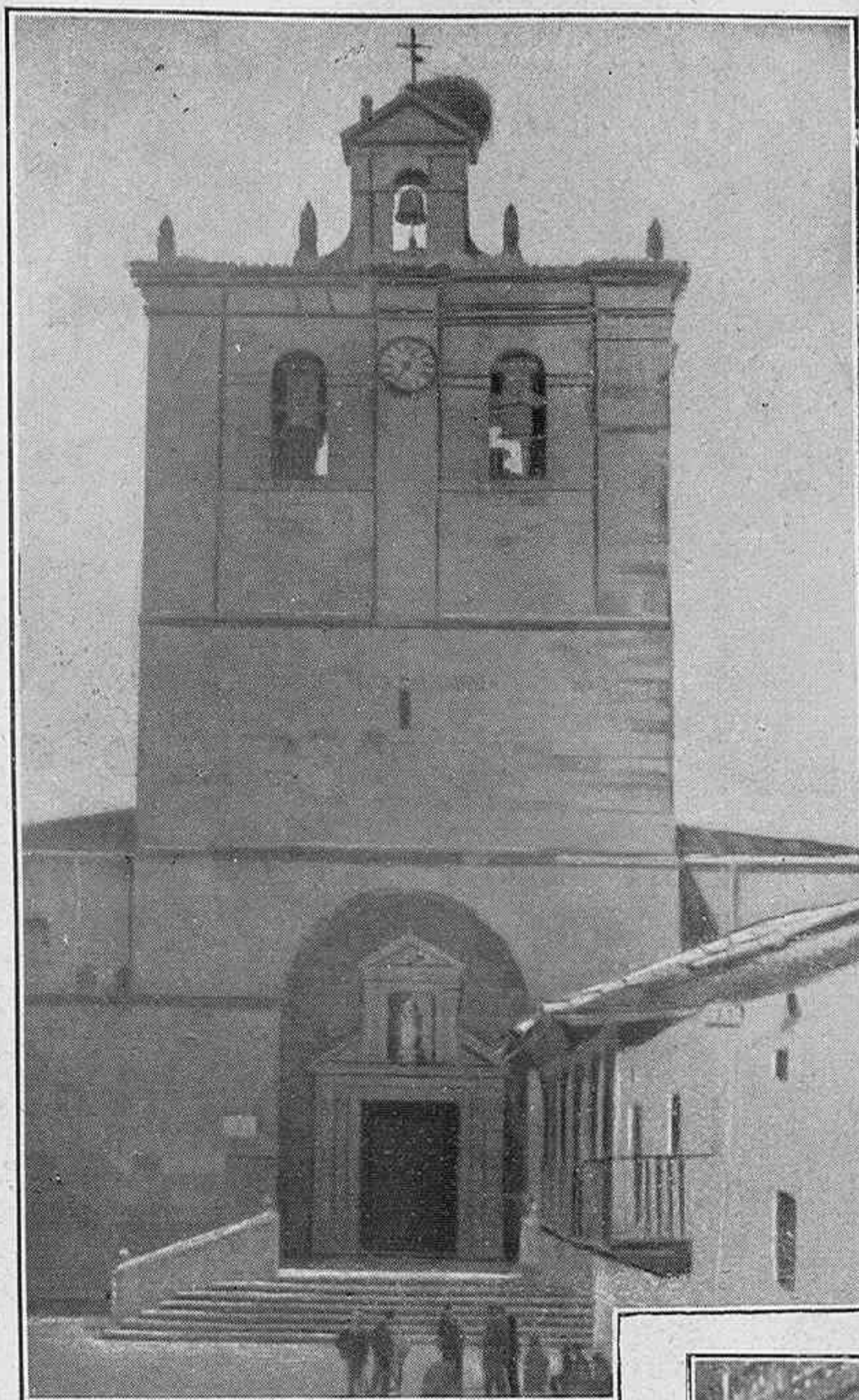
Los primeros son de hierro repujado, y el último de ladrillo encalado sobre una columnilla de mármol.

Cuando el Cabildo de la Catedral tomó el acuerdo de que se labraran los del altar mayor, dijo «que se hiciesen los más ricos e decentes que ser pudiesen». Son hexagonales, presentando á la vista cuatro frentes formados por placas repujadas en bajorrelieve. En las que pertenecen al del lado de la Epístola, se representan pasajes de la vida de San Pablo, y en las del otro, las figuras de los Evangelistas, todas ellas admirablemente ejecutadas, y muy curiosas las primeras por los datos que suministran al estudio de la indumentaria del siglo XVI. Toda la obra obedece al renacimiento plateresco del dicho siglo.

Cada tablero está dividido por una columnilla de forma de candelabro con estría en su parte superior, coronándolo capitel corintio de hoja de acanto.

Tanto en la parte superior como en la inferior, están ornamentados con friso del más puro Renacimiento.

Se hallan sustentados sobre una co-



Aspecto exterior de la Iglesia de Vinuesa

brero del mismo año. El del altar de la Virgen de los Remedios es asimismo una preciosa obra de hierro repujada con ornamentación de espirales, todo él del gusto románico.

También es hexagonal, y su base, de plancha de hierro calada. Dividen los lados del hexágono columnillas de estilo renacimiento, en forma de candelero. Constituye un admirable ejemplar, y se cree que fué ejecutado á fines del XVI ó principios del XVII, aunque sea de la traza que hicieran los herreros del principio del XIII.

Por último, es también muy interesante el púlpito del Patio de los Naranjos, por la tosca materia de que está compuesto y por la originalidad de su arquitectura. Y también por su historia. En él predicaron San Vicente Ferrer, San Francisco de Borja, el padre Contreras y el beato fray Diego José de Cádiz, entre otros santos y varones esclarecidos con la gracia de Dios.

Sólo se utiliza este púlpito el miércoles de Doctrina, por la Cuaresma.

Ante él se sitúan los fieles, entre los que se encuentran los pobres asilados, llegados en procesión, y desde él se les dirige la palabra de Cristo, inspirada en los crueles dolores que padeciera en su pasión.

J. MUÑOZ SAN ROMAN



lumnilla del mismo estilo y de la misma forma de capitel, descansando en basa ática sobre pedestal que luce un altorrelieve con media figura repujada.

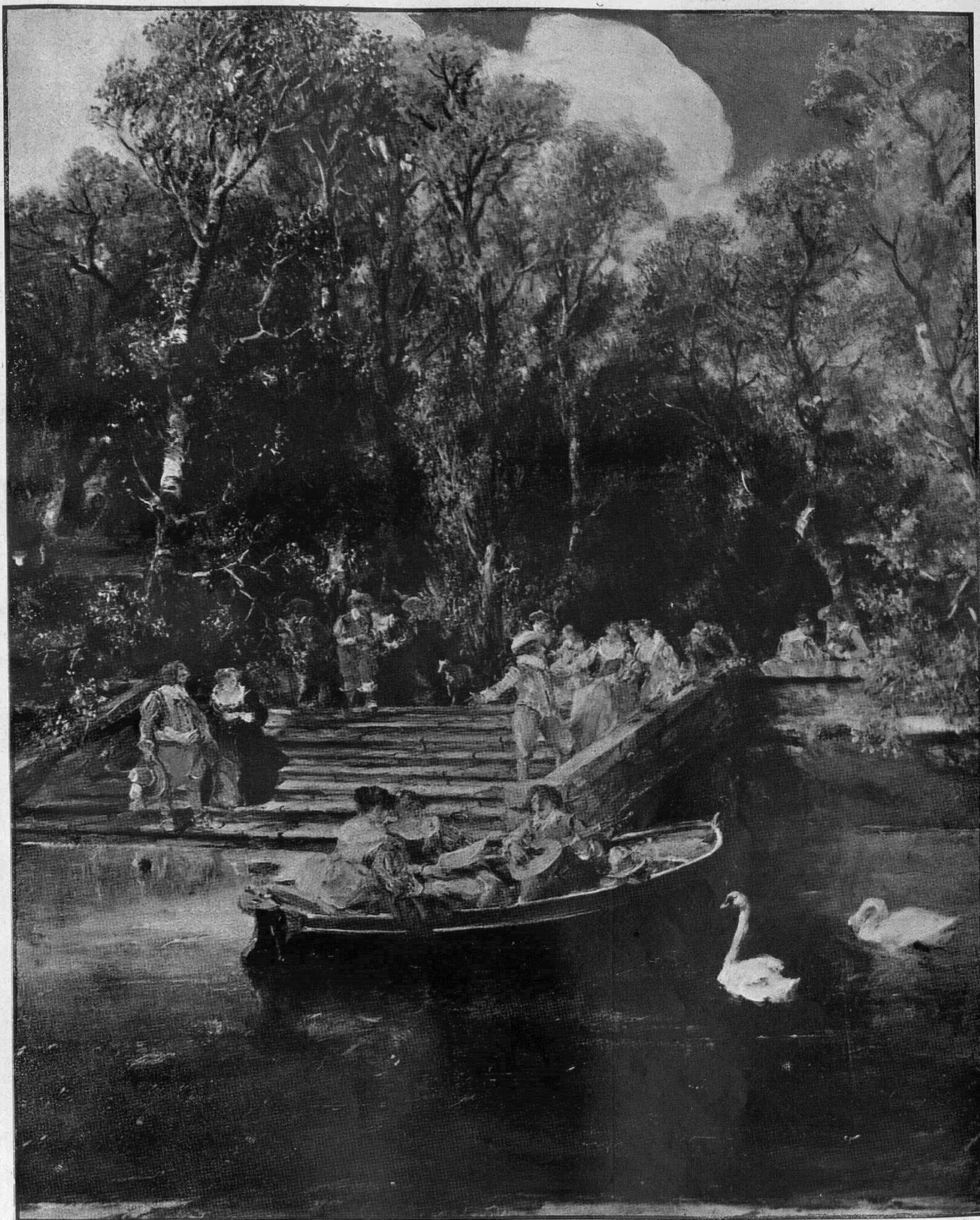
Fué encargada la obra de estos púlpitos á fray Francisco, religioso dominico, autor de las magnificas rejas del altar mayor. En acta capitular del 5 de Julio de 1527 consta el nombramiento de una comisión del Cabildo para que se entendiese con fray Francisco sobre los pormenores de la obra, y muy particularmente respecto á las historias que habrían de figurar en los tableros.

Los púlpitos quedaron terminados á principio del 1532, acordándose su colocación en 15 de Fe-

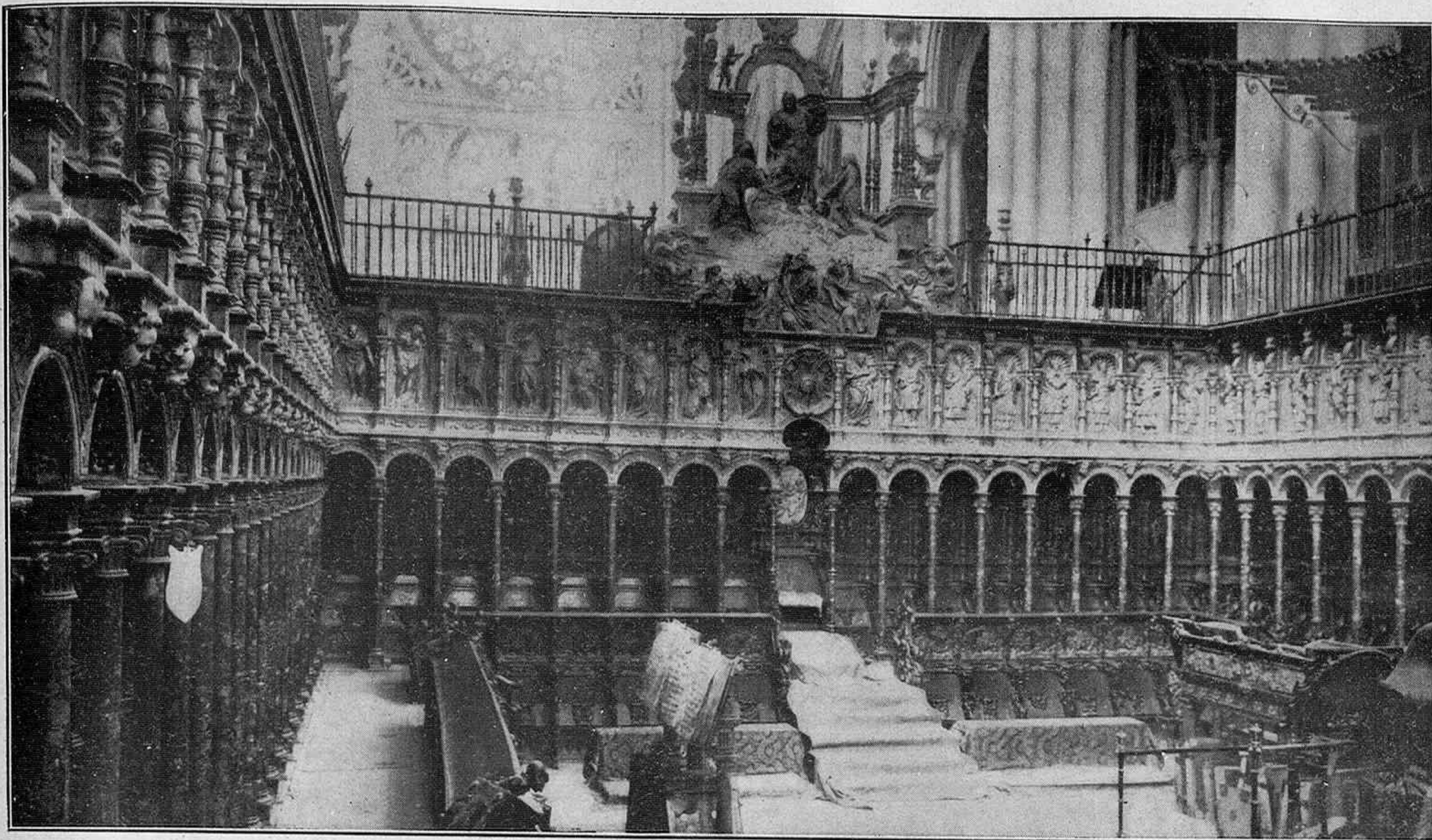
La preciosa imagen de Nuestra Señora del Pino

Púlpito del patio de los Naranjos, de la Catedral de Sevilla





«La fiesta», cuadro original de Francisco Domingo, y propiedad de D. Manuel Vilches



Vista general de la sillería de la Catedral de Toledo

EL TESORO ARTISTICO NACIONAL

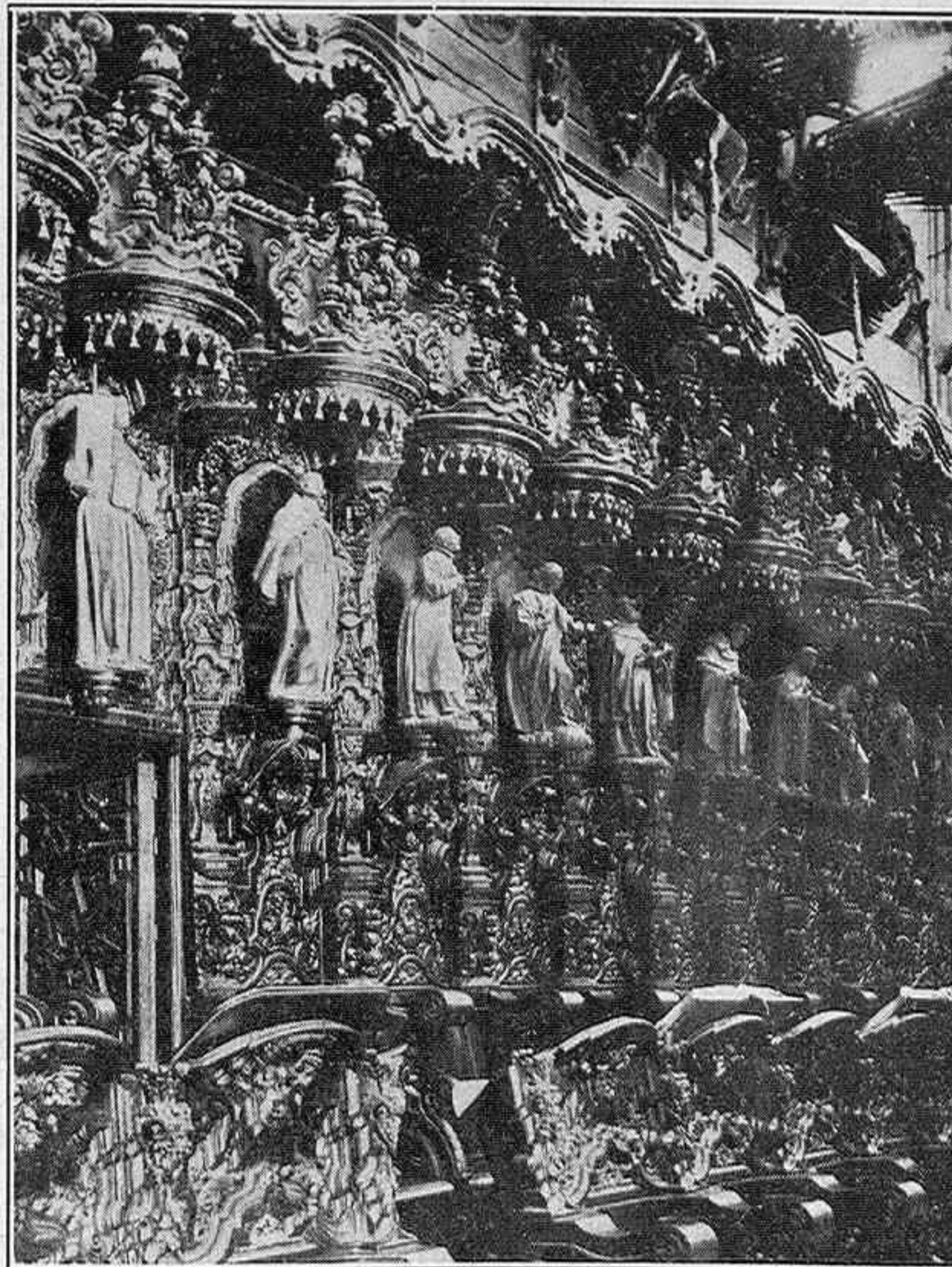
Las sillerías de coro en las iglesias españolas

SEGÚN respetables tradiciones, transmitidas de generación en generación, pocos años después de la tragedia del Gólgota, los habitantes de la legendaria Arci (hoy Arcos de la Frontera) levantaron un templo y baptisterio dedicado á Cristo; lo cual demuestra que desde los lejanos tiempos del Apostolado empezaron á construirse en España edificios sagrados.

La hermosa religión del Nazareno, con su doctrina de libertad y de emancipación, de caridad y de igualdad, y que llegaba directamente al corazón y á la conciencia, al hombre interior y moral, sin distinción de clases, consiguió, poco á poco primero, y rápidamente después, extender por el mundo las sacrosantas verdades del Evangelio purificador.

Y desde aquellos remotos tiempos en que los siete varones apostólicos, enviados por San Pedro y San Pablo para evangelizar España, hasta nuestros días, los templos cristianos—catedrales, iglesias, monasterios, conventos, ermitas—se han multiplicado prodigiosamente en nuestra Península, y hasta á las Américas hemos llevado nuestro arte ornamental, que aún perdura en suntuosas basílicas, y que constituyen un cántico sublime y perenne á los esplendores y á la firmeza de nuestra fe católica.

Según las Constituciones Apostólicas, los primeros edificios religiosos presentaban en su interior una disposición muy análoga á la del templo de Salomón; forma que poco á poco fué relegándose al olvido, para construirlos de diferentes estructuras y estilos; pero siempre predomi-



Sillería del coro de la Catedral de Guadix (Granada)

minando en todos ellos la fastuosidad en su construcción y en su ornamentación.

En España, la suntuosidad y el esplendor de nuestros templos cristianos es verdaderamente admirable, pudiendo asegurarse que son Museos de Arte, donde los pintores, los escultores, los vidrieros y los tallistas fueron dejando los prodigios de su inspiración.

Y así vemos, absortos y extáticos, cuadros maravillosos, soberbias esculturas, magníficas vidrieras y prodigiosas tallas, que causan el asombro de los profanos y despiertan la admiración de los técnicos y de los inteligentes.

Dejando para otra ocasión el ocuparnos del arte que se relaciona con las pinturas y con las esculturas, la actualidad nos exige que tratemos hoy de las sillerías de coro, sirviéndonos de guía para ello un libro así titulado, escrito por el erudito arqueólogo D. Pelayo Quintero y Atauri, presidente de la Real Academia Hispanoamericana de Ciencias y Artes, de Cádiz.

Es indiscutible que las sillerías de coro constituyen monumentos de gran interés para el estudio de las artes en general, y son en España tan numerosas y algunas de tal riqueza, que superan en mucho á las existentes en otros países.

Ultimamente hemos visitado, en una peregrinación artística y sentimental, Toledo, Segovia, Burgos, Zamora, León, Salamanca, y en todas estas ciudades, consideradas como relicarios venerados de nuestras ancestrales tradiciones, hemos recreado nuestro espíritu, ansioso de cosas sublimes y bellas, en sus maravillosas

catedrales, que encierran obras de arte de un valor incalculable.

Pasan de doscientas las sillerías de más ó menos valor artístico que aún quedan en catedrales, parroquias y monasterios, en las cuales, maestros notables nos dejaron no solamente pruebas de su talento en el arte de la talla, sino que, á la par, y con gran ingenio, por medio del relieve, nos dieron á conocer costumbres, batallas, animales fantásticos, figuras grotescas, etc., con que se decoran los respaldos y brazales, relieves que suelen ser retrato exacto de la vida social y del espíritu de la época.

En cuatro grupos divide el Sr. Quintero el estilo de las sillerías de nuestros templos: primero, ojival; segundo, renacimiento; tercero, decadente; cuarto, arte virreinal.

En el primer grupo (mudéjar, ojival y de transición) admiramos las sillerías primitivas, que se construían sin figuras humanas, como elemento decorativo, y las que se labraban con imaginería.

En el segundo grupo, perteneciente á la época del Renacimiento (plateresco y neoclásico), se estudian las sillerías platerescas, con estatuas en los respaldos, con asuntos bíblicos ó con tablas de motivos vegetales preferentemente á las figuras. Además se incluyen en este grupo las sillerías neoclásicas con esculturas y neoclásicas lisas.

El tercer grupo está dedicado á la época decadentista, en la que sólo se tallaron sillerías de estilo barroco y churrigueresco.

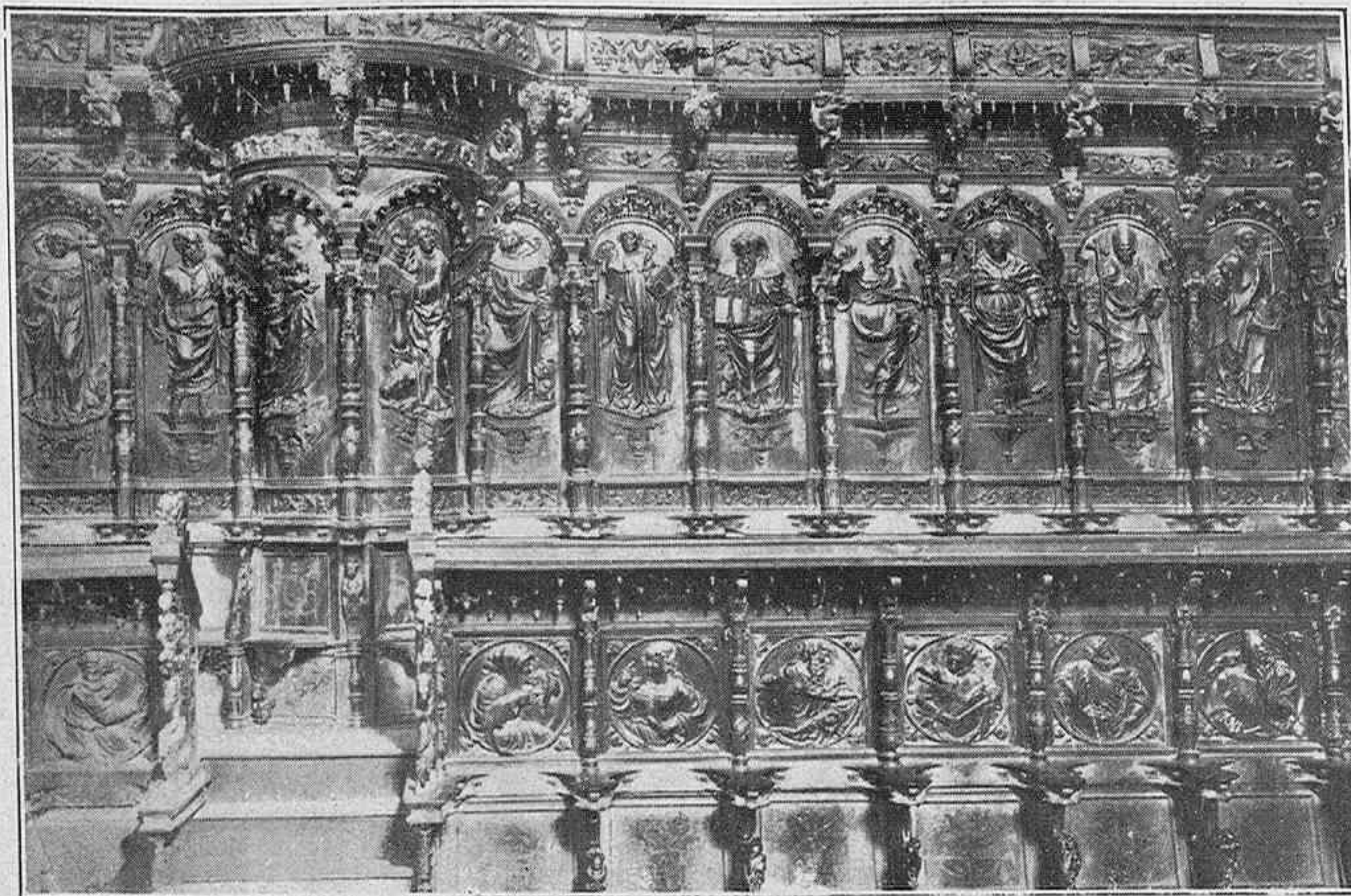
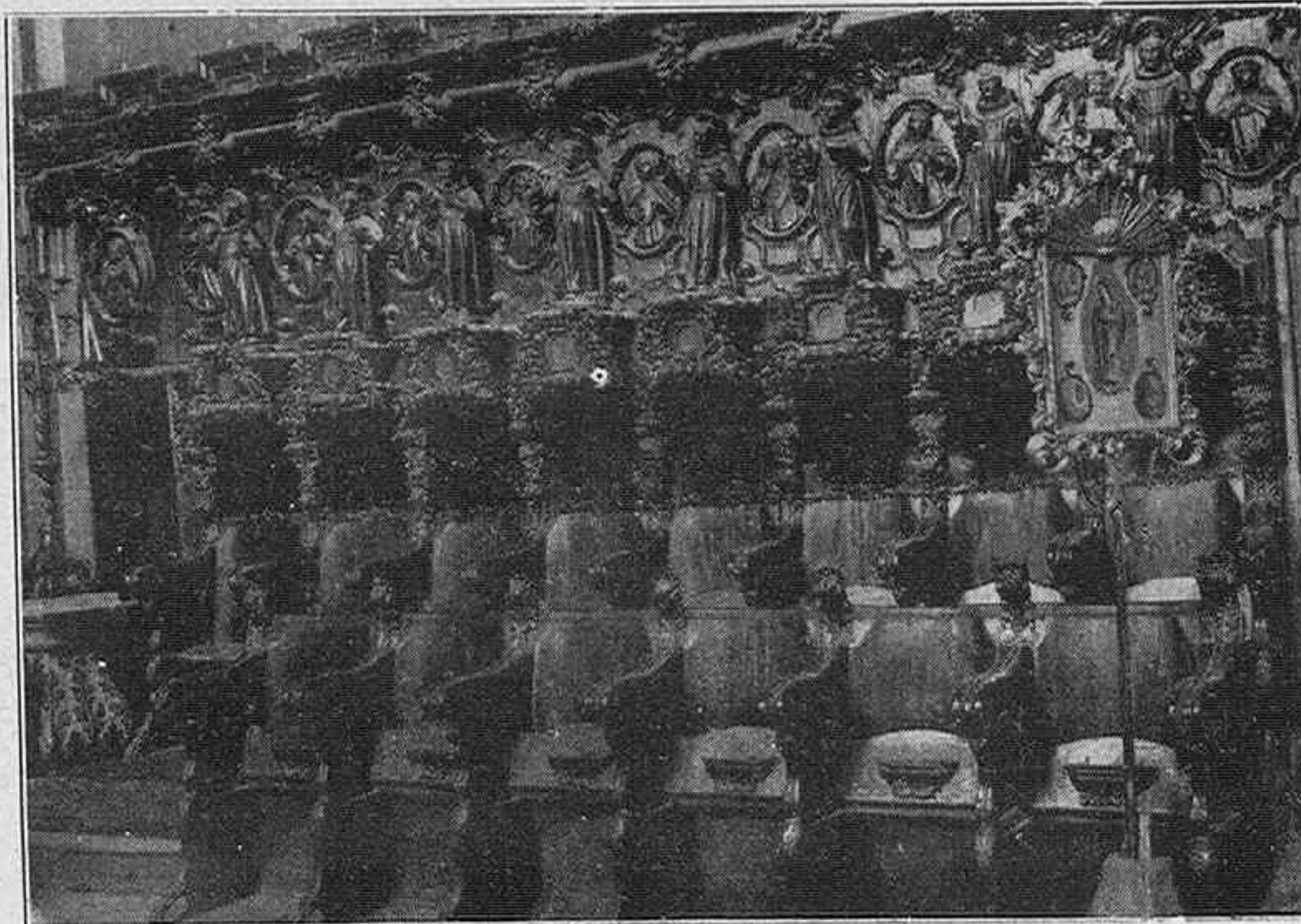
Y, por último, en el cuarto grupo encontramos una relación de las sillerías que el arte religioso español dejó en Nueva España y en el Perú.

Por este somero índice se puede apreciar fácilmente la enorme importancia que para la historia de las artes monumentales tienen las sillerías de coro de España y las que dejamos en América.

Y como digno colofón de estos apuntes, transcribiremos lo que dice el académico D. José María Pemán de las sillerías de coro:

«Son como maravillosas viñetas

Trozo de la sillería en el Sagrario de la Colegiata de Guadalupe, en Méjico
(Fot. Repeto)



Vista de un costado de la sillería de San Marcos, de León
(Fot. Repeto)

que ilustran todo el libro de nuestra historia y de nuestra alma.

«Devoción, sentimiento, duda, ironía, burla, todo esto y mucho más está expresado, á trozos, en esas riquísimas tallas, con toda la variedad y todo el vaivén del espíritu humano.

«Tienen estas sillerías algo de libro de horas y algo de álbum de caricaturas.

«Nuestro misticismo y nuestra socarronería están en ellas en amigable maridaje, como están en nuestro espíritu.

«Al lado de una escena idílica de la vida de Jesús, en la que el cincel del tallista ha trabajado con temblores de respeto, nos encontramos con un trozo jovial, ó un murciélago cantando maitines ante un facistol.

«Todo es sinceridad en esas tallas, que ríen y que lloran, que rezan y que pecan, como peca y reza, y ríe y llora toda esta España de las Santas Teresas y los lazarillos de Tormes.

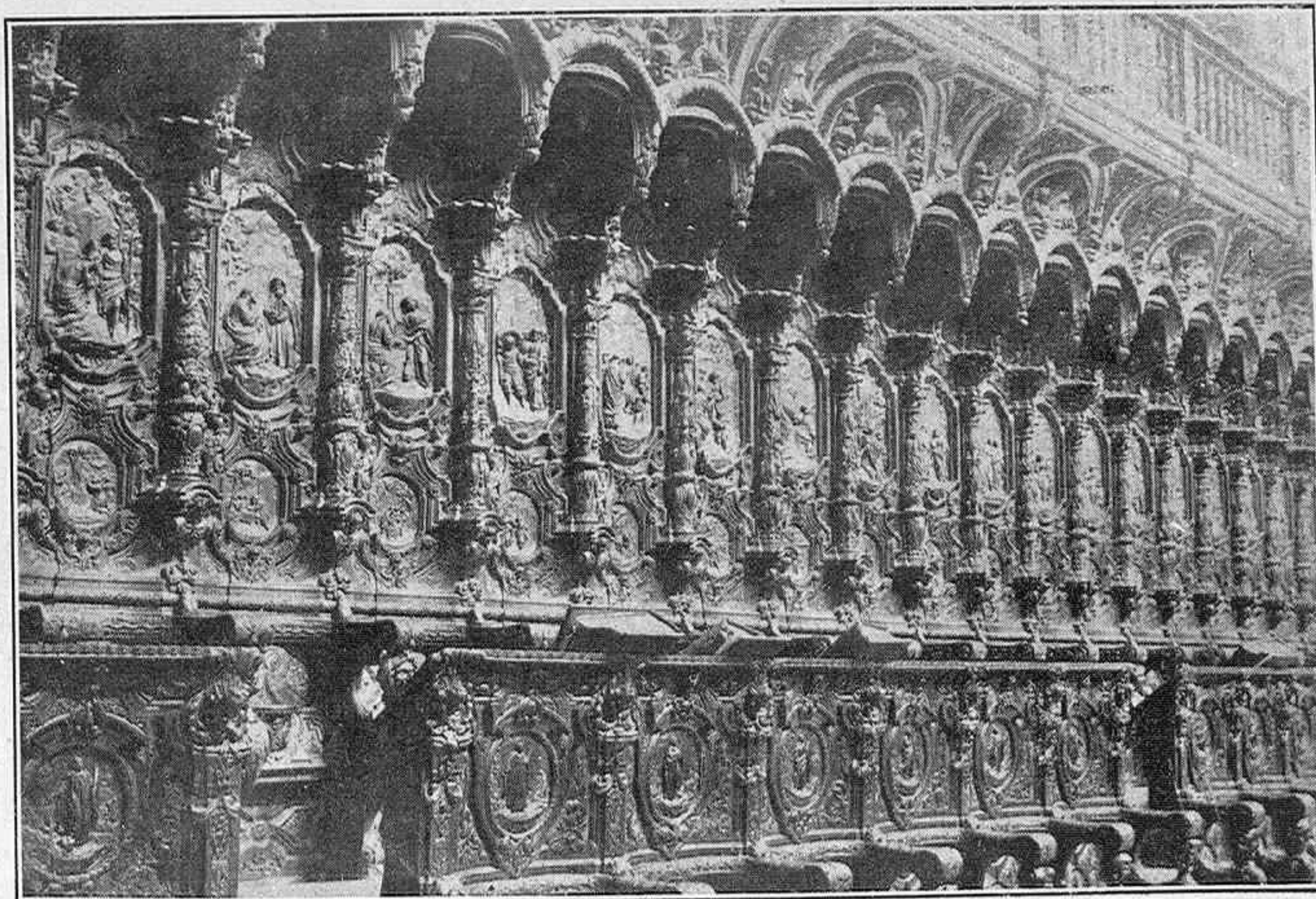
«Y esta sinceridad, esta especie de expansión íntima del sentir popular que se desborda en las tallas de las sillerías, tiene su explicación en el mismo especial concepto del Arte que ellas revelan y del que ellas nacieron.

«Y en sus múltiples escondites y recovecos se ven mil figuras extrañas y mil escenas sorprendentes: toda la rica vegetación espontánea de nuestra alma española, pródiga, varia y exuberante.

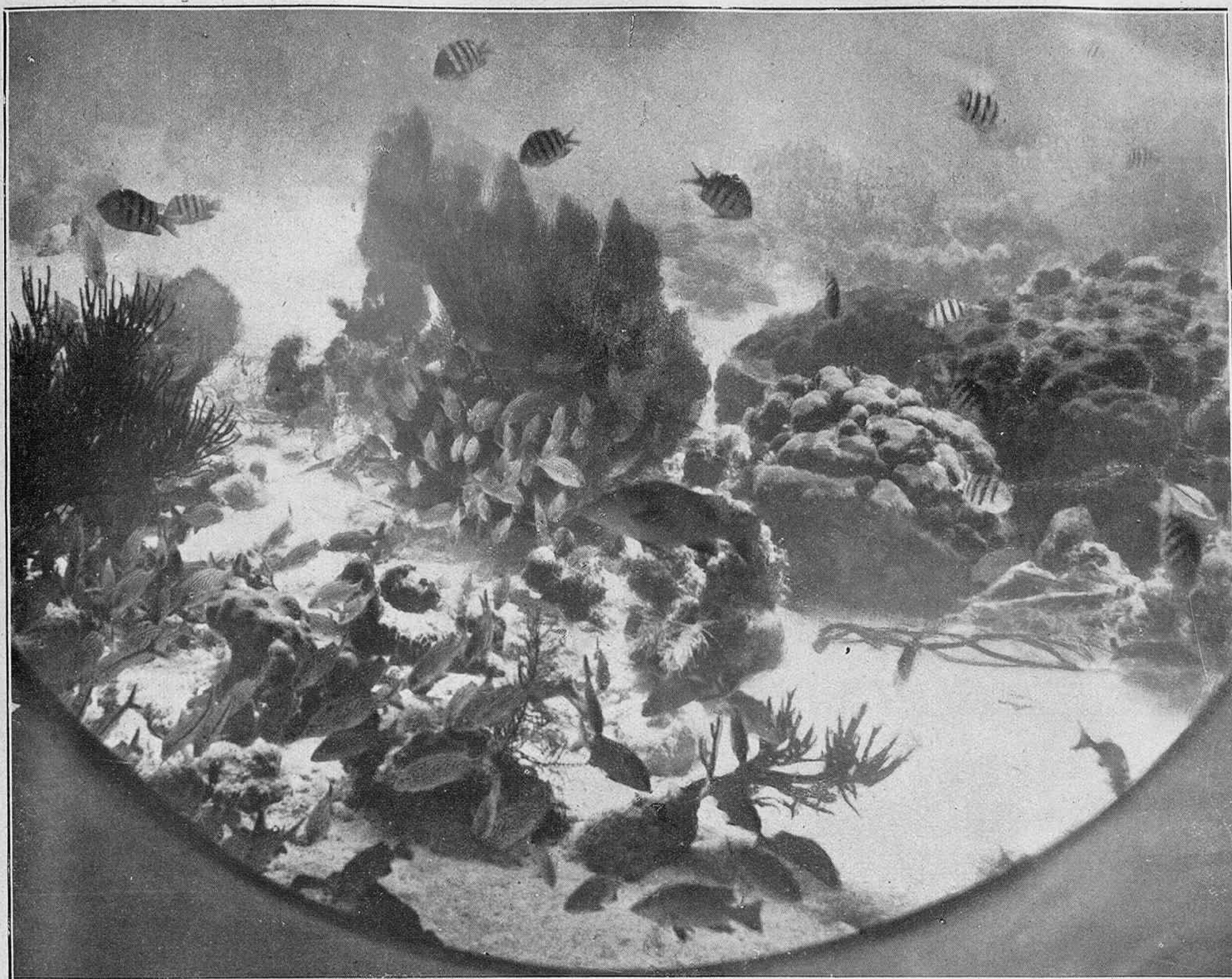
«Milagrosos archivos de nuestro espíritu, orlas de nuestra vida, romances de nuestros hechos, ahí llevan nuestras sillerías siglos y siglos en la quietud de las iglesias, esperando al curioso que se acerque á ellas, para preguntarles los más íntimos secretos de nuestro viejo sentir: amores, devociones, dudas, burlas y comentarios.»

Y si todo esto representan y simbolizan nuestras admirables sillerías de coro, necesario es conservarlas como curiosos pergaminos de toda nuestra historia de Arte, porque todo ese mundo nuevo para el profano, de santos, vestiglos, dragones, faunos, demonios y dioses que anidan en las tallas de nuestras prodigiosas sillerías, es un reflejo exacto y fidelísimo de nuestro inextinguible carácter errabundo y soñador, aventurero y poético, indomable y romántico...

JOSÉ RECIO DIAZ



Un lado de la sillería del coro de la catedral de Córdoba



El pez cabra y otras especies submarinas, fotografiadas por Williamson á la sombra de las formaciones de coral

Los misterios de la vida submarina

Seis meses en el fondo del mar

Los misterios del fondo del mar! Si todo misterio excita vivamente la curiosidad y hace más viva la imaginación, el del fondo del mar es tal vez uno de los que más veces y más insistentemente nos ha inquietado á todos.

Lo poco que del fondo del mar se sabía hacía suponer ya como enormemente interesante y rica la vida bajo las aguas marinas; y cuando los oceanógrafos y los especialistas en biología marina comenzaron á recoger en sus dragados á diversas profundidades y mediante aparatos especiales de caza los seres que pululan en el agua del mar, la curiosidad se avivó aún porque fueron apareciendo formas extrañas, inopinadas, que la imaginación más fecunda no había im-

puesto y que abrían campo á las más atrevidas y fantásticas conjeturas.

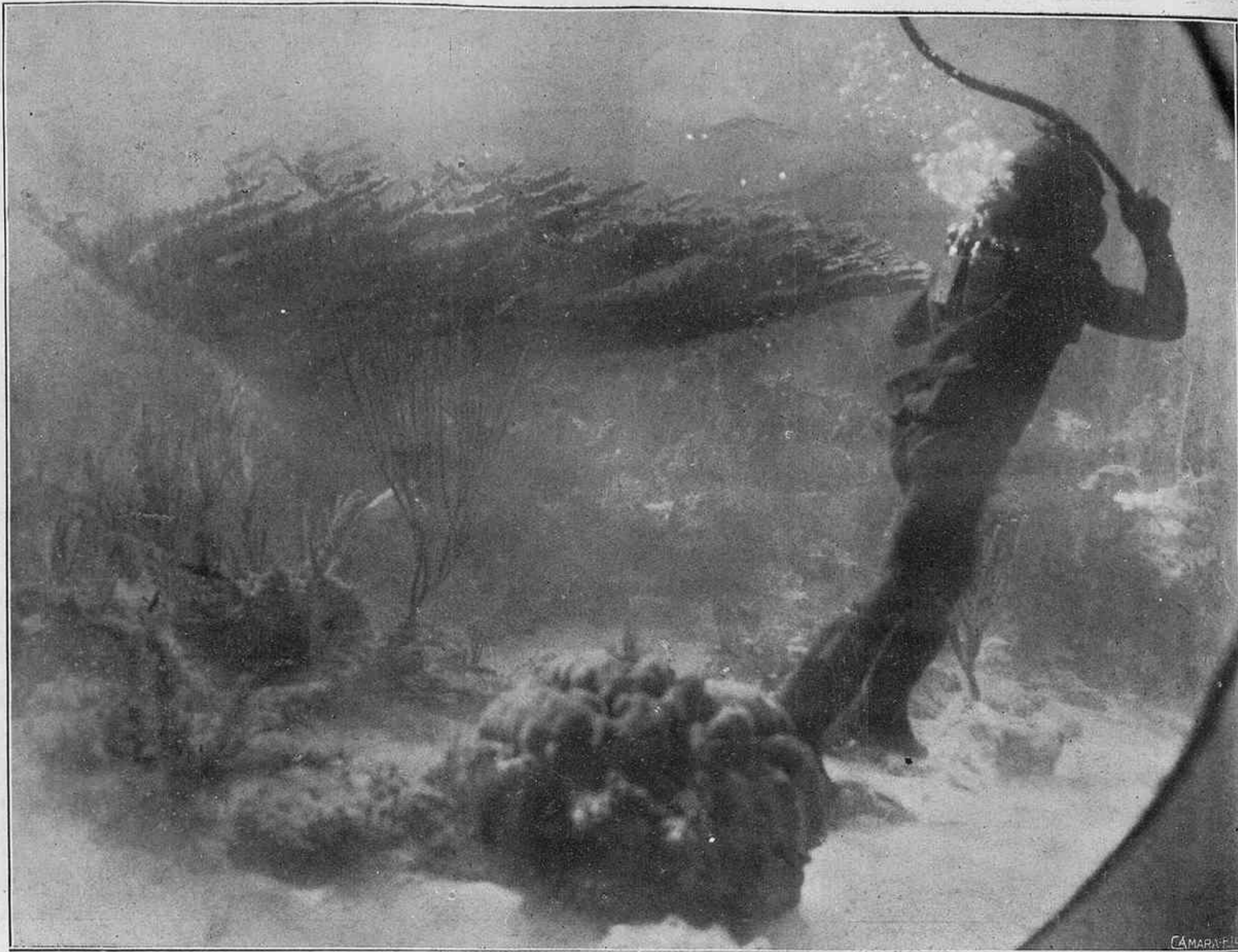
Los acuarios de los grandes parques zoológicos avivaron también la curiosidad y la fantasía, y pudieron ser ya para todos motivo de observaciones minuciosas é interesantes. En Barcelona mismo no es raro ver gentes que permanecen inmóviles ante los cristales de las cajas en que los peces viven, avizorando los movimientos de los ejemplares acuáticos para seguirlos y descubrir los secretos de su vida.

En otros acuarios en que la abundancia y la variedad de especies es aún mayor, en el de Amberes, por ejemplo, la curiosidad, más avivada aún, hace que sean más los inmóviles contem-

pladores. Aquellas "habitats" minúsculas hacen suponer, naturalmente, cuál deberá ser la enorme complicación y variedad de la vida en las zonas abisales de los océanos; y la imaginación, cuando se lanza á idear esos mundos submarinos, se pierde y no acierta, sin embargo, á dar una idea aproximada siquiera de la verdad.

No sólo los libros científicos, reconstruyendo, mediante los datos ya conocidos y estudiados, los diferentes «estratos»—valga la palabra, impropia en rigor; pero con suficiente grafismo—de las aguas marinas, han pretendido darnos idea de lo que existe y de cómo existe bajo la superficie de las aguas; los novelistas, los dramaturgos y los autores de películas han intentado, con





Un buzo que trabajaba en el fondo del mar cerca de la cámara de los Williamson, fué retratado por ellos

menos documentación y más fantasía, la misma empresa, y cabe decir con verdad que han sido los autores de *films* los que han logrado dar á las gentes una sensación más adecuada de esos paisajes tan difíciles de visitar.

Hace algunos años, algunos lustros, mejor dicho, los muchachos españoles tenían del fondo del mar las imágenes que habían podido adquirir mediante la lectura ó la contemplación de los grabados de la famosa y profética novela de Julio Verne *Veinte mil leguas de viaje submarino*, ó las más vivas que les había proporcionado un cuadro de *Los sobrinos del capitán Grant*, subrayado por unos sugestivos vales del maestro Caballero, que para muchos llegaron á ser evocadores de lo que bajo la superficie líquida podía ocurrir.

Aquella dramática escena en que los dos hombres, cubiertos por sus escafandras, bajan al fondo del mar en busca del tesoro que el cadáver del capitán naufrago oprime entre sus brazos, es de un dramatismo fuertemente impresionante, al que pone un comentario filosófico, muy semejante en esencia al que en el último acto de *Realidad*, de Galdós, hace Orozco al asomarse á la ventana.

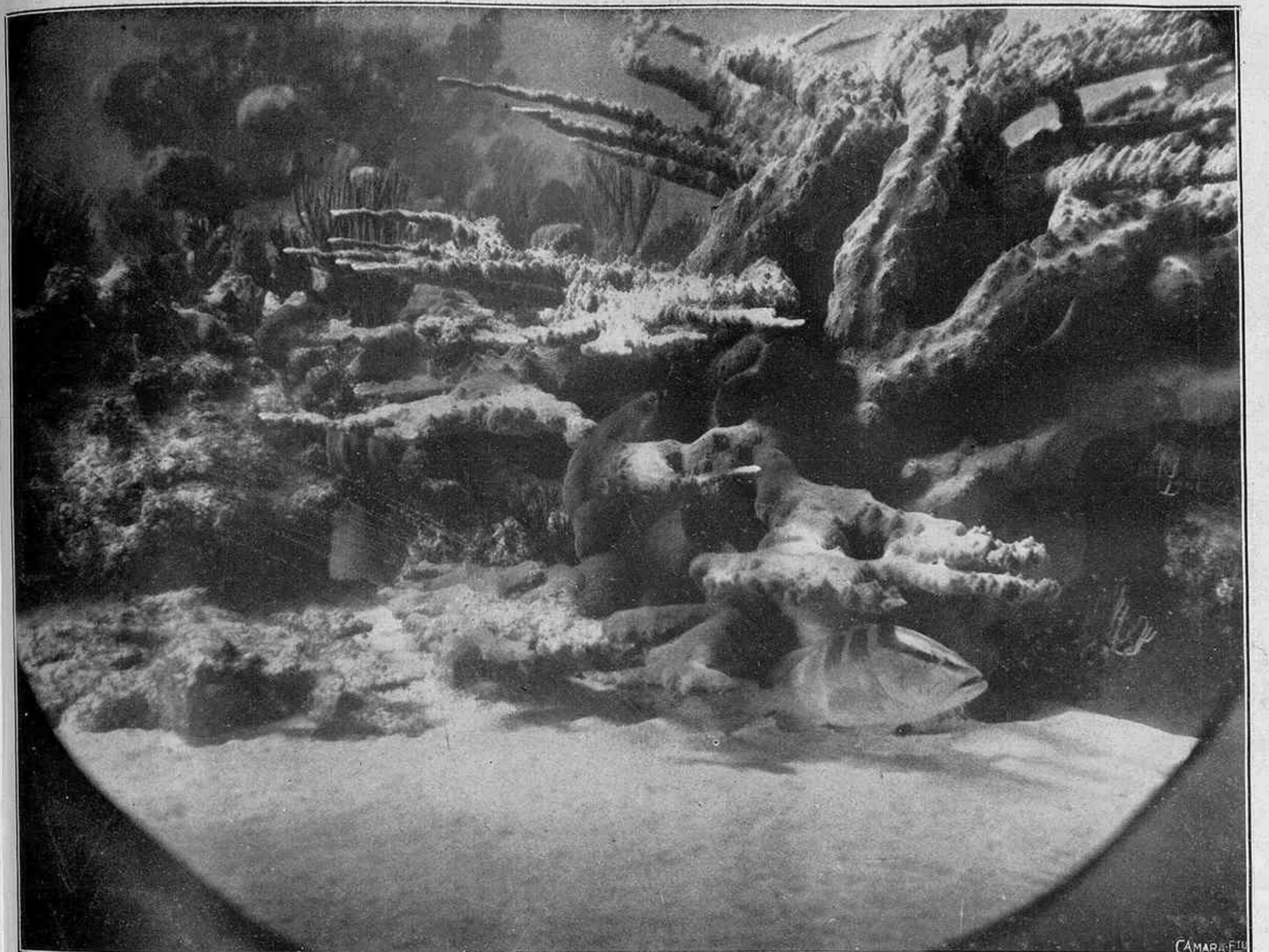
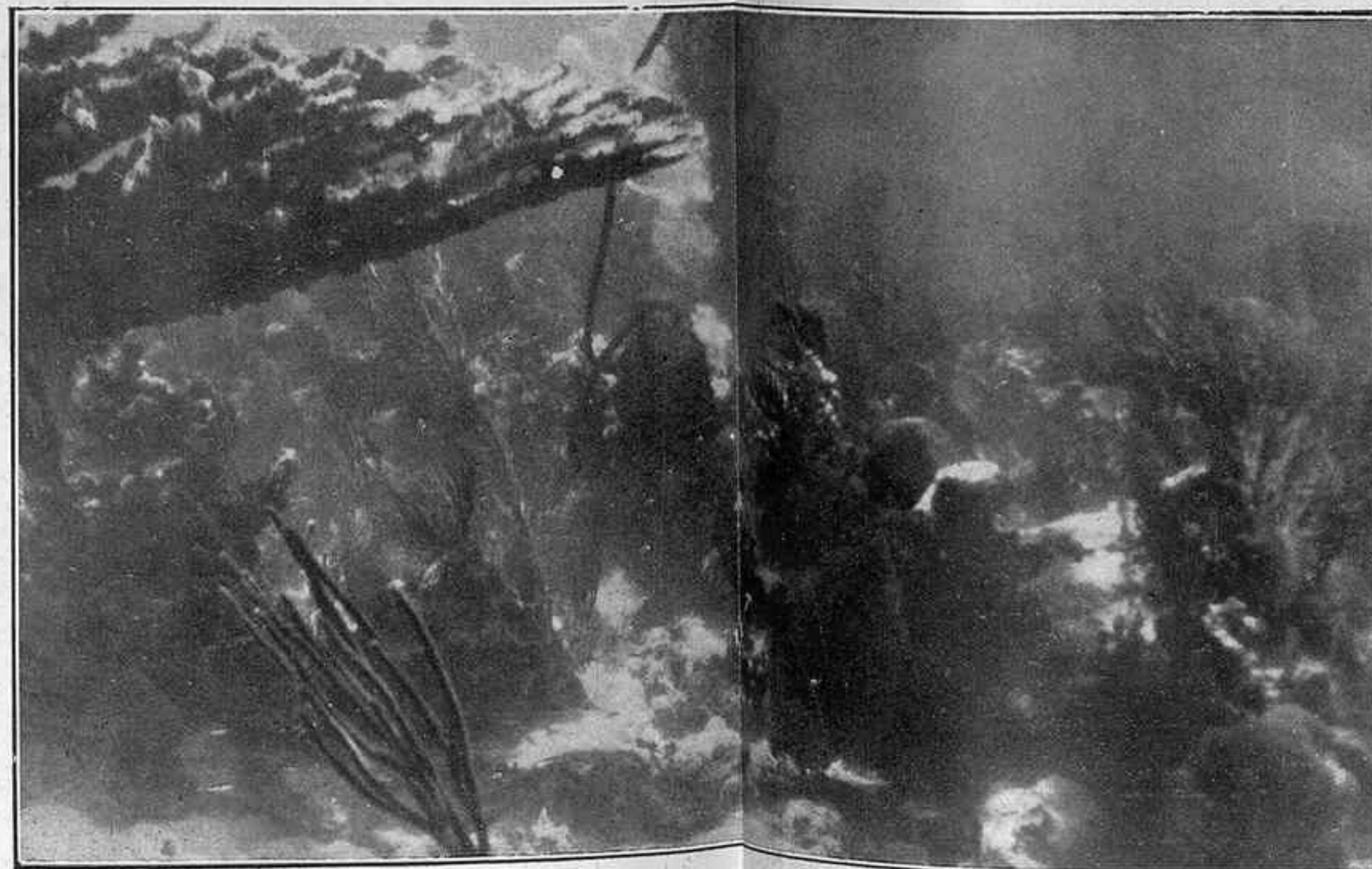
Pero era perfectamente lógico que los hombres de ciencia no se conformaran con tan poco, y consecuencia de su inagotable anhelo de descu-

brir la verdad, han sido las diversas expediciones, que sería prolijo enumerar, en busca de datos auténticos y, si posible fuera, tangibles, para ir construyendo poco á poco la geología, más adelantada desde el principio, y por razones fáciles de comprender, la fauna y la flora abisales marinas de que primitivamente sólo se tenían datos desperdigados y poco numerosos.

Una de esas expediciones, formada por el fotógrafo y naturalista J. E. Williamson, su esposa y un hijito que sólo contaba al partir siete meses de edad, ha regresado recientemente á Nueva York, después de vivir seis meses casi constantemente en el fondo del mar y obtener en él multitud de fotografías, algunas de las cuales reproducimos con estas líneas, y muchos ejemplares interesantes.

La expedición había sido costeadada por el *Field Museum*, cuyas colecciones se han enriquecido así enormemente con lo recolectado por Williamson, que ha sabido elegir sus «sujetos» no sólo para tomarlos como motivos fotográficos de tanta belleza artística como interés científico,

Aspectos caprichosos de un arrecife de coral fotografiados por Williamson



La fotografía muestra las formaciones de coral en el fondo del mar y es muy instructiva

sino para aumentar las colecciones de ejemplares raros con procedencia conocida y bien determinada.

Las investigaciones de J. E. Williamson han sido posibles, en primer lugar, gracias al invento, con fines humanitarios, de salvamento por el capitán Carlos Williamson, padre, del fotógrafo mismo, de un tubo flexible que permite llegar y permanecer sin riesgo al fondo del mar.

Un tubo de ese género ponía en comunicación un barco, fletado para el caso, con un compartimiento, perfectamente impenetrable y con paredes transparentes, en que bajaban al fondo del mar, para permanecer en él horas y horas, Williamson, su esposa y su hijita, Silvia, que será el primer niño que haya visto el fondo del mar y, desde luego, el *recordmann* ó, más exactamente dicho, el *recordwoman* de los exploradores del fondo del mar. Nadie bajó más joven á tan grandes profundidades.

La habitación, constituida por el compartimiento, era un cubo de dos metros de arista, lo que daba una superficie útil de cuatro metros cuadrados y una capacidad de ocho metros cúbicos.

El lugar elegido para explorarle fué en la proximidad de las islas de Bahama, y al fondo de aquellos mares costeros se refiere, pues, toda la información gráfica recogida, y de la que publi-

camos una gran parte y todos los ejemplares que han enriquecido el *Field Museum*.

El compartimiento reposaba sobre el fondo, en medio de los árboles pétreos y de los grandes corales que traían á la memoria el mito que suponía al coral, planta submarina nacida de la cabellera de Medusa. Era la época en que al coral rojo, que tuvo momentos de gran boga, y en España al menos, pasó en adorno predilecto y característico de las nodrizas, se le atribuían multitud de virtudes maravillosas. Los antiguos, en efecto, tenían en sus hogares y llevaban sobre sus personas ramitos de coral para ahuyentar el rayo y, aunque menos fatalmente, toda suerte de desgracias. Los empleaban también para restañar la sangre de las heridas y como hemostático, y, en suma, la atribuían, como á todo lo que no les era completamente conocido, poder sobrenatural.

Ahora, sin suponer que el coral logre ninguno de esos efectos de maravilla, hay que reconocer, una vez más, que produce en el fondo del mar paisajes de singular belleza que son precisamente del tipo de los que reproducen las fotografías que publicamos.

Lo que nadie puede pensar ya, á pesar del aspecto arborescente de los corales que engañó á los primitivos, es que se trate de verdaderas plantas. Es ya de conocimiento vulgar que el

LIBRARY
FIELD MUSEUM
CHICAGO, ILL.

coral es una secreción producida dentro del mar por zoofitos de distintos órdenes, que adopta formas ramosas y sirve de esqueleto común á los mismos seres que le produjeron.

El que se emplea en joyería, menos hoy, aunque no hace mucho la moda le acogió de nuevo, es el fino, que puede ser blanco, negro ó rojo. El rojo es el más corriente y vulgar, y de él se dijo también, en lo antiguo, que tenía tan perfecta sensibilidad para distinguir las diferencias sexuales, que su color cambiaba de matiz haciéndose más intensamente rojo cuando le llevaba un hombre, y empalideciendo rápidamente cuando le llevaba una mujer.

¿Hay alguna leyenda que explique el uso del coral rojo como adorno de las nodrizas?

La desconocemos; pero seguramente está en ella la explicación de una moda que persistiendo ha contradicho á los que la juzgan en general tornadiza.

Los parajes explorados por los esposos Williamson son los fondos próximos á las islas Bahama, á lo largo de las costas de la Florida, en que los paisajes y su población, gracias al calor de la corriente del Gulf-Stream, se desarrolla una verdadera flora tropical en la que se mue-

ven libremente las más variadas y numerosas especies ictiológicas.

Las primeras exploraciones submarinas las hicieron los esposos Williamson durante su viaje de novios, y en ella obtuvieron ya fotografías interesantísimas. En la expedición más reciente han llevado con ellos, como ya se ha dicho, á su niña, de siete meses de edad, á la que para mayor propiedad en su papel de exploradora, solían cubrir, dentro de la cabina, con una magnífica gorra de marinero.

La presencia de la pequeña Williamson en las profundidades marinas ha constituido una verdadera fiesta para ella, no sólo por los maravillosos paisajes que sus ojos asombrados han podido observar, sino por los agasajos de que la hicieron objeto los buzos, mostrándola á través del periscopio, que les permitía ver el interior de la cámara y el regocijo de la pequeñuela, magníficos ejemplares de estrellas de mar y de otros seres submarinos que entusiasmaban á la pequeña tanto y aun más que las evoluciones de los buzos para llegar á mostrárselas.

En ambas expediciones de Williamson, le ha sido fácil, además, recoger imágenes de muchas especies gracias al desconcierto producido en los

seres del mundo submarino por la luz artificial irrumpiendo en su tranquilo ambiente, y que les produjo enorme agitación, haciendo á los más perezosos salir de sus refugios, en los cuales hubiese sido imposible fotografiarlos.

La luz empleada por Williamson era producida por vapores de mercurio, y los buzos que trabajaron en torno de la cámara de exploración dicen que esa luz hacía aún inmensamente más fantástico el efecto de los bellos paisajes de las profundidades oceánicas.

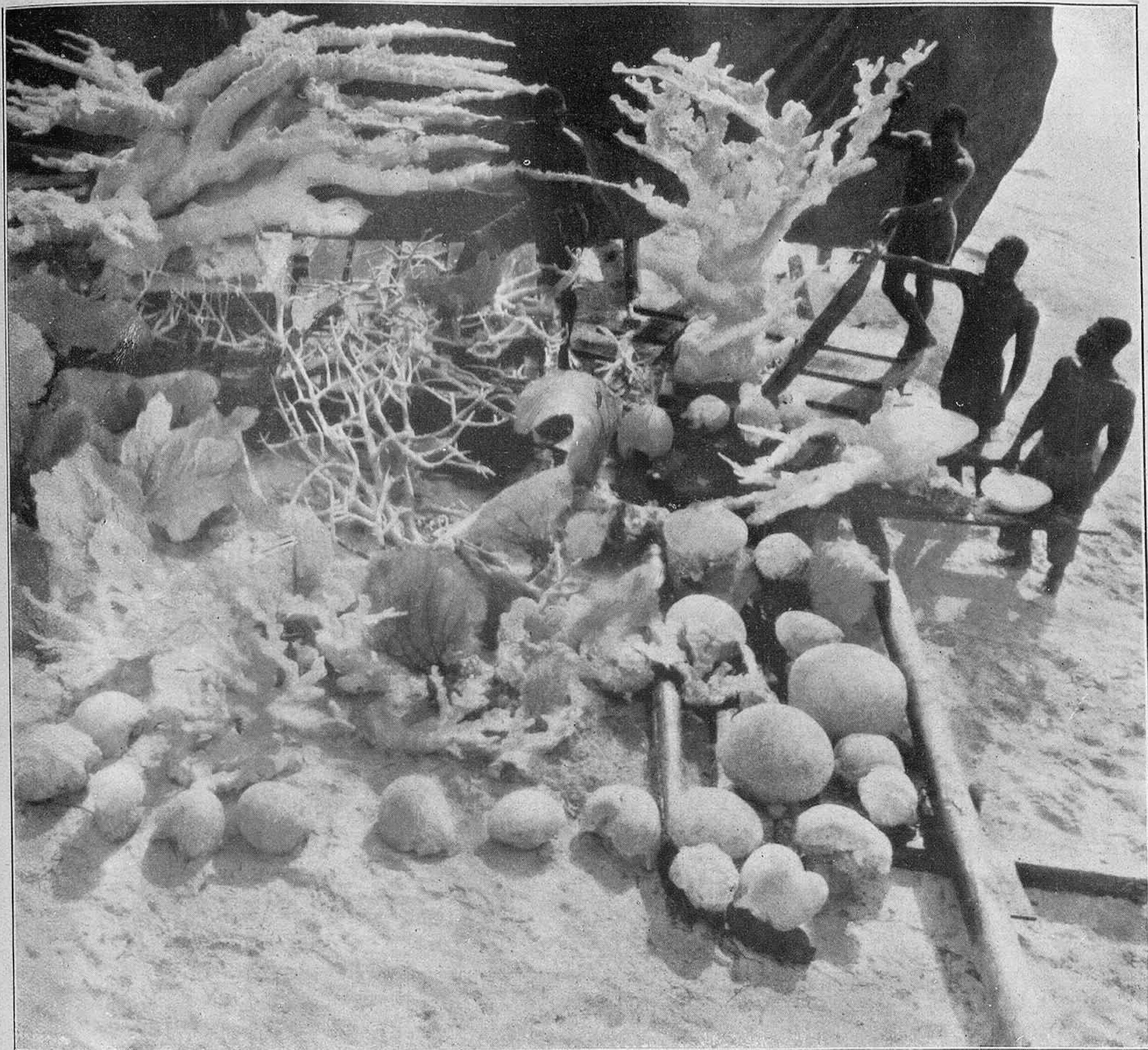
La cámara, totalmente construída de acero, ha resistido muy bien las enormes presiones de las aguas, no obstante la duración de la campaña, que, por lo prolongada y cuidadosa, ha permitido obtener datos muy nuevos, no sólo para la zoología marina, sino para la oceanografía en general.

El descubrimiento de Williamson, padre, ha de ser, pues, enormemente fecundo, no sólo desde el punto de vista humanitario para que fué concebido, sino tanto ó más aún desde el punto de vista científico.

Desde el punto de vista humanitario, la cámara de Williamson servirá para salvar muchas vidas, y también para reconquistar muchos in-



J. E. Williamson, con dos de sus servidores, contemplando algunos de los ejemplares recogidos



Corales sometidos á tratamiento químico para descubrir su formación y deducir consecuencias en orden á la genética



El profesor Williamson, con su esposa y su hija, en el momento de entrar en la cámara submarina

(Fots. Vidal)

tereses; lo que, por interesante que sea, no puede ser lo más importante.

Desde el punto de vista científico, permitirá resolver muchos problemas que los geólogos y los oceanógrafos tenían ante sí, y apenas si tenían medio de plantear rectamente, de modo que los hiciera de solución posible.

Los ejemplos recogidos por Williamson son ya objeto de estudio, que serán seguramente fecundos, hechos por los naturalistas del *Field Museum*.

Seguramente que esos naturalistas tendrán, para hacer fecunda su labor, medios de que carecen los de nuestro Museo de Ciencias, en general, y los de su sección de Ictiología, en particular.



REGIMEN PENITENCIARIO INSOLITO

EL TRABAJO DE LOS RECLUSOS



Un taller sorprendente.—Cómo trabajan los encarcelados en Kouang Tcheou Wan

Ningún sistema penitenciario admite hoy la ociosidad—en este caso, más que en ningún otro, madre de todos los vicios—de los delincuentes encarcelados, y algunos tratadistas encomian, por el contrario, el trabajo como medio único de regeneración.

No es sorprendente, pues, que los franceses, en sus colonias del Extremo Oriente, hagan trabajar á los reclusos; lo que sorprende es ver de qué modo realizan ese trabajo: sujetos por cepos y llevando en los pies pesadas cadenas, reminiscencia de aquellas épocas remotas en que se condenaba á los delincuentes á «tantos años de cadena», y en que las legislaciones previsoras y detallistas llegaban hasta fijar el peso que la cadena había de tener en cada caso particular.

Aquel sistema pasó, y, sin embargo, los franceses creen necesario hacerle perdurar en sus prisiones orientales.

El hecho se explicará, seguramente, por las diversas condiciones étnicas de los delincuentes: lo que no es admisible para

los blancos civilizados, puede ser necesario, indispensable, para tratar á los malayos, que están aún muy cerca de los albores de la civilización.

Basta ver los tipos que aparecen en la fotografía que reproducimos para comprender (por poca que sea la relación entre los signos físicos, exteriores y los niveles intelectuales) que la inteligencia de los malayos reunidos en las prisiones francesas de Oriente no es «justiciable»—como dicen los franceses mismos—, de la misma terapéutica que la de los delincuentes europeos.

Cepos y cadenas parecen, sin embargo, instrumentos de otras edades, ó, por lo menos, de otras civilizaciones, y no puede negarse que hace un efecto extraño verlos empleados actualmente, aunque sea en lugares tan remotos á los que fueron cuna de los modernos sistemas penitenciarios.

«A otros tiempos otras costumbres», dice un refrán, y si medimos por etapas de la evolución, igualmente podrá decirse á otras regiones, otros sistemas.—D. T.



Puerta de entrada á la carcel de Kouang Tcheou Wan

(Fots. Orrios)



«Veneciana», cuadro original de Andrés Cuervo

MONEDAS SIN VALOR...

Llamó esta noche á mi torre
un alma pordiosera.

Yo no tenía nada que darle,
pero alcé las manos al cielo,
le arranqué una estrella
y se la di, diciéndole:
Es mi mejor moneda.

Entonces ella,
el alma pordiosera,
me respondió doliente:

¡Tu moneda, oh, poeta,
no me vale en la tierra!...

Poeta, llévame á tu jardín
y córtame un ramo de frases bellas.
Por ellas te daré
una bolsa de estrellas.

Con ellas
no podrás comprar nada en la tierra;
pero cuando vayas á la gloria,
¡ah, poeta!,
entonces podrás pagar tu entrada
con estrellas...

Goy de SILVA



Más de una vez se ha comprobado que eso de la legendaria flema inglesa es, en determinadas ocasiones, un mito como otro cualquiera. El respeto á la verdad obliganos, sin embargo, á no demorar un instante la aclaración de que, para que los ingleses se salgan de sus casillas, fuerza es que se sientan heridos en las fibras de mayor sensibilidad. Ahora bien: ¿qué fibra es más sensible, para todo buen hijo de Albión, que la shakespeariana?

Es, en efecto, á propósito del «coloso», que en las esferas literarias de Inglaterra hay mar de fondo. Y como de los cenáculos y arcópagos de las letras pase la agitación á la opinión pública, va á ser cosa de temer seriamente por la concordia francoinglesa. Un par de golpes como el presente, y lo que resta de la Entente va á desaparecer sin remedio: aun cuando no se diga, en Britania, por lo menos, se piensa así, mirando torivamente hacia el otro lado de la Mancha... Porque es de Francia, de París, de donde proceden los dardos que tan dolorida tienen hoy el alma inglesa.

Y como es un hombre, al parecer, de raro mérito quien los ha lanzado, peor que peor. Un tal Abel Lefranc, catedrático de Historia en el *Collège de France* y miembro del Instituto, hasé atrevido á negar, á negar, tal como suena, al inmortal Shakespeare...

Cuando la estupenda é inesperada noticia llegó á Londres, Londres creyó haber comprendido mal. Y á ello se debió que una docena de correspondientes londinenses asaltasen á preguntas, en la capital francesa, á *monsieur* Lefranc. La respuesta, que fué una para todos, causó estragos en la imperturbabilidad albiónica; la barbita en punta del historiador francés no había temblado en lo más mínimo al reafirmar que Shakespeare no sólo no fué un genio, sino que fué un pobre diablo, sin pizca de talento creador, que vendía su firma de histrión hambriento á los caballeros de noble cuna que, escribiendo para su solaz poemas y obras teatrales, no osaban estampar sus nombres al pie de sus producciones... Sin asegurarlo, es más que probable que el día en que la Prensa londinense publicó en detalle lo que acabamos de decir sucintamente, los *chemist* ó farmacéuticos de Londres debieron vender una cantidad enorme de específicos reguladores del sistema nervioso.

Expliquemos ya la tesis que del otro lado del Canal pretende pulverizar el pedestal glorioso sobre el que se yergue el poeta más grande de Inglaterra y «el dios de la dramaturgia moderna». En realidad, el historiógrafo francés no quita un átomo de gloria á las letras británicas, ya que se limita á colocar sobre el pedestal shakespeariano á lord William Stanley, sexto conde de Derby y contemporáneo del «genio de Stratford». Según Lefranc, todas, absolutamente todas, las obras que hoy se atribuyen á Shakespeare, fueron escritas por el lord Derby que vivió á fines del siglo xvi, reduciéndose el papel de William Shakespeare á cobrar para representarlas en público como cosa propia. Y el erudito francés apoya su argumentación en los textos del libro *The Art of english poetry*, editado precisamente en la décimoséptima centuria, textos que dicen así: «Los poetas son tan despreciados como la misma poesía, y de honorable hasé convertido la denominación en infamante, pesando sobre ella el vilipendio y la ignominia...»

Nada tiene, pues, de extraño, siempre según la teoría gala, que Su Gracia lord William Stanley, que á la sazón incluso intrigaba para ceñir la corona real, alquilase la firma de un cómico ambulante—que esto es lo que era Shakespeare entre 1582 y 1597—para substituir la suya debajo de unos escritos que tan severamente juzgaba la sociedad inglesa de entonces. Y aun háy más, puesto que, estudiando en viejos documentos la lucha políticoreligiosa que desgarraba la Inglaterra de aquella época, el historiador francés ha dado con una nota confidencial de un agente secreto del partido papista, escrita en el año de 1599 y redactada así: «Desde hace al-

gún tiempo y á escondidas, lord Derby ocúpase en escribir comedias, dramas y tragedias para los comediantes públicos; es imposible caer en mayor bajeza.» ¡Comedias, dramas y tragedias! ¡Todo el repertorio de Shakespeare, sin discusión posible!

Ya está, pues, el lector al corriente de lo que solivianta en estos momentos á todo buen inglés. Consignemos que no es ésta la primera vez que el «coloso» se ve atacado en estos últimos tiempos, y decimos en estos últimos tiempos, porque durante su vida, y hasta ciento cincuenta años después de muerto, no se le reconoció el menor talento. Hace unos cinco años, en efecto, hubo en la misma Inglaterra quien sostuvo obstinadamente que *Hamlet* y *Sueño de una noche de verano* eran no de Shakespeare, sino de Bacon y de Rutland, respectivamente. Y por coincidencia particularmente rara, los defensores de tal opinión decían de Bacon lo que el catedrático de París dice de lord Derby, ó sea que el autor de los *Ensayos sobre la moral* recurrió á Shakespeare para obtener una firma que le permitiese



WILLIAM SHAKESPEARE

á él, moralista reputado y, por añadidura, miembro de la nobleza por su título de conde de Verulam, negar la paternidad de una obra destinada al teatro... Sin embargo, el alfilerazo á la gloria shakespeariana no trascendió al gran público, y los ingleses pudieron, sin dudas en la conciencia, seguir con sus peregrinaciones á Stratford on Avon, el pueblo en que nació, vivió—salvo por espacio de quince años—y murió el «coloso».

Y nadie crea impropio lo de peregrinaciones. El inglés va á Stratford como el católico va al Pilar, á Limpas, á Santiago de Compostela ó á Lourdes; piadoso, religioso hasta lo inconcebible, satisface así por lo laico el ansia de devoción que la ausencia de imágenes en sus templos anglicanos mantiene sin desahogar...

Y cuando uno deambula sin rumbo fijo por las calles de Londres, acá y acullá, al azar de las esquinas, tal ó cual lápida discreta, pero visible, recuérdale con harta frecuencia el fervor latente aquí por lo shakespeariano. «Aquí Shakespeare representó por vez primera, en 1601, su comedia *Twelfth Night*, nos dice un mármol adosado á los muros del Middle Temple; en los jardines de la misma iglesia es una pétrea lápida la que nos habla: «Aquí concibió Shakespeare la escena de la Guerra de las Rosas del segundo acto de su drama *Enrique IV*»; en Grayes Inn, en el Holborn, otra inscripción: «En 1594, Shakespeare dió aquí la primera representación pública de

su *Comedy of Errors*»; cuando pasamos por la calle Bucklersbury, es imposible no recordar lo que dice Falstaff en *Las alegres comadres de Windsor*; y en toda visita á la cripta del Guildhall, la vetusta insignia de la taberna famosa del *Boar's Head* nos habla asimismo del «coloso». Shakespeare está, pues, en todas partes. Y, sobre todo, en el corazón de los ingleses.

Dígase ahora si no es lógica la emoción inglesa ante la seria tentativa extranjera contra la gloria de Shakespeare. La indignación, en cambio, tiene tan sólo cierto fundamento desde el punto de vista del amor propio nacional; pero sirve admirablemente para disimular la inquietud que roe á los hijos de Albión desde que los diarios londinenses se hicieron eco de la tesis del historiador Lefranc...

Ahora es muy otra cosa. Y cada shakespeariano, es decir, cada inglés, dícese con cierta angustia:

—Sí, sí; es cosa sabida que su padre fué guantero y huésped más tarde de la cárcel de Stratford. Es cosa probada que William Shakespeare á los quince años era palafrenero, y que á los diez y ocho abandonó las orillas del Avon para probar fortuna en otras partes; está por demostrar, pese al libro de Blades, que ampliase su cultura huroneando en los libros de cierto editor que le dió un supuesto empleo; pero es exacto, exactísimo, que por espacio de tres lustros ejerció de comediante errante y trotamundos... ¿Dónde está, pues, el fundamento de la cultura y la erudición formidables indispensables para haber podido escribir tantos y tan admirables dramas históricos? ¿Dónde se basa el conocimiento perfecto de las más altas clases de la sociedad, que se manifiesta á través de sus comedias? ¿Es posible que el solo trato de cómicos famélicos y trashumantes engendre ideas tan magníficas cual las que abundan en sus tragedias? ¿Es humanamente posible, en suma, que todo en él «proceda de dentro»?

Hace muchos años, habiéndose Irving planteado las mismas cuestiones que hoy atormentan á los ingleses, sólo halló el medio de resolverlas aceptablemente escribiendo, que no guardando proporción alguna la vida con la obra de Shakespeare, forzoso era creer que en el «coloso» todo procedía de dentro, ó sea, digámoslo como aclaración, que, desdeñando lo exterior, Shakespeare había hecho pura labor imaginativa; lo que, á fin de cuentas, afirmábale más todavía como genio inigualable.

Pero cuando sentó Irving su teoría, no existía aún la del francés Abel Lefranc. Y como el historiógrafo del otro lado del *channel* sostiene precisamente que «los datos, los personajes, las características de éstos y la descripción del ambiente social de las obras llamadas de Shakespeare fortificanle en lo referente á opinar que el autor de todo lo shakespeariano no es otro que lord William Stanley», el lector comprenderá fácilmente la turbación en que se ven sumidos los ingleses y lo estéril que resulta derrochar la iracundia para atajar los progresos de una duda cruelísima...

Hay un solo medio para cortar por lo sano lo que puede redundar en mengua del prestigio de la más pura gloria literaria de Inglaterra. Este medio consiste en lograr que el actual conde de Derby desmienta en persona al historiador francés, consintiendo en presentar á su ilustre antepasado como un auténtico zoquete, incapaz, por consiguiente, de hacerle sombra á Shakespeare.

—Si no por ser verdad, á lo menos por patriotismo debiera lord Derby hacer eso...—decíanos recientemente un buen inglés, al que le quita el sueño el ver en entredicho los prestigios del «coloso».

—¿Lo haría usted?—se nos escapó decirle. Como reflexionando, el inglés cerró un instante los ojos. El fulgor de la gloria de un Shakespeare, traspasado aun mentalmente á su propio nombre, debió cegarle... Y, naturalmente, abstúvose de toda respuesta.

J. ROSELL



LOS POEMAS DEL RETORNO

EL COLOQUIO DE LAS RANAS

En el piano de la laguna,
 ébano de la noche, teclas de blanca luna,
 ejercitaban las dos ranas
 una música de pavañas.
 Oían en silencio las mozas aldeanas.
 Sobre el mugriento libro de lecciones,
 las almas infantiles copiaban sus canciones
 cuando asomaron las estrellas
 á cantar y á danzar con ellas,
 hasta que todas llenas de luz madrugadora,
 se fueron las estrellas, corderos de la aurora.
 Y las ranas pensaron ser también caminantes.
 El alba les prestaba cayados de diamantes;
 espejos de infanticas, la claridad del río;
 las copas de los fresnos, sorpresas de rocío;
 los mirlos, trovadores de los risueños álamos,
 marchas triunfales como para enflorar los tálamos;
 las burbujas del agua reflejaban pagodas
 para sus ojos, castos como un pregón de bodas,
 y hasta aquella carreta del argomal vecino,
 dejaba alegres notas de gaita en el camino.
 Sólo un ultraje: el pavo de cola palatina:
 «¡Mendigos entre andrajos que van á Palestina!»
 Pero las pobres ranas,
 felices, en coloquio de buenas aldeanas,
 no cuentan con el sol, deportista lozano,
 con su balón de fuego sobre el tapiz del llano.

—Comadre, me fatigo. Pongamos punto y raya á la aventura.

—Espera. ¿No ves cerca la playa?
 El horizonte ardiente mentía un mar de oro.
 Dos setas, simulando esos paraguas
 de irritado color de loro,
 tejían el engaño de las aguas.
 Arriba, los milanos
 pasaban como sombras de aeroplanos,
 y la alondra, esa estrella que se enciende en el día,
 en ascensor de lumbres hacia el azul subía.
 De los alambres, bajo el sol de llama,
 la golondrina del Señor caía
 como la deserción de un telegrama.

—¡El polvo era de fuego;
 áspera la vereda como el ropón de un lego!

—¡Ay, mis juncales!—dijo la más penosa ami-
 [ga.
 En el corpiño hundióle su granate una hormiga;
 un zángano jocundo, su espolón engallado.
 Si el caracol les daba su cinturón plateado,
 el señor alacrán, que se acerca ceñudo,
 la salamandra fosca y el escorpión felpudo;
 el lagarto, arzobispo que en su tiara flamea.
 ¡Sólo el topo, sencillo como un cura de aldea!

—Comadre: ¿Este es el mundo? Si es lo que el ojo
 [abarca,

volvamos á los juncos de luna de la charca.
 El pájaro devora á su hermano en el vuelo;
 el sol dispara flechas al pectoral del cielo;
 el hombre, que nos rompe nuestro piano divino
 con piedras, roba, mata y asalta en el camino.
 ¿Necesidad la guerra? ¿Delito en los amores?
 Entonces, ¿por qué el lobo no ha de comer pastores?
 El amor será siempre celeste en la laguna
 y celeste en el barro y celeste en la luna.
 La distancia está dentro de nosotros. Las alas,
 ¡para qué! Ya los hombres inventaron las balas.
 —Bien razones, comadre. Mejor es nuestro piano,
 ébano de la noche, luna sobre el pantano,
 que la madera indiana y el marfil de las bellas...
 Todo será una aciaga polvareda de estrellas,
 y triunfarán la noche y la blancura
 de ese marfil que nos legó la altura,
 luto en la madurez, sazón de rosas.
 Sobre el camino, muertas, aves y mariposas.

¡En el piano de la laguna,
 ébano de la noche, teclas de blanca luna,
 las mozas hoy aprenden música de esponsales;
 y los pequeños colegiales,
 que juzgan un balón la luna llena,
 los villancicos para Nochebuena!

ALFONSO CAMIN

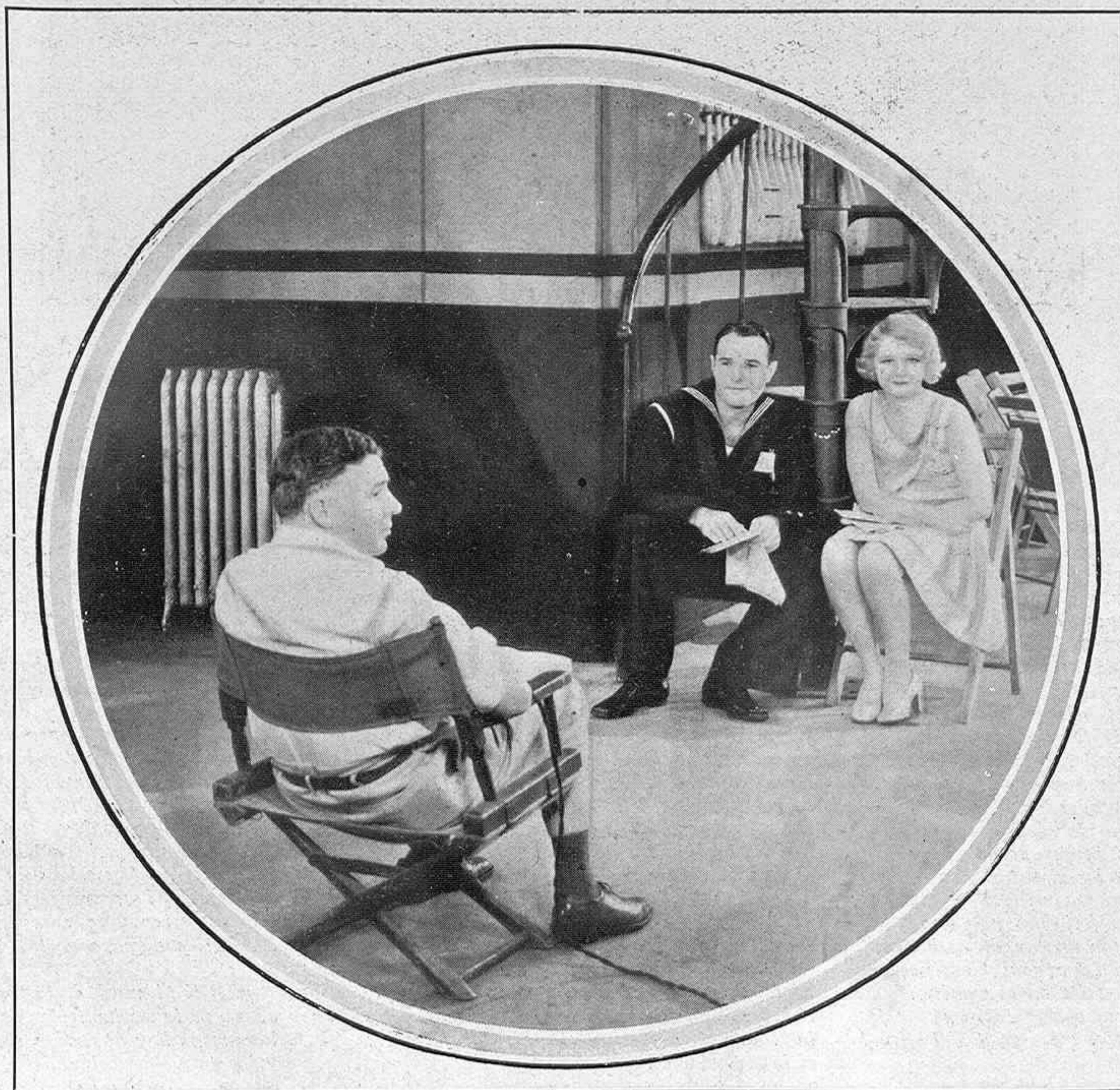


Los artistas de un estudio discutiendo sus papeles antes de comenzar su trabajo

LOS ESTUDIOS POR DENTRO LA INTIMIDAD DE LOS CINEASTAS

La convivencia constante de los artistas cinematográficos y las condiciones especiales de su trabajo engendran entre ellos una íntima camaradería, que es tal vez uno de los más poderosos atractivos de la vida en los estudios y en su atmósfera.

Esa convivencia es, efectivamente, en todos los momentos; no sólo en los locales cerrados, propicios a la intimidad durante las horas, muchas diariamente, de trabajo ó en las excursiones al aire libre, tan adecuadas para la expansión, conviven los cineastas; su vida entera, ó muy poco menos, la hacen también reunidos: asisten a las mismas fiestas, que, organizadas por las *estrellas* de primera magnitud, acogen ampliamente a las que las siguen en brillo y aun a sus satélites;



Anita Page y William Haines preparados para filmar una escena de una producción dirigida por Clarence Brown, cuyo argumento está basado en un romántico episodio de la Armada

pasean por las mismas calles; juegan juntos entre sí partidas de tenis; comen en los mismos restaurantes...; sólo a las horas del descanso nocturno se distancian unos de otros. Los cineastas, en cada una de sus ciudades constituyen como verdaderas familias bien avenidas, en que todos tienen constantemente voz y voto, y en que la más mínima observación puede á veces tener trascendencia y hacer que un artista ascienda, en ocasiones, muy rápidamente en la escala de jerarquías de su compañía.

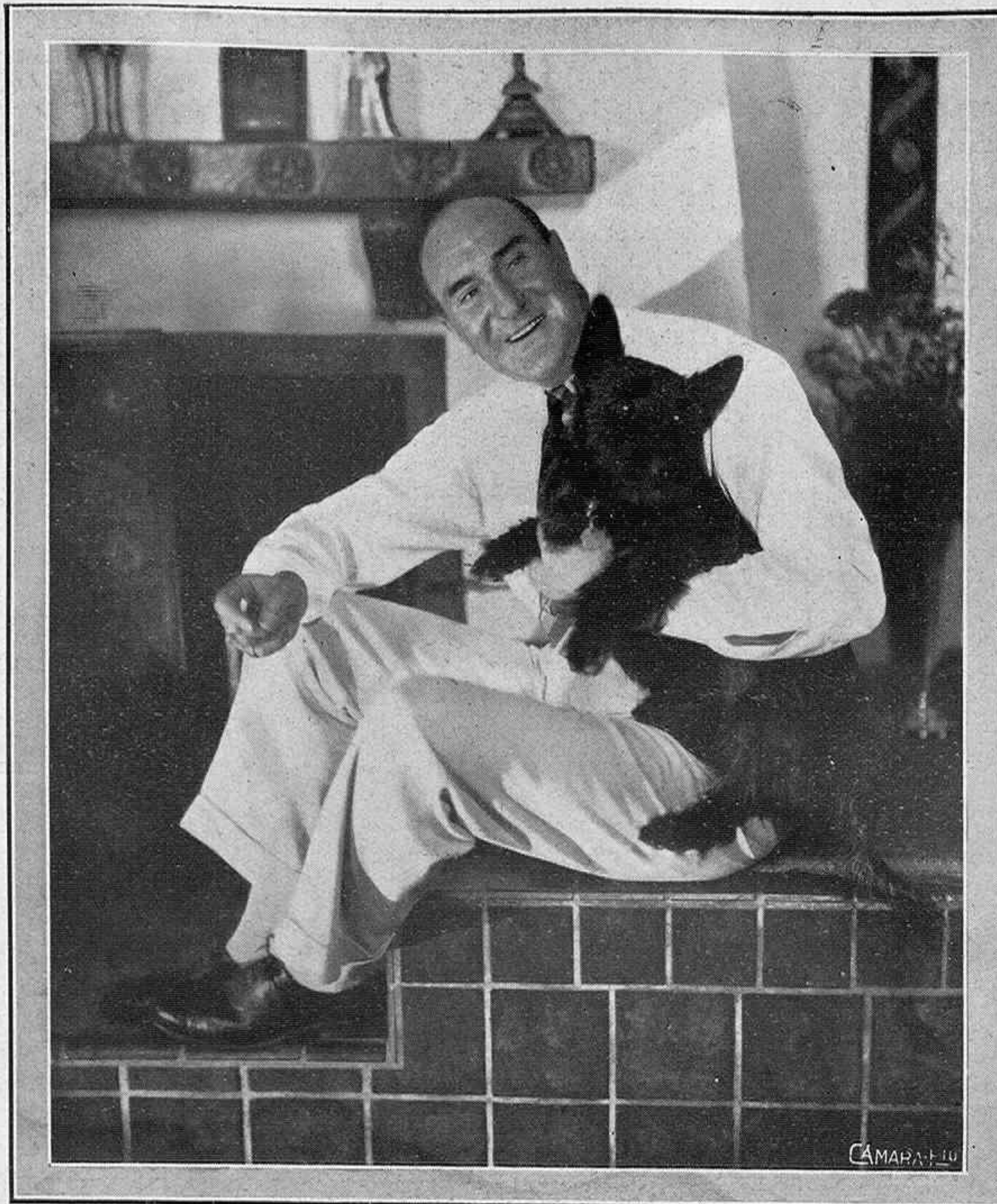
No es raro, efectivamente, que los artistas que han de interpretar una película, después de conocer su escenario, se reúnan en comicios ó asambleas deliberantes, en que examinan y discuten los papeles que han de desempeñar, y en que

los directores, por mano de sus secretarios, suelen anotar cuantos detalles creen de interés para el mejor éxito de la obra que preparan.

Esa labor previa simplifica enormemente el trabajo ulterior: cada artista sabe de antemano, y para el momento preciso, cómo siente, no sólo un personaje, sino una escena determinada, el compañero que con él ha de interpretarla; y ese conocimiento, que además permite al director unificar la labor de todos, facilita y hace más fecunda la labor de cada uno.

La misma convivencia de esos artistas hace que se conozcan bien, y, á poco psicólogos que cada uno de ellos sea, presupone cómo ha de reaccionar su «interlocutor» á una frase ó á una acción de quien «habla» con él. De ese modo, bien compenetrados todos, logran las interpretaciones de conjunto que tanto nos agradan en las películas cuando las vemos en la pantalla.

Los directores, por su par-



ERNESTO TORRENCE «As» de la pantalla, jugando con su hermoso perro escocés antes de acudir al estudio para rodar las escenas preparadas

te, aprovechan todos los momentos de descanso, más ó menos relativo, para detallar á las primeras figuras, sobre todo, cuál debe ser su intervención en cada momento de la obra; y así, se hace mucho más eficazmente, evitando repeticiones inútiles, la labor final.

Los que dirigen las películas conocen bien las ideas, las preocupaciones y hasta las manías de sus dirigidos. Así, los directores de la Metro Goldwyn - Mayer saben, por ejemplo, que Ernesto Torrence tiene una afición decidida á la raza canina, y diariamente, antes de ir al estudio, cuida y acaricia largamente á su perro favorito. La afición explica algunos retardos faltos de puntualidad, que es indispensable precaver y, á veces, excusar.

Esa intimidad en que viven los cineastas es también propicia á que los ratos de asueto entre escena y escena sean utilizados para distracciones, á veces muy animadas: Gus Edwards, el conocido empresario americano de comedias musicales, visita asiduamente los estudios y divierte á las estrellas combinando ensayos de conjuntos, como si estuviese dirigiendo en sus propios escenarios.

Todas las muchachas se prestan gustosas á esas diversiones, que contribuyen también á hacer más grata la vida en los estudios.



Gus Edwards, el «promotor» norteamericano de comedias musicales, ensayando un coro de «estrellas» de la pantalla. De izquierda á derecha, las encantadoras danzarinas, son: Bessie Love, Raquel Torres, Fay Webb, Ruth Holly, Dolores Brinkman, Mary Doran y Blanche Le Clair



PAGINAS DE TURISMO HISPANICO

EL CIRCO DE GREDOS

PEÑALARA, la Real Sociedad española de Alpinismo, nos está dando á conocer, cada vez mejor, ese macizo central ibérico, espina dorsal de toda la Península, que se llama Sierra de Gredos, con sus altos picos por encima de los dos mil metros, y algunos de más de dos mil quinientos; regiones visitadas por los valientes esquiadores de la benemérita Sociedad en su última excursión del mes de Marzo, y cuyas fotografías, por ellos obtenidas, avaloran el presente artículo. Un gran *auto* de turismo, por una excelente carretera, les condujo en cinco horas desde Madrid al pueblecito serrano de Hoyos del Espino, que es el mejor punto de acceso á los espléndidos panoramas de La Mira y el Almanzor.

Sabido es que las alineaciones montañosas de Guadarrama y de Gredos sólo están separadas, hacia la parte de Guisando, por el río Alberche y su afluente el Cofio, hoy tesoros ya de fuerza electromotriz. El primer saliente oriental de Gredos, en San Martín de Valdeiglesias, hace cambiar á aquel río en su dirección originaria de Oeste á Este (cual si en los tiempos prehistóricos de la «cordillera Herciniana» hubiera corrido hacia el Mediterráneo), por la contraria, en demanda del Tajo.

El saliente en cuestión conserva todavía en poéticos parajes los restos del inacabable pinar que antaño cubriese toda la comarca con su fronda, en torno del solitario convento que dió nombre á la dicha capital de partido, de la provincia de Madrid aún. Unos kilómetros más arriba, el fríasimo pueblecito del Tiemblo—«tiemblo de frío»—inicia ya la provincia de Avila por aquella parte. Poco después, el torrencial Alber-

che aparece cortado por las recias presas de las tomas de aguas para los saltos, todavía en construcción; y un modestísimo puentecillo, más medieval que romano, empieza ya á verse sepultado, para quién sabe cuántos siglos, por el alza creciente de las aguas embalsadas, en espera de remoto día en que los arqueólogos futuros le redescubran, como hoy el Templo de Hércules fenicio del Sancti-Petri gaditano, ó como las galerías del romano emperador Calígula, sepultadas hace dos mil años en el lago de Nemi...

Al Sur de la sinuosa carretera se alza el gran macizo de la Escusa, con su puerto de Casillas, por el que un peligroso camino de herradura se descuelga al otro lado del Sur, hacia la Adrada, Piedra Labes, Mijares, Pedro Bernardo y demás pueblecitos del Tiétar, río que nace por allí, mientras la ladera frontera de la carretera recorrida deja ver, por el Norte, los alrededores de Hoyo de Pinares, ya sin casi pinares, por supuesto, y de Cebreros, el de la ermita del «Santo Milagro», una de las cien desnaturalizadas leyendas españolas del Baladro de Merlín y del wagneriano Graal del *Parsifal*, pueblos adosados á la tristonía Paramera de Avila, toda rocas raídas, estériles y melancólicas, con una serie de «navas» ó «valles hondos en forma de nave», denunciadas por sus nombres respectivos: Navas de Pinares, Naval Moral, Navarredonda, Navarrabisca, Navasquera, Navalgordo y Navalosa, con su centro de Burgohondo, «burgo tétrico» sobre el alto Alberche, por bajo de Cepeda la Mora. Región solitaria es ésta, sobre toda ponderación, cruzada por la carretera de Avila á Arenas de San Pedro, con sus célebres Ventas de Santa Teresa y del Obispo, y el Parador de Gredos, construido

por la extinguida Comisaría del Turismo, hoy á cargo del Patronato Nacional, y al que, como á un oasis en el desierto de la roca y el hielo, se acoge el fatigado turista, ya al Norte y casi al nivel del Puerto del Pico, por cuyo tajo se cae á plomo sobre el gran valle de «la Andalucía de Gredos»: la de Las Cuevas y Mombeltrán, el del histórico castillo de enhiestos torreones y altas murallas almenadas, llave un tiempo del paso obligado desde Castilla sobre las llanuras de Talavera de la Reina y la Extremadura cacerense.

Nada hay más humilde, más solitariamente dulce y extrahumano, que esas ínfimas praderías de cortos y recios herbazales, entre saxifragas y líquenes alpinos, arraigadas en breve capa de humus, precipitada en parte por las nieves, trabada sobre cantos rodados y asentada sobre un resquebrajado subsuelo granítico que el agua no puede empapar. Prados sepultados la mitad del año bajo el sudario de la impoluta nieve, sin árboles, sin apenas arbustos, sin poblados, sin refugios, como no sea el de algún peñasco corroído por las erosiones, sin pájaros, sin nada, en fin, que no sea el silencio de muerte y el toldo severo, ora del purísimo cielo azul estival, que muchas veces permite ver en pleno día el planeta Venus, ora de las plumizas masas de nimbos—¡cordillera sobre cordillera!—que en nieve y granizo se desatan titánicas al soplo de huracanadas rachas de tempestad.

Pasada Navarredonda, todo es ya cuenca del Tormes salmantino en descenso hacia la gran hoya del Barco de Avila, formada, al Norte, por las redondeadas alturas de la Horcajada y Piedrahita, y al sur, por los de La Mira y los Galá-

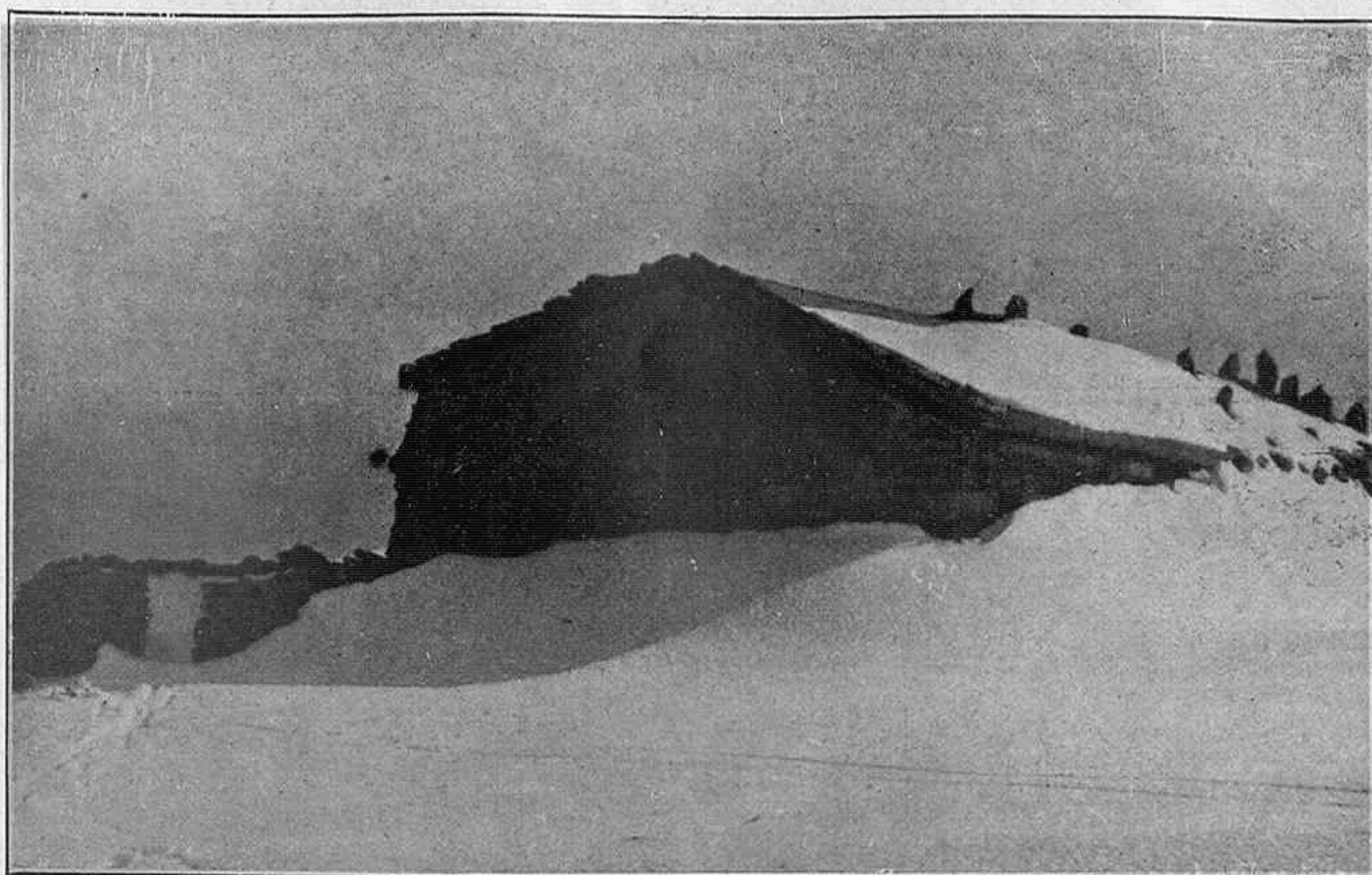


Cumbres de Gredos

pagos, de sobre Arenas de San Pedro, la Galana y los fantásticos torreones sobre los que descuelan el Almiar de Pablo y el Almanzor.

A poco se llega á Hoyos del Espino, arranque del camino que sube hasta el refugio de la Garganta de las Pozas, que el Club Alpino de Madrid tiene allí establecido hace años, como punto de ataque el más cómodo y accesible para la redondeada divisoria de aguas entre Duero y Tajo, que se prolonga entre La Mira y el Almanzor, con un terreno bastante llano de altura á altura, aunque molestísimo de andar por lo pedregoso del suelo, siempre combatido por los elementos. Siguiendo por junto á «la cuerda» dicha, pronto se da vista á la laguna grande de Gredos, hoy no amenazada de muerte, sino de un considerable aumento, por las obras hidráulicas que de ella han de sacar muy pronto miles y miles de caballos de fuerza mediante obra de ingeniería que es una de las más atrevidas de España y merecedora de un interesantísimo trabajo de información, para que el lector se dé cuenta de lo mucho que en esta clase de construcciones hemos progresado en nuestra Patria. Otro estrecho y sombrío valle aparece después, el llamado del Gargantón, y un tercer valle, ya más allá del Almanzor, hacia las cresterías de Tornavacas, oculta en su solitario fondo la deliciosa gradería de «las cinco lagunas», uno de los mayores encantos de la vertiente norte, donde nace poético riachuelo afluente del Tormes por su orilla izquierda, entre sombrías choperas y alamedas, proverbial riqueza de la hoya del Barco de Avila, que se extiende hasta las alturas tras las cuales, al oeste, corre el río Alagón.

Hay otro medio más duro de escalar las enhiestas cumbres de La Mira y del Almanzor, por la parte del Sur, menos elevada, como es sabido, sobre el nivel del mar que la del Norte, ó sea desde Arenas de San Pedro, ó bien desde Candeleda, en los límites de las tres provincias de Avila, Toledo y Cáceres. A la primera de dichas poblaciones, lindísima capital de su partido judicial y centro del turismo de toda aquella vertiente de la cordillera, se llega, ya por Talavera de la Reina y Ramacastaña, en *auto* de línea, bien, directamente y en *auto* de línea también, desde Madrid, ó, en fin, utilizando hasta Almorox el ferrocarril de vía estrecha que parte de la estación de Goya, en la Corte, y sigue paralelamente á la carretera general de Extremadura. En Arenas, á más de muy aceptables fondas, hay constituido, hace años, un importante centro de turismo denominado de *Arenas-Gredos*, bajo la protección del Rey, y donde puede hallar el turista cabalgaduras y guías que le lleven, en corta jornada, por el Puerto del Peón, ó le conduzcan, por entre las imponentes angosturas de



El Refugio del Rey
(Fot. Montalbán)

los Galayos, morada predilecta de las cabras silvestres, hasta el refugio que dicho centro de turismo tiene establecido al norte, á dos mil metros de altura, y á muy corta distancia del pico de La Mira, al pie de diáfana fuentecilla, en un terreno pedregoso, dislocado, hijo del caos de los elementos desencadenados, que allí actúan casi á la continua con sus ventiscas de nieve en invierno y primavera, y sus durísimos cambios y tormentas estivales. Desde este refugio se divisa en la lontananza, hacia occidente, el antedicho del Club Alpino y las crestas, tras las que se oculta el llamado Refugio del Rey, pintoresco punto de partida de las cacerías de cabras monteses (capras hispánicas) que de cuando en cuando realiza el Monarca, y donde se goza de cuantas comodidades pueden apetecerse en aquellas alturas solitarias, á más de dos mil metros sobre el nivel del mar.

El panorama que desde el Almanzor ó desde La Mira se disfruta es imponente; buena parte de España se desarrolla á sus pies. Por el Norte se abre el largo valle del Tormes, con su gran anfiteatro del Barco de Avila; las alturas de Piedrahita; toda la Paramera de Avila, ligada por

el Este con las conocidas alturas de Guadarrama: Siete Picos, la Maliciosa, Peñalara, Cabezas de Hierro, etc., y dejando ver á trechos dilatados pedazos de las llanuras avilesa, salmantina y aun zamorana, mucho más elevadas en nivel medio que la enorme depresión de las llanuras del Sur, por donde el Tajo se desliza. Por toda la parte meridional del horizonte, la cuenca entera del caudaloso río está allá abajo, desde las vecindades de Madrid y de Aranjuez, hasta la portuguesa Sierra de San Mamed, cortada como en el borde de colosal bandeja por las alineaciones montañosas de Toledo, Puerto de San Vicente, las Villuercas con el célebre Santuario de Guadalupe al otro lado; el Puerto de Miravete, que se abre hacia las melancólicas soledades de Trujillo; las Sierras de Santa Cruz, Montánchez, San Pedro, Cáceres y zona de Coria y Garrovillas, no siendo imposible acaso para buenas vistas ó aparatos, en días excepcionalmente diáfanos, percibir desde allí algún aislado y remotísimo picacho, casi sepultado en el horizonte, de la propia cordillera Mariánica que separa á Extremadura de Andalucía por la escotadura de entre las sierras de Montánchez y de Santa Cruz, toda vez que nosotros, desde la colina de La Degollada en Miajadas, á veinte kilómetros al Norte del Guadiana, hemos podido ver cien veces algún pequeño trozo de las cumbres de Gredos, con la albura de sus nieves remotas reverberando heridas por el sol, á unos cien kilómetros en línea recta hacia el Norte por la cortadura del Puerto de Santa Cruz, junto á Trujillo...

¡Sierra de Gredos! Africa tiene al Ruwenzori eternamente envuelto en cálidas nubes apocalípticas; Asia tiene misteriosas cordilleras infinitas en el Himalaya, el Kara-Corum, el Altai y el Kuenlun; América tiene á sus Andes, que la recorren de Norte á Sur por cientos de cientos de leguas; pero España tiene, en el gran peñasco de su suelo euroafricano, algo excepcionalmente característico que no suelen tener aquéllas, y es una diafanidad tan maravillosa, tan absoluta, tan suya, que, como me decía días pasados un laureado pintor, hace desaparecer la noción de distancias, porque gozan de idéntica luminosidad las alturas próximas que las remotas, como pueden convencerse los turistas que, á diario, visitan las cumbres de nuestro Guadarrama, contemplando desde ellas y casi «tocándolas con las manos», los fantásticos castilletes románticos que allá, por Occidente, orlan el Circo de Gredos, con su Mira, su Galana, su Almiar de Pablo y su soberano Almanzor...



El Circo de Gredos
(Fot. Díaz Luque)

DR. ROSO DE LUNA

Madrid, Abril de 1929.





Los pabellones de la «Cité Jardin de Dugny»
(Fot. Vidal)

El nuevo París

EL problema de la habitación tenía en París caracteres alarmantísimos; los tiene aún, aunque algo atenuados ya; pero se multiplican las soluciones más ó menos felices, y se vislumbra ya la posibilidad de que haya habitaciones suficientes para cuantos deseen vivir en París, á condición solamente de no vivir en París.

Esta solución, que parece paradójica, es, sin embargo, una solución vieja: hace ya mucho tiempo que un inmenso número de habitantes de París no habitan en París, sino en la *banlieue*. En París trabajan y viven, por esa razón, la mayor parte del día (y en ese sentido puede decirse que son habitantes de París); pero el hogar le tienen en las afueras, á veces muy lejos; pero con comunicaciones tan rápidas, frecuentes y baratas, que es para muchos efectos como tenerle en París mismo.

De esa manera habían resuelto los parisienses, bien orientados, el pro-



Modelo de casa económica con armadura de hierro
(Fot. Orrios)

El problema de la habitación

blema de vivir limpiamente, con luz y aire suficiente, que era del todo insoluble en las viejas casas de París, que, so pena de pagar por ellas precios demasiado altos, sólo podían ofrecer *appartements* lúgubres, mezquinos y totalmente reñidos con la higiene y aun con la limpieza, á pesar de los cuidados más perfectos de las más minuciosas *menageres*.

En la *banlieue*, en cambio, hay siempre posibilidad de tener hotelitos bien situados, cómodos y baratos, que proporcionan al arrendatario, generalmente comprador, porque esos hotelitos son vendidos á plazos mínimos y muy cómodamente espaciados en el tiempo, todas las comodidades posibles, con la sola incomodidad de tener que hacer un viajecito para ir desde el hogar al sitio donde ha de ejercer su actividad y ganar su vida.

Realmente, aunque todos aquellos pueblecitos de la *banlieue* lleven nombres distintos, puede decirse

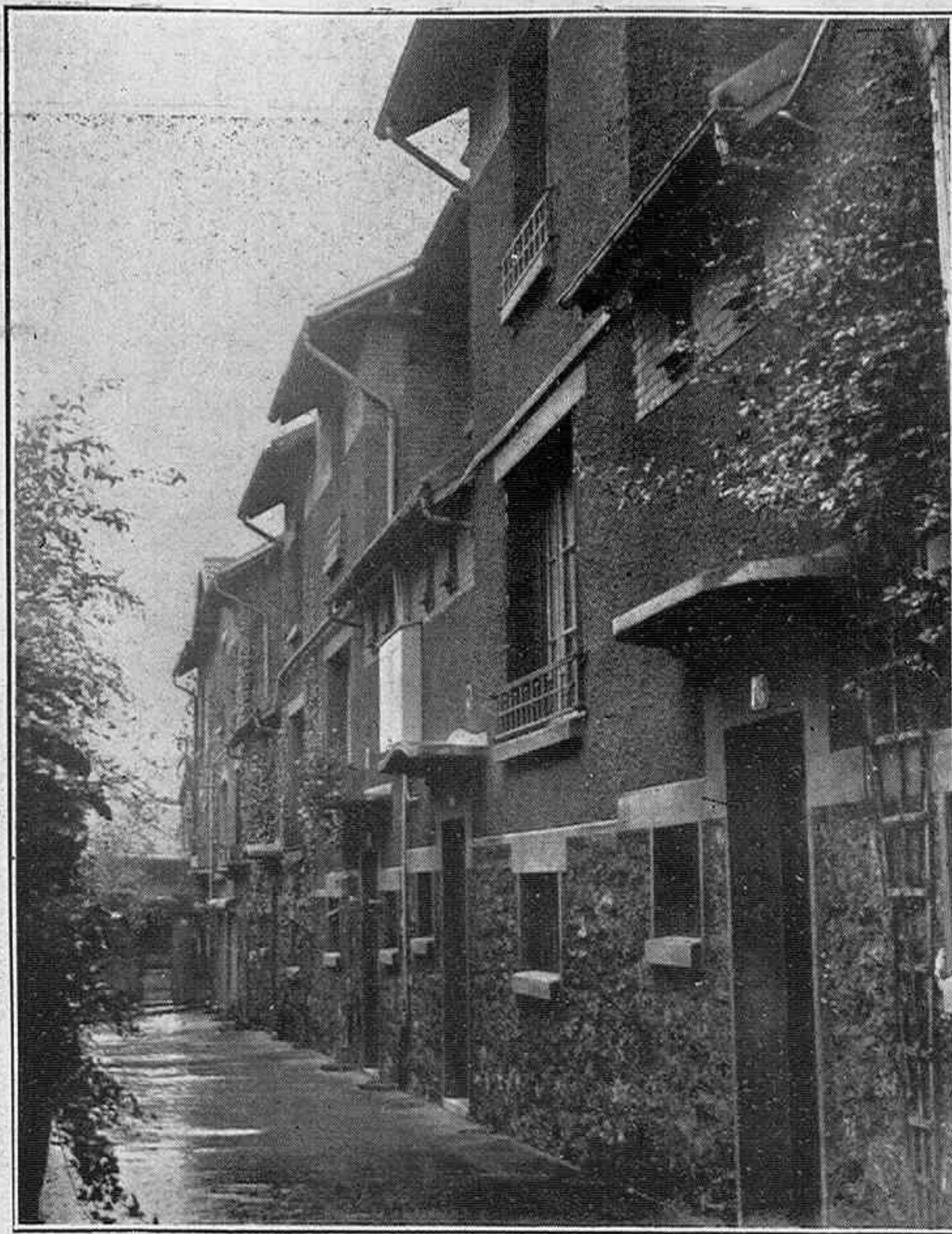
que forman parte de lo que pudiéramos llamar «París íntegro». París, en efecto, que materialmente se salió de sus límites cuando desaparecieron sus folletinescos *fortifs*, ha continuado prolongándose, y á esos pueblecitos van uniéndose ahora, para agrandarle aún más y hacer más posible la vida en él, todas esas barriadas que con nombres diversos sintetizables en el de Ciudad Jardín, van construyendo las instituciones creadas para resolver el problema de la vivienda.

Tipos de esas ciudades son, entre los más recientemente construidos, la llamada *Hameau du Danube*, que está dentro de París, y la *Cité Jardin de Dugny*, algo más alejada, en Le Bourget.

Hameau du Danube es una barriada burguesa, en que cada pabellón tiene todos los detalles del confort moderno y, desde luego, su garaje correspondiente, que, en realidad, es una necesidad en la vida moderna, y lo será cada día más en esas ciudades, á medida que el automovilismo vaya democratizándose.

La *Cité Jardin de Dugny* es más modesta; pero sus doscientos pabellones tienen también todas las comodidades y toda la higiene deseables. Han sido construidas por el *Office public d'habitations á bon marché*.

No por eso dejan de construir en París casas de vecinos; pero muy distintas ya de las viejas. Procurando que tengan aire y luz, y utilizando, además, para construirlas los medios más rápidos y económicos. Así, en una de las últimas exposiciones celebradas en la Puerta de



Los hoteles burgueses del «Hameau du Danube»

Versalles, llamó la atención un modelo de casa con armadura de hierro.

En realidad, ninguno de esos modelos es nuevo en España. En Madrid tenemos la Ciudad Lineal, que los extranjeros suelen citar como tipo excelente, y no es el único.

Lo que nos falta es adaptar nuestras costumbres á esas formas, para hacerlas viables.

Los españoles, y singularmente los madrileños, somos excesivamente centralistas: no concebimos sino el centro de las grandes ciudades, y nos empeñamos en hacer en él nuestra vida íntegra.

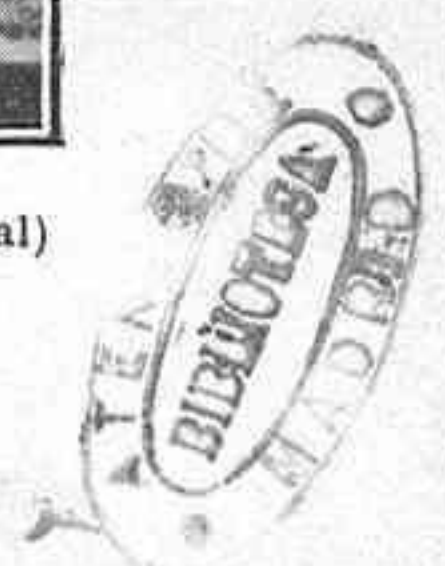
Cuando Madrid carecía de tranvías, ó en la primera época de existencia madrileña de esos medios de locomoción, en que los servicios eran lentos y excesivamente espaciados, nacieron prematuramente algunos barrios, que pudiéramos llamar de *banlieu*, como la Prosperidad, la Guindalera, Pueblo Nuevo de la Concepción y algunas colonias en los Carabancheles, que no pudieron lograr desarrollo, porque entonces todos esos parajes resultaban remotísimos y, en cierto modo al menos, incompatibles con la vida urbana. La Ciudad Lineal, con sus medios de comunicación propios y sus necesidades urbanas satisfechas, fué ya un progreso; pero aun habrá de prosperarse más, y ahora las circunstancias han variado total y muy favorablemente con la extensión y la actividad lograda por los tranvías, las líneas de autobuses y el uso, más corriente y económico, del *auto*.

Es hora de que nos decidamos á hacer un nuevo Madrid, fuera de puertas.



Una casa recientemente construída y no habitada aun, en París

(Fots. Vidal)



BELLEZAS DE LA PANTALLA



JEANETTE MAC DONALD

Una de las «estrellas» de primera magnitud en el firmamento cinematográfico actual, que ha consagrado su éxito personal en la película «The Love Parade»



La distinción de una mujer

está en la blancura y suavidad
de sus manos y de su cutis,
efectos del uso constante del

JABÓN HENO DE PRAVIA

Pasta pura y compacta. Espuma
suave. Perfume intenso. Ideal para
las personas de cutis delicado.

Pastilla, 1,25 en toda España.

PERFUMERÍA GAL - - MADRID



Elegancias

YA estáis viendo cómo el sombrero de lujo guarnecido de plumas, *aigrettes* y paraísos, ha triunfado en toda la regla.

Y es que no podía por menos de suceder así, no ya después de contemplar su encantador conjunto de elegancia, riqueza y armonía; es que ya estábamos hastiadas de la pequeña toca lisa, que si bien favorecía, daba también lugar á que no hubiese esa diferencia de clase social que tanto anhela la mujer que gusta de

á capricho, favorecen extraordinariamente.

Las copas de algunos modelos tampoco hacen regular la línea de la cabeza: son cuadradas de un lado, redondas de otro, en pico ú óvalo en el centro, ó de aspecto casi *fanné*, que hace sumamente gracioso el conjunto de la toquita.

Por regla general, el tono negro es el que domina, y si no, los colores neutros; tales como el marrón, azul marino y gris topo.

Los sombreros claros sólo se llevan en el te-



Abrigo de paño con guarnición de «petit» gris

(Modelo Dupouy Maguin)



Vestido de «crêpe georgette» verde seco

vestir bien y no duda en pagar á una firma un buen puñado de pesetas para obtener un modelo inédito.

Hasta aquí preciso es reconocer que un sombrero de precio apenas si se diferenciaba de otro mucho más modesto; pero hoy sí, porque el adorno de plumas patentiza de un modo firme su elevado coste, y más aún la sabiduría de las manos que graciosa y caprichosamente las han dispuesto en torno á la copa ó en uno ú otro lado del rostro.

El terciopelo de seda muy brillante es casi elemento indispensable en esta clase de sombreros de mucho vestir; no quiere decir esto que el fieltro esté excluído; pero es evidente que la primera de las mencionadas calidades es la que más aceptación tiene.

Las formas siguen siendo sumamente reducidas, muy ceñidas de los lados, y dejando al descubierto parte ó la totalidad de la frente.

La irregularidad en la línea también se ha adueñado del sombrero, y puede decirse que ni uno solo descubre el óvalo de la cara; simétricamente cortado, todos van, ó en forma de pico, ú ondeados en una ó varias ondas, que, hechas como



Vestido de «crêpe» satín color almendra



Abrigo de cuero encarnado, con las vueltas en escocés (Modelo Leda)

rreno denominado deportivo, en el cual el sencillo atavío que se adopta sólo admite un simple modelo de fieltro, sin otro adorno que una cinta de lo mismo ó de falla de seda.

El sombrero de fantasía sólo es para llevar con un lujoso abrigo, bajo el cual se oculta otro no menos lujoso vestido de terciopelo, *lamé* ó gasa, confeccionado según prescribe la última moda, entallado ligeramente y con falda de amplios vuelos en la parte de abajo, irregularmente trazada, para mayor novedad, puesto que hasta aquí sólo imperó esta norma en contados trajes de noche.

En general, el sombrero es más rico,

no ya en estos modelos adornados con costoso plumaje; lo es también en otros sombreros que carecen de tan precioso elemento, pues éstos se guardan con trabajos de costura á mano,



[Fieltro con un lazo de terciopelo negro (Modelo Pauw)]

tanto ó más preciados que la misma pluma.

Especialmente, la *chenille* se presta á la confección de muy diversos y primorosos trabajos ejecutados sobre una forma de *tricot* muy adaptable al rostro.

Las pieles *rasé* también se emplean para la confección de sombreros de tarde; combinadas éstas, claro está, con otra materia que puede ser, bien terciopelo, fieltro ó seda gruesa.

El sombrero de noche se adorna también con plumas y *aigvettes*, mucho más profusas que las que se llevan durante el día. La *chenille* de oro y plata y los tisúes de lo mismo; el terciopelo de seda en tonos luminosos y el *lamé* fulgurante sirven de base para estos lujosos sombreritos, cuyo coste, ¡podéis imaginároslo!, asciende á un crecido número de pesetas.

Abrigo de cuero azul, con cuello de terciopelo impermeable (Modelo Leda)



ANGELITA NARDI



Vestido de noche en «georgette» negro combinado con tul



Vestido de «crépe marocain» azul marino, con adornos de «georgette» blanco



Vestido de terciopelo negro, con una «écharpe» forrada en blanco



Últimos días de un reinado

EN nuestro correr por encrucijadas y callejas madrileñas, en el bucear en los recuerdos históricos, leyendas y tradiciones, dimos con una que se me figura que no es conocida; yo, al menos, no recuerdo que otro escritor tratase de esta que dicen los bien enterados historia; quién opina que es leyenda, quién recuerdo, aumentado al correr de los días.

Y vamos al asunto, que ya me tarda el que salga de los puntos de mi pluma; y conste que si *maese reparos* encuentra alguno, yo con él discutiré á la vista del palacio y bajo las bovedillas que amparan las cuevas del *misterio*.

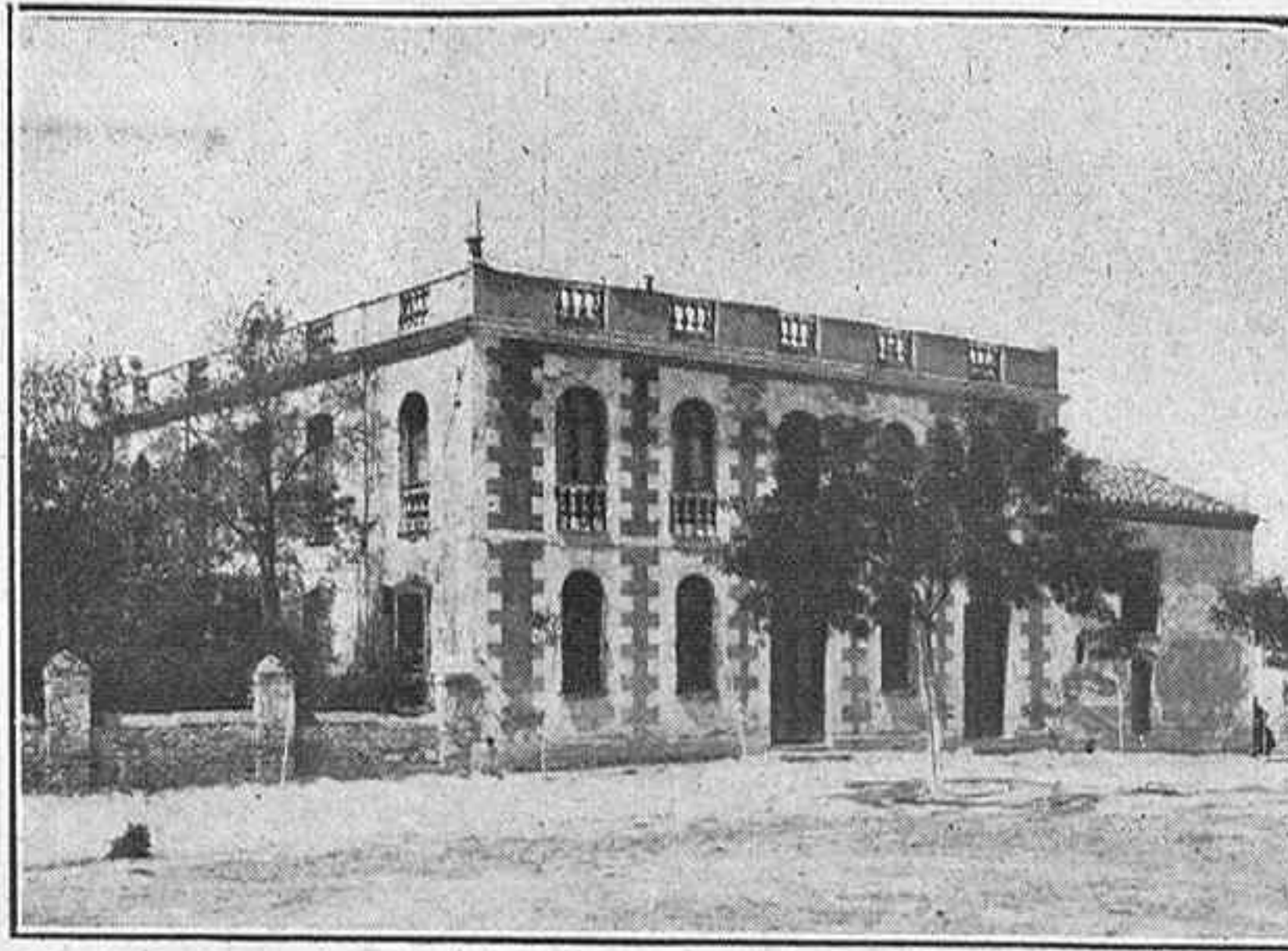
Erase la Reina Isabel II, aquella divina dama que nada tenía propio; la que nació en Octubre de 1830 y murió en París el 9 de Abril de 1904, dolida por verse alejada de su España.

Desorden, intrigas; los hombres políticos se sucedían con vertiginosa rapidez, y la Reina, que siempre derramaba caridad y simpatía, sólo recogía vientos de fronda.

En 10 de Octubre de 1846 contrajo matrimonio con D. Francisco de Asís, y no fué muy feliz por lo que cuenta en él, ya que los caracteres no eran idénticos. No paró en esto su desgracia: aquel tristemente célebre cura Merino, el 2 de Febrero de 1852, atenta contra la vida de la Reina en las mismas galerías de Palacio.

Y sigue la racha de desórdenes y de malquerencias, tal vez injustas. Una sublevación militar, dirigida por el gran O'Donnell, pone el trono en peligro, y la Reina Isabel desaparece de Madrid; nadie sabe dónde está, y el cronista la encuentra en el palacete por ella mandado labrar en un arrabal de la Corte, en su parte Este, lo que hoy se llama Pueblo Nuevo. Allí se reúne Isabel II con los adictos, con los inseparables, en aquel salón del piso bajo resguardado con rejas férreas; se acuerda volver á Palacio, y las mujerucas comentan la entrada de una gran señora en aquella casa, rodeada de gentes de rango; aquel palacio, que no se sabía de quién era.

Un coche tirado por mulas aguarda en la puerta trasera; todo está prevenido, hasta los hombres que habían de volar el palacete antes que dejar coger á su Reina por los enemigos; y en aquellas cuevas, visitadas por mí no hace mucho tiempo, se ve la galería que conduce á sitios recónditos, y mal se adivina la caldera que servía para calentar el agua de su primitivo baño, que está junto á un tabique, tras del cual se dice



Pueblo Nuevo.—El palacio de las Isabeles (Fots. Cortés)

que se ocultaron las alhajas de la Reina en momentos de revolución.

¿Dónde iba esta galería, cuya puerta y escalera estrecha aun se conserva? ¿Para qué aquella tapia que deja al descubierto el medio punto de la habitación que á la calle rompe sus rejillas? ¡Misterio!

Pero sigamos á la Reina en su peregrinación. Vuelve la Reina á su Palacio de la plaza de Oriente, y en el de Pueblo Nuevo guardan unos fieles servidores no se sabe qué; pero armados están.

Unos dicen que allí quedaron los hijos, para librarlos del peligro; otros, que tesoros; lo cierto es que al palacete nadie puede acercarse, porque lo impiden los que lo vigilan.

Y sigue España en constante sobresalto: no quieren que la Reina Isabel gobierne; es ya antipopular la política de los que la rodean, y llega el 1866, con la tentativa del caudillo del liberalismo, general Prim, con el general Serrano; y la Reina entrega la corona, mejor dijéramos el poder, á González Bravo. No es más afortunado este Gobierno, y la Soberana, en tanto, ocupa su palacio del arrabal, y allí vive casi siempre, y ya el palacio se llama el de Isabel II, y los árboles florecen viendo llorar á su dueña; y en un amanecer del riente sol es destronada Isabel II, pero jaun le quedan amigos! Vuelven á reunirse éstos en el salón de la planta baja que ya hemos visitado, donde las pinturas quieren representar á Hernán Cortés y á Moctezuma, esta última hoy ya horriblemente retocada, y cuando los amigos de la Reina discuten más acaloradamente suenan toques de corneta, y suben á la planta alta los más jóvenes; y allí miran á lo lejos, y por lo que se vislumbra, temen que hasta allí lleguen los odios.

El pueblo liberal mira al palacio y mira á lo lejos, y todos temen y todos desean; pero todos levantan sus frentes al cielo con un ¡Salve á la Reina! En aquellas cuevas donde está el baño rezan las damas y... se abre el portillo que conduce á las galerías, y los corpiños y las sayas amplias van rozando las paredes de esta galería, que conduce lejos; y allí, el mismo coche, que llegará con la desdichada dama, vuelve á ser ocupado, para ir al Alcázar de la plaza de Oriente, á su Palacio; vuelve para ser destronada en 26 de Septiembre de 1868, y no sólo destronada, sino expulsada. Tiene el consuelo de verse seguida en su destierro por algunos de sus leales servidores; pero, al fin, el destierro no es buen amigo, y la Reina llora sus culpas mezcladas con las ajenas, que son mayores, y envejece lejos de su trono.

El palacio de Isabel II es desalcjado de noche. Por las rejas que dan á la calle salen rayos de luz que de las cuevas nacen, y se ve á los servidores en su afán de traslado; pero más bien que mudanza, parece un entierro aquel ir y venir de hachones en la obscuridad de la noche; agentes del Santo Entierro parecen aquellos hombres de las luces siniestras que todo lo escudriñan, que todo lo ven y lo palpan, los que se van llevando los muebles del palacio de Isabel.

Y la casa queda vacía y abandonada, y crecen plantas silvestres en los tejados, signos de ruina. Las casas que á su alrededor se hicieran no

EL PALACIO DE LAS ISABELES

recuerdan las de Aranjuez y La Granja, casas fabricadas para los servidores de la Reina; aun quedan algunas, tan mal tratadas por el tiempo, como mal parado quedó el palacio de Pueblo Nuevo, el que está situado en la plaza de las Isabeles, cuya plaza recibió el nombre del hotel de la Reina. Yo he visto sus buhardillas amplias; su planta alta, desmoronada y mal parecida á lo que fuera; he visto la instalación de un colegio de párvulos en aquel mismo salón donde en noches horribles se reunieron nobles hombres para estudiar la lección de la vida, y he recorrido las cuevas, donde aun se conserva el baño de la Reina; el horno que calentaba el agua de una tosca caldera, para darla caliente al baño y á las cocinas, ya derruidas, y he recorrido parte de la galería, que hoy está

ocupada por una maloliente conducción de aguas; y al salir por la puerta trasera de la casa me ha parecido ver el coche de mulas que esperó aquella Reina generosa que cedió á su pueblo la Moncloa, y que si hoy la viera, no la conocería.

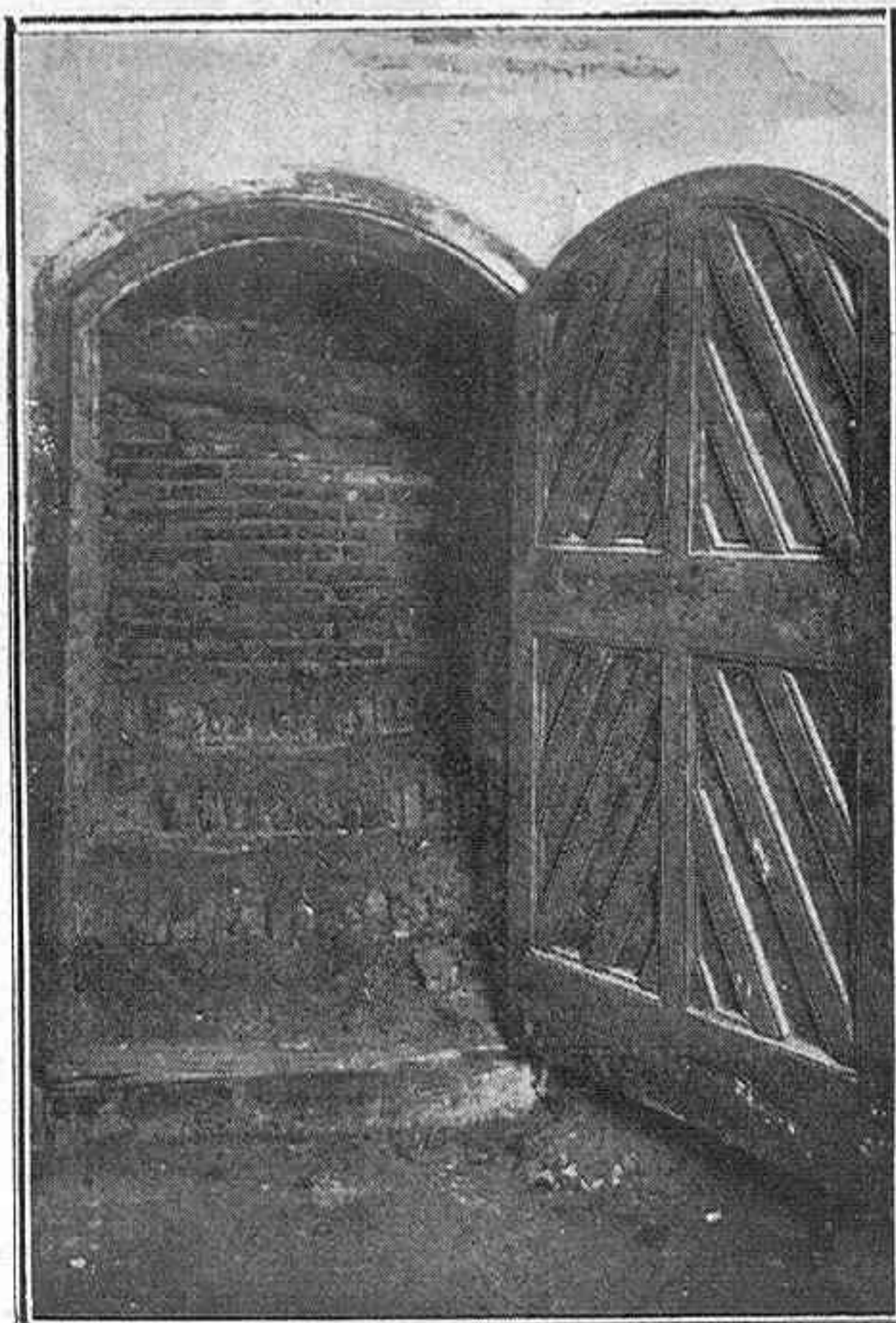
Bueno sería averiguar el por qué de aquel tapiado, tirar el puente de escalera tras del hotel, que interrumpe la galería, y saber qué fueron de aquellas rejas que antes tuviera el hotel, y de aquellos guardianes de los que aún parece que quedan restos en la caseta de guarda que cerca á un moruno pozo cegado cuidan de la vieja casona olvidada hoy.

De unos á otros pasó el palacio de las Isabeles, con su leyenda (?), con su historia (?); y hoy en posesión de él un comerciante madrileño, sólo resta dejarlo hundir, para que así desaparezca también el último refugio que ocupara en España la Reina Isabel II, la desterrada madre del simpático y valeroso Rey Don Alfonso XII, la que cedió la Moncloa al pueblo de Madrid.

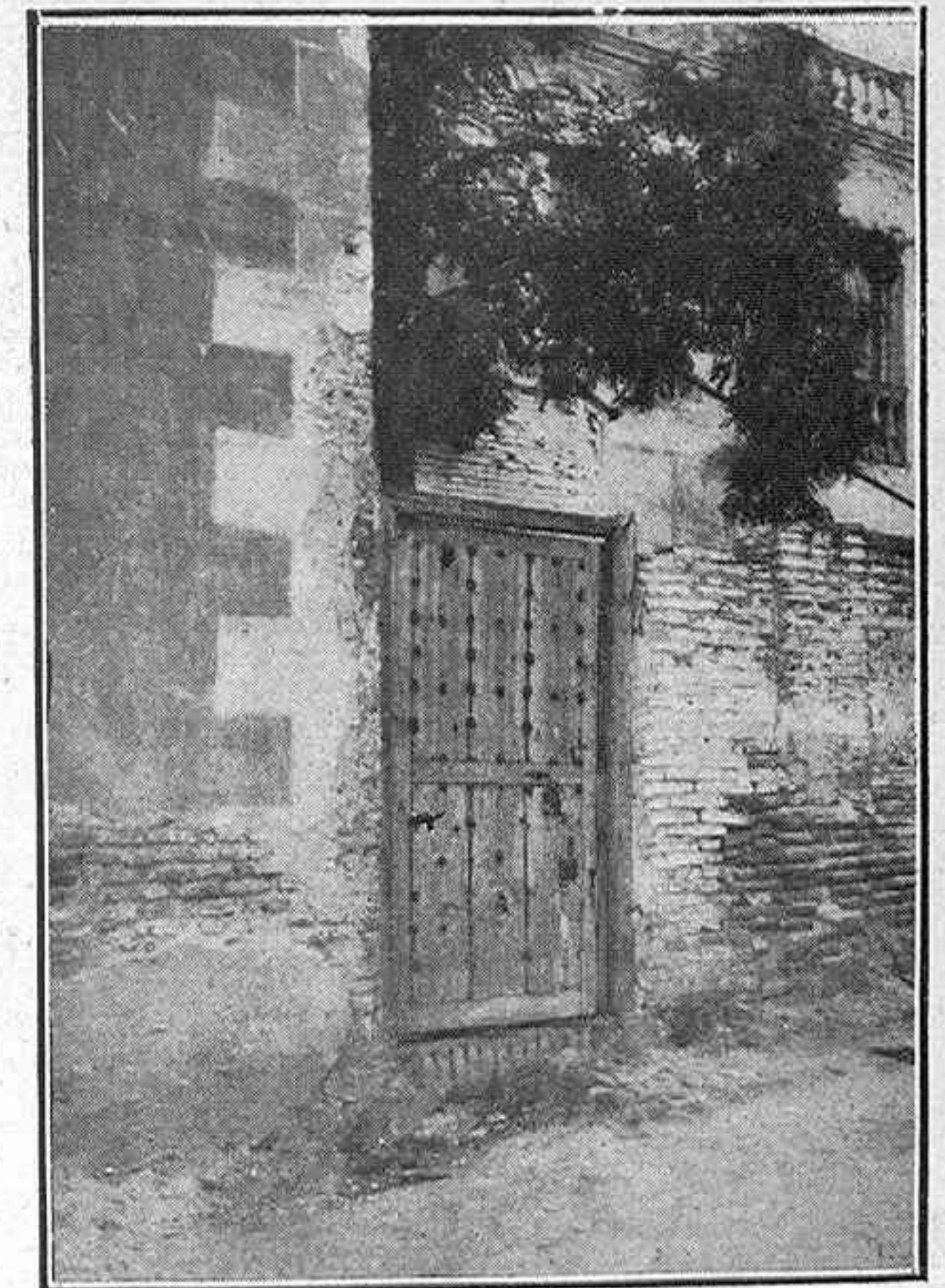
¿Por qué se llama de las Isabeles la plaza? No hemos podido averiguarlo. ¿Vivió en él otra Isabel que hizo que se pluralizase el nombre? Queremos desentrañar este misterio, y á ello vamos.

Y por hoy ya sabéis que en Pueblo Nuevo, en Ciudad Lineal, entrando por la calle de Tarragona y en su plaza de las Isabeles, existe una morada regia, creo que hasta ahora ignorada por muchos—y perdonen los que lo supieron si mi ignorancia me hizo pensar en que pocos la conocían—, donde se guarda una leyenda, una historia y un misterio.

JUAN G. DE RENOVALES



Palacio de las Isabeles.—Puerta del sótano



Palacio de las Isabeles.—Puerta de servicio

LA PREGUNTA ¿QUÉ ES JUVENTUD? *contestada por Elizabeth Arden*

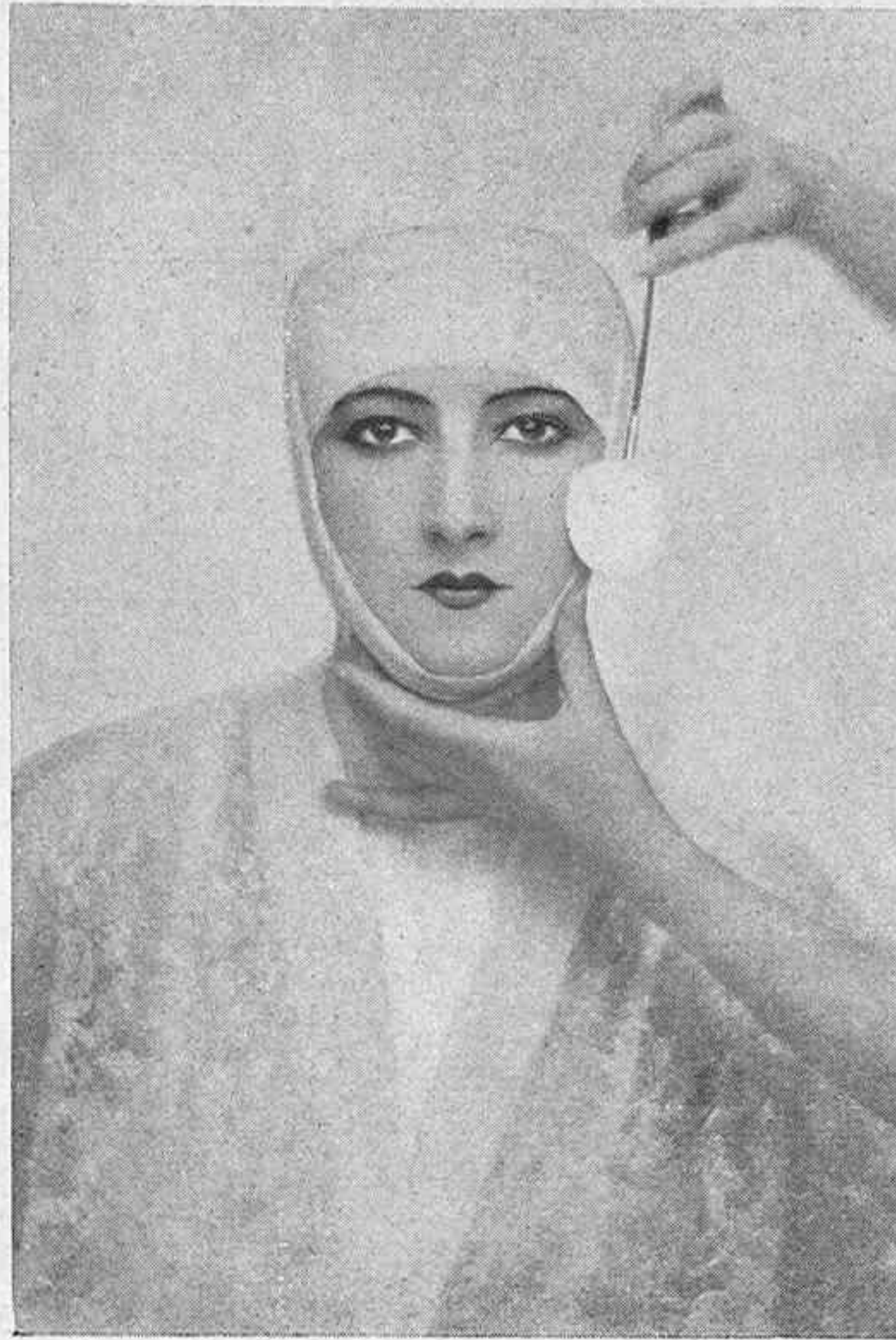
*La mujer de hoy, no solamente quiere tener la apariencia de la juventud,
sino que también quiere ser joven. ¿Qué es juventud?
Elizabeth Arden ha encontrado la respuesta precisa.*

Los músculos fuertes y elásticos de la cara, característicos de la juventud, no es fatal que desaparezcan—dice Elizabeth Arden—como tampoco ha de desaparecer la diáfana de los tejidos finos de la piel. Los indicios de la edad se deben únicamente a negligencia, y, por consiguiente, se pueden evitar limpiando siempre bien el cutis para que la sangre pueda circular sin dificultad.

Teniendo esto en cuenta y poniendo en práctica la ciencia moderna, Elizabeth Arden ha desarrollado sus tratamientos y preparados de *toilette*. En los salones de Miss Arden, llenos de tranquilidad confortable, hay personal instruido por la propia Miss Arden para poder procurar a las visitantes los tratamientos de los preparados para la limpieza y para la nutrición, con astringentes fortificantes y con aceites para fortalecer los músculos, teniendo en cuenta la exigencia individual del cutis de cada visitante.

Lo maravilloso es que no solamente las visitantes de los salones pueden disfrutar los beneficios de estos tratamientos. Los preparados de *toilette* Elizabeth Arden se encuentran en los más elegantes establecimientos del mundo entero.

Elizabeth Arden aún hace otras acla-



raciones de lo que piensa ella que es juventud.

«Hace falta que usted note cómo en cada una de las células de su cuerpo late la vida; nada de grasa superflua, nada de falta de alimentación, nervios tranquilos, músculos elásticos y que reaccionen fácilmente.»

Tanto en los ejercicios corporales como en el cuidado de la piel, miss Arden ofrece lo mejor de lo mejor que se ha revelado eficaz en los casos más difíciles; sus discos para ejercicios corporales han sido creados expresamente por ella, y son conocidos en todos los círculos elegantes.

El fin apetecido se alcanza mediante un método directo que forzosamente debe gustar a toda mujer que piense. Este método formará no solamente un cuerpo bien entrenado, sino también un cuerpo hermoso. También en este caso se hace posible a todo el mundo el tratamiento en el salón de Elizabeth Arden. Los discos Elizabeth Arden para ejercicios corporales se ajustan a todos los aparatos parlantes, enseñan un número de movimientos rítmicos que fortalecen los rasgos, animan la circulación de la sangre y dan una seguridad y gracia en los movimientos que de otra manera nunca se podrían obtener.

Elizabeth Arden recomienda lo siguiente para el cuidado del cutis en su propio tocador:

POR LA MAÑANA. Tome usted un poco de algodón mojado e imprégnelo con Ardena-Tónico para el Cutis, después con Crema Limpiadora y «lave» usted con él la cara y cuello. Quite toda huella de este tratamiento con el suave papel de seda Ardena que ha sido importado a España. Para afinar los rasgos de la carne es recomendable aplicar, mediante ligeros golpes, el Astringente Especial. Trate usted las líneas y arrugas con Aceite para los Músculos y Alimento Orange para la Piel, con la suave Crema Velva. La crema sobrante la quite usted con el papel de seda antes mencionado. Refresque los ojos con Loción para los Ojos. Proteja usted su cutis con Crema Amoretta. Si hace falta póngase un poco de colorete, después un poco de Polvos Ardena y puede usted empezar su día en la plena convicción de tener un aspecto muy ventajoso y fresco como la mañana.

POR LA TARDE. Empiece usted con mucha Crema Limpiadora (empleando un poco de algodón mojado e impregnado con Tónico para el cutis Ardena). Póngase después un poco de la suave Crema para las Arrugas y descanse unos diez minutos. Sigue una ligera y rápida aplicación del Tónico para el Cutis mediante ligeros golpes. La última fórmula maravillosa es la aplicación de una capa muy ligera de Crema Ultra-Amoretta, que da un tono tan suave al colorete, puesto con mucha discreción. Después de todo ello, una ligera aplicación de Polvos Ardena. Subraye los labios con un poco de color rosa líquido ó con Pasta para los Labios y aparecerá en el te ó en la comida con los máximos encantos.

Precios y más descripciones encontrará usted en el librito de Elizabeth Arden «En pos de la belleza», que se le remitirá a petición con mucho gusto.

POR LA NOCHE. Todas las secreciones de la piel, como también los polvos y el polvo que pueden obstruir los poros, se deben de quitar. «Lavado» como en el tratamiento de la mañana, siempre en dirección hacia arriba. Toda huella de los preparados se ha de quitar con el papel de seda. Las partes flojas de la cara y del cuello se tienen que golpear durante cinco minutos con un algodón que primeramente se ha de mojar en agua, y después de haberlo exprimido, se impregna del Astringente Especial. Después, secarse y aplicar mediante ligeros golpes en las arrugas y cavidades, el Aceite para los Músculos. El Alimento Orange para la Piel se aplica con rápidos golpecitos hacia arriba. Deje usted un poco de Aceite para los Músculos y Alimento Orange para la Piel en el cutis, para que los tejidos animados puedan absorberlos durante la noche.

No deje de visitar el salón que Elizabeth Arden tiene en Madrid, donde siempre le aconsejarán bien en cuanto al cuidado individual de su cutis.

Los preparados de Elizabeth Arden se encuentran en los establecimientos más elegantes de España, Portugal y del mundo entero.

ELIZABETH ARDEN

691 FIFTH AVENUE NEW YORK

ELIZABETH ARDEN, S. A.

MADRID CALLE DE ALCALÁ 71

LONDON

PARIS

BERLIN

ROMA

(Reproducción reservada)



El epílogo de un amor tardío

La princesa Victoria, hermana del ex Kaiser.—La aventura del automóvil volcado.—Una flor y un idilio.—El aventurero ruso.—Boda desigual.—El escándalo, el ridículo y la ruina.—El abandono.—La muerte piadosa.

La princesa Victoria de Prusia, hermana del ex Kaiser alemán, ha muerto en Bonn, á los sesenta y tres años de edad.

Oficialmente, sin embargo, la dama que ha muerto se llamaba tan sólo la señora de Zubkoff, que había perdido su calidad de princesa alemana y roto toda relación con la familia Hohenzollern, desde que el 19 de Noviembre de 1927 contrajo matrimonio con Alejandro Zubkoff, aventurero ruso de treinta años de edad.

La vida de la princesa Victoria, hasta un año antes de este matrimonio, transcurrió sin accidentes en la vulgaridad rígida y decorativa de la corte imperial. Nacida en Potsdam en 1866, se casó en Noviembre de 1890 con el príncipe Adolfo de Schaumburg-Lippe, que murió en Bonn el 9 de Julio de 1916.

La pérdida de la guerra por Alemania y el destronamiento del Kaiser despojaron de su rango oficial á la princesa; pero su gran fortuna personal le permitió seguir viviendo en el palacio de Bonn con el fausto tradicional de su estirpe... Diez años de viudez y la edad de la princesa, que ya entraba en la senectud; el decoro de su posición y el freno natural que los años imponen á la Naturaleza humana; cuantas posibilidades lógicas pueden imaginarse preparaban á la dama una vejez digna y serena. Pero la vida recta que hasta entonces había discurrido, como por un ancho y vigilado camino real, sin tropiezos ni flaquezas, sintió de pronto el latigazo de lo imprevisto, el afán de lo desconocido, la tentación de las sendas intrincadas, en cuyos bordes cantan las alondras locas de la aventura...

Sesenta años acababa de cumplir la princesa cuando una tarde que paseaba por los alrededores del célebre balneario de Baden encontró en la carretera un pequeño automóvil blanco que, á consecuencia, sin duda, de un mal viraje, había ido á chocar contra un árbol... Cerca del coche, en el suelo, desmayado y con el rostro ensangrentado, se encontraba un hombre solo.

La princesa bajó de su carruaje y acudió en socorro de la víctima del accidente... Ella misma ayudó á su mecánico á alzar el cuerpo inerte del desconocido; ella misma le acomodó entre los almohadones de su coche suntuoso; ella misma le condujo al hotel del balneario y reclamó los auxilios de los médicos...

Al volver de su desmayo el desconocido y tener noticia de quién era su auxiliadora, le besó las manos principescas que habían restañado la



La ex princesa Victoria, hermana del ex Kaiser, acaba de morir. Nuestro grabado la muestra con su esposo, el aventurero ruso Zubkoff, por cuyo amor perdió el rango de princesa

La vieja princesa que tenía corazón

Su corazón palpitaba con ímpetu juvenil y la princesa quería cantar á ese ritmo vigoroso toda la canción de su vida... Mientras, como encendiendo una vela al dios de su enamoramiento y otra al diablo de la precaución, la princesa se entregó en Berlín á las manos de unos expertos cirujanos de estética que intentaron en un Instituto de Belleza borrar del rostro de la dama los síntomas evidentes de su senectud, las terribles «patas de gallo», calvario de coquetas, surcos indelebles de la reja de los años...

Y gallardamente, con la suprema rebeldía espiritual que es la que sabe despreciar el ridículo, la princesa, el 19 de Noviembre de 1927, se casó con el aventurero ruso Alejandro Zubkoff...

Y en seguida, cuando ella aguardaba el rostro dulcemente bobalicon de la luna de miel, la realidad le enseñó su ceño duro, la mueca cruel con que la vida se burla de los que intentan torcer su lógica inflexible... Viejos que se olvidan de que lo son; jóvenes á los que la ambición les hace olvidarse de la juventud... Para su castigo basta con que la vida les haga colocarse en su sitio...

Así ocurrió á esta princesa heroína de una aventura de amor, que sería digna de una buena novela romántica si ella no hubiera tenido sesenta y un años.

Apenas casado, hecho, al fin, su negocio, Zubkoff tornó á su vida de siempre, más fácil con la ayuda de la fortuna que el matrimonio puso en sus manos dilapidadoras.

Pérdidas de juego, orgías, trenes fastuosos, viajes espléndidos en compañía de bellas mujeres... Tal fué la vida conyugal del ruso, entre el escándalo y la risa de Europa... Y, por último, lógicamente, fatalmente, el abandono, la huida del hombre joven tras una mujer... La princesa quedó sola, hundida en su dolor y su vergüenza. Y para complemento, totalmente arruinada. Zubkoff, en dos años, dilapidó la inmensa fortuna de su mujer, hasta el extremo de que si la muerte piadosa hubiera tardado un mes más en librar á la princesa de su infortunio, la hermana del ex emperador de Alemania se hubiera encontrado en la total miseria.

Sin dinero ya, y vendidas sus joyas de familia, pocos días antes de su muerte las autoridades judiciales habían embargado hasta los muebles y enseres de su casa de Bonn...

Y he aquí la historia triste y ejemplar de la princesa que tenía corazón. La princesa que al contrario que la benaventurana *Princesa Bebé*, fué desgraciada no «por haber sabido esperar», sino por no darse cuenta de que había esperado con exceso, y la hora de la cita con el amor había pasado ya...

JUAN FERRAGUT

sangre de sus leves heridas, y galantemente audaz, pidió á la dama, como recuerdo de su piadosa acción, una de las rosas que llevaba prendidas al pecho...

Y he aquí que de esta aventura, que de no ser tan real parecería un capítulo de novela cursi ó un episodio de absurda película sentimental, nació el idilio.

En efecto: la princesa Federica Amelia Guillermina Victoria olvidó su rango y, sobre todo, sus doce lustros vividos, y se enamoró frenéticamente, locamente, de Alejandro Zubkoff, ruso de treinta años, paria elegante y aventurero, frecuentador de *cabarets*, punto de garitos internacionales, individuo de esa fauna cosmopolita que rueda por las ciudades de placer siguiendo á la fortuna y discretamente vigilada por la Policía...

La familia de la dama intervino enérgicamente; el propio ex Kaiser fulminó amenazas, decretó el extrañamiento moral de su hermana, le hizo ver el lado ridículo de su pasión tardía, la exoneró de su rango principesco...

Todo inútil. Victoria de Prusia oponía á toda coacción, á todo escándalo, el imperativo de su corazón inflamado de amor... Ella amaba al ruso aventurero; ¿qué le importaba el rango?, ¿qué los años?

El amor es divinamente ciego, y ella no quería verse ridícula.